

TRES NOVELAS HUILENSES COMO PROSA DE LA *INSURGENCIA* CAMPESINA

MARIANA CHARRY ESGUERRA

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el  
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
Facultad de Ciencias Sociales  
Carrera de Estudios Literarios  
Bogotá, 2015

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Joaquín Emilio Sánchez García, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

María Piedad Quevedo Alvarado

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

## **Agradecimientos**

A papá por las raíces, la incondicionalidad y el apoyo.

A mamá por la confianza, las palabras y las preguntas.

A mis hermanos por la complicidad y la admiración.

A Simón por el amor infinito, por su compañía, por sus aportes, por

sus preguntas, su apoyo en los momentos más críticos y,

sobre todo, por la inmensa felicidad.<sup>1</sup>

A Alejandro que ha construido conmigo este y todos los caminos.

A Liliana por abrir las puertas.

A Óscar por el amor a las palabras.

A María Piedad por la dirección de este trabajo.

A Emma, Estefanía, Pez, Daniel, María Paula, Andrea y a todos mis amigos por la

compañía, la diversión y el amor por todos estos años.

---

<sup>1</sup> Remítase a la página 4 del trabajo de Simón Dueñas García que reside en este tiempo y espacio. Este no es el final.

## **Tabla de contenido**

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	6
La escritura literaria de la historia.....	8
<i>Ellos estaban solos frente al monte, El cadáver y Tres puntos en la tierra</i> .....	10
La “novela de la violencia” en Colombia.....	13
Estructura del trabajo.....	18
<b>I. DESHILANDO LA ESTRUCTURA CENTRALISTA E HILANDO NUEVAS POSIBILIDADES DE REPRESENTACIÓN</b>	
<b>La problematización de la noción de región y la escritura literaria de una historia regional</b> .....	22
<b>La univocidad de la historia como construcción de la estructura centralista</b> .....	38
Estructuras centralistas.....	38
La reforma agraria de 1936 y su influencia sobre el trabajo en el campo colombiano.....	50
Bipartidismo liberal-conservador.....	53
La Alianza para el progreso y el afianzamiento de las nociones de desarrollo y progreso como pilares del proyecto frentenacionalista.....	55
El Frente Nacional y la consolidación de una representación política hegemónica.....	59
<b>II. EL DESPLAZAMIENTO DEL CONCEPTO DE “LA VIOLENCIA” Y LAS VISIONES CONTEXTUALIZADAS DE LOS PROCESOS DE VIOLENCIA EN COLOMBIA</b>	
<b>¿”La Violencia” en Colombia?</b> .....	69
<b>Hacia una visión contextualizada de los procesos de violencia</b> .....	73
<b>Las organizaciones paraestatales desde las visiones centralistas</b> .....	82
<b>III. LA PROSA DE LA <i>INSURGENCIA</i> Y LAS FORMAS DE RESISTENCIA CAMPESINA</b>	
<b>Exclusión, subordinación y subalternidad</b> .....	93
<b>Insurgencia campesina</b> .....	103
<b>CONSIDERACIONES FINALES</b> .....	117
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	120

## Introducción

A lo largo de toda mi carrera universitaria me he preguntado por el objeto de estudio de nuestra disciplina. La respuesta parece obvia en un principio: los estudios literarios se encargan de estudiar la literatura. Surge entonces una segunda cuestión: ¿Qué se entiende por literatura? La primera respuesta muy probablemente relacionaría el discurso literario con los textos que tengan un carácter ficcional. Esta relación que se ha establecido entre lo literario y la ficción tiende a separar los textos literarios de “lo real” y a situarlos en una esfera que constituye un mundo propio en donde los textos se influyen entre ellos sin afectar o verse afectados por las circunstancias sociales, políticas o económicas. Esta visión, sin embargo, ha dejado de ser la única gracias a varias corrientes teóricas que han situado a la literatura dentro de las coyunturas históricas, políticas y sociales rebatiendo la idea de la literatura como alejada y autónoma.

Esta última postura me motivó para indagar en las relaciones que existen entre lo histórico y lo literario. La literatura hace parte de los procesos históricos y, por lo tanto se ve afectada por estos a la vez que participa de la creación y reconstrucción histórica del pasado. Tanto el discurso literario como el historiográfico, independientemente del carácter ficcional, están imbricados con “lo real” y construyen diferentes formas de abordarlo de acuerdo con sus especificidades. Así no vamos a encontrar una única y verdadera forma de realidad, sino que nos enfrentamos a complejos procesos históricos que no se pueden asir desde un sólo discurso. Estos presupuestos motivaron, en gran medida, el problema de este trabajo el cual gira en torno a las formas de entender la violencia y la *insurgencia* campesina en el departamento del Huila durante los primeros seis años del Frente Nacional (1958-1964). En estas páginas intento acercarme a este problema desde *Ellos estaban solos frente al monte* (1969) de Luis Pérez Medina, *El cadáver* (1971) de Benhur Sánchez y *Tres puntos en la tierra* (1973) de Humberto Tafur Charry, tres novelas escritas por autores huilenses durante el gobierno frentenacionalista y que narran historias de la violencia e *insurgencia* campesina en los espacios regionales del departamento. Para abordar estas formas de entender lo regional, las estructuras gubernamentales y los procesos de violencia e *insurgencia* he recurrido también al análisis de diversos artículos de los periódicos

bogotanos *El Siglo* y *El Espectador*, en donde he rastreado las visiones y perspectivas que se imponían en el centro capitalino.

En los artículos de la prensa escrita encontramos en su mayoría la visión de la oficialidad e institucionalidad que busca imponer ciertos presupuestos según los intereses del Estado y sus élites gobernantes. Ante este discurso oficial nos encontramos con el discurso literario que se opone en gran medida a los planteamientos estatales y evidencia las tensiones y resistencias frente a un discurso que pretendía imponerse homogéneamente sobre todo el territorio nacional. Si nos propusiéramos escribir sobre los procesos históricos de *insurgencia* campesina en el Huila desde los discursos oficiales pasaríamos por alto las tensiones y otras miradas que está proponiendo el discurso literario y que visibilizan posibilidades de resistencia que fueron simplificadas y excluidas por el discurso oficial que el Estado buscaba imponer. En este trabajo me centro entonces, en estas posibilidades que nos abre la literatura para hacer una reescritura literaria de la historia que contemple estos textos y la forma en cómo crean y narran historias que indudablemente afectan un pasado histórico.

Mi intención entonces, no es la de hacer un estudio detallado de las novelas, de la obra de cada uno de los autores, reconstruir el círculo literario del Huila o de hacer una historia de la literatura huilense. Mi análisis gira más en torno a las construcciones históricas que tejen las narraciones de estas novelas y cómo estas afectan y se relacionan con ese pasado histórico que entendemos como real. Esta realidad de los hechos históricos se ve mediada y construida por medio del lenguaje, la narración y la escritura. En este caso tanto el discurso histórico como el literario indagan en el pasado para nombrarlo y para designar un mundo. A pesar de que tengan diferentes pretensiones de verdad cada uno de estos discursos se aproxima a los hechos de violencia e *insurgencia* y los designa por medio de una narración que abre posibilidades sobre los sucesos históricos mismos. Por su parte el discurso periodístico se centra en hechos recientes y busca ser informativo; sin embargo, como veremos en el presente trabajo, está lejos de ser objetivo y también responde a unos intereses que se evidencian por medio de su lenguaje y de las construcciones que hace de los hechos. Guardando el interés por las especificidades de cada uno de estos discursos he buscado hacer una reconstrucción de la historia que muestre las relaciones y tensiones entre

estos diferentes discursos que nos permiten una comprensión más amplia de los procesos históricos de *insurgencia* campesina en el Huila.

### ***La escritura literaria de la historia***

Resulta muy problemático, tanto para algunos paradigmas teóricos de los estudios literarios como otros de la historiografía, pensar en la escritura de la historia que considere el discurso literario como algo más que una ficción. Para muchos suena ilógico que la literatura pueda brindar directrices para pensar la historia desde perspectivas diferentes a las de la historiografía tradicional. Sin embargo, si pensamos en el lenguaje como algo que constituye la realidad y está lejos de ser objetivo, el discurso historiográfico deja de ser el único camino para llegar a la “verdad” de un pasado histórico. Este pasado se ve mediado por la interpretación y la producción de la escritura que es también una práctica histórica y responde a un análisis desde un presente específico. Estos planteamientos han sido discutidos por Paul Ricoeur, Michel de Certeau y Hans-Georg Gadamer, quienes se alejan de la idea de objetividad de la historia y se centran en las formas en que el lenguaje reconstruye el pasado.

El discurso literario entonces ha dejado de entenderse en la lejana esfera de la ficción para entrar en diálogos que amplían la reconstrucción de un pasado. Dominick LaCapra se pregunta en su trabajo *History & Criticism* (1985), por cómo leer las novelas desde la historia como disciplina. Desde muchas metodologías de la historia, la novela es entendida como un reflejo de una realidad histórica y es tomada como una fuente no fiable dado su carácter de ficción. Sin embargo, para LaCapra la novela no es simplemente un objeto de estudio o el lugar para la reflexión personal, es también una manera de relacionarse con los problemas de la historia moderna los entienden la historia como astillada y fragmentada y no como una historia total. Desde una idea del lenguaje como un vehículo transparente de comunicación, la literatura no tendría un papel mayor en la reconstrucción de un pasado. Sin embargo, partimos del hecho de que los sistemas simbólicos tienen un papel en la construcción de la sociedad en sí misma y hay diferentes usos del lenguaje que tienen modos específicos que pueden ser contestatarios y que a menudo son olvidados por esta idea generalizada del lenguaje como algo transparente.



Si contemplamos la idea de que en la historia no hay símbolos y datos que deban ser descubiertos por un habilidoso historiador, la literatura, puede surgir como un texto que reconstruye y retrabaja los hechos históricos que entendemos como reales, ya que no es un mero reflejo de una realidad que espera ser representada. Comenzamos a entender la literatura como un texto que tiene diferentes usos del lenguaje y, por lo tanto, inscribe los contextos en distintas formas, en vez de analizarla como algo meramente documental. Así, como historiadores o como críticos, comenzamos un intercambio con el pasado a través de la lectura de los textos. Al tener esta lectura diferente de las novelas, encontramos varias voces contestatarias y contradiscursos, que nos permiten llegar a una escritura de la historia un poco más crítica.

Así, me propuse en este trabajo hacer una aproximación a un pasado y sucesos específicos de la historia desde novelas y textos literarios que visibilizan partes de la historia que estaban ocultas dentro del discurso historiográfico tradicional de Colombia. No bastaba entonces con señalar estos ocultamientos, sino con intentar plantear formas de rebatir esta visión unívoca de la historia. La manera que encontré es la que presento en este trabajo en donde las novelas mismas me proporcionaron mis herramientas de análisis. Partí primero por entablar las relaciones entre las tres novelas que conforman el corpus principal de este trabajo, como veremos más adelante, estos textos compartían varias referencias y temáticas principales lo que me permitió llegar a una delimitación de tiempo específica. En ninguna de las novelas encontré referencias a fechas o gobiernos determinados; sin embargo, la mayoría de estas discutían sobre el acuerdo bipartidista, la concordia nacional o la firma de la Alianza para el progreso que sucedió en 1961. Con estas alusiones concluí que el rango de tiempo que incluían las novelas era el de los primeros años de la estructura frentenacionalista.

Escogí los seis primeros años del Frente Nacional como el período sobre el que iba a centrar el trabajo, puesto que era el período temporal dentro del cual se desarrollaban los sucesos de las tres novelas. Escogí la prensa como la fuente secundaria de mi trabajo, puesto que dentro de las novelas hay referencias permanentes a la prensa de la capital en la que se cubren noticias que parecen muy lejanas a las realidades de los espacios regionales. También suelen evidenciar una tensión entre lo que la prensa notifica como nacional y las

distantes realidades de los espacios regionales que rebaten esta concepción de lo nacional. Por estos mismos planteamientos de la novela decidí acercarme a los periódicos de la capital para poder ver cómo se construían los valores de una estructura centralista que el mismo centro buscaba imponer por todos los medios. Escogí *El Siglo* y *El Espectador*, periódicos bogotanos que representaban a los partidos conservador y liberal, respectivamente, que habían creado el sistema de paridad política del Frente Nacional. Era también mi intención acercarme a un periódico regional, sin embargo, fue muy difícil acceder a los archivos desde Bogotá y el tiempo destinado para este trabajo no me permitió realizar una investigación más exhaustiva para encontrar ediciones del *Diario del Huila* que estuvieran dentro de esta misma periodización.

***Ellos estaban solos frente al monte, El cadáver y Tres puntos en la tierra***

Si bien no me he centrado en un estudio global de las novelas y de sus autores, si me parece pertinente hacer una pequeña presentación que localice los textos para que tengamos presentes desde donde se escribieron y pensemos en posibles relaciones intertextuales y extratextuales. Como dije unas líneas más arriba, estas tres novelas fueron escritas durante la época del Frente Nacional por autores huilenses. Cuando pensamos en la literatura huilense probablemente el único autor que se nos venga a la cabeza sea José Eustacio Rivera con *La Vorágine*, ya que la mayoría de autores huilenses no han sido muy conocidos. A pesar de esto, nos encontramos con una amplia producción literaria escrita por autores nacidos en el territorio que hoy conocemos como departamento del Huila.

El problema de este trabajo me llevó a delimitar mi búsqueda de literatura huilense a textos narrativos escritos durante el periodo del Frente Nacional (1958-1974). Dentro de este periodo de tiempo encontré en un índice bibliográfico literario, hecho por Benhur Sánchez autor de *El cadáver*, cerca de veinte publicaciones que incluían colecciones de cuentos, poesía, obras de teatro y novelas. Descarté entonces, los libros de poesía puesto que me iba a centrar en textos narrativos y me encontré con una serie de novelas y cuentos que tenían como tema principal las luchas agrarias campesinas y la violencia en el departamento. Luego de una revisión de estos textos escogí tres novelas que construían diferentes narraciones sobre los sucesos de violencia e *insurgencia* campesina, problematizaban las nociones de región y se posicionaban frente al discurso oficial. Es muy importante pensar

en que a pesar de que cada novela tenga sus propias especificidades, encontramos varias coincidencias en sus temáticas principales y formas de abordarlas. No es casualidad que en casi todas se resalten las pésimas condiciones del campesinado de la región o que se llame la atención sobre la poca presencia estatal en estos espacios rurales. Esto me llevó a pensar que además de la existencia de un círculo literario en el Huila, la literatura surgió como un espacio de denuncia en donde los autores encontraban formas de rebatir un discurso oficial que las élites gobernantes buscaban imponer para que no se pusiera en jaque de ninguna manera el orden establecido. Por medio de la literatura construyeron nuevas posibilidades que abrían nuevos espacios de concertación social.

*Ellos estaban solos frente al monte* es una novela de Luis Pérez Medina quien nació en Íquira en 1915 y murió en Medellín en 1990 luego de haberse graduado como doctor de la Universidad de Cornell en química orgánica y haber sido profesor de la Universidad de Antioquia por muchos años. En su narración se reconstruye un ataque violento a una vereda bajo la jurisdicción del municipio de Íquira. Esa vereda ha sido construida por un grupo de familias campesinas que se ha asentado en este monte haciendo de él un lugar habitable y productivo. Se resalta en la novela las tensiones entre el centro y los espacios regionales, los cuales aparecen bastante alejados de una centralidad. También se reconstruyen en la narración las maneras de vivir de los habitantes de esta vereda y las relaciones que entablan con su entorno. En esta novela vemos una construcción activa de los espacios regionales en donde surgen formas de organización autónomas que responden a la construcción de relaciones sociales y económicas entre los campesinos que se han asentado en este monte.

*El cadáver* fue escrita por Benhur Sánchez quien ha estado muy vinculado con los proyectos culturales, históricos y literarios del departamento del Huila. Es además uno de los estudiosos más importantes de la historiografía literaria y de los autores huilenses. Ha escrito varias novelas y libros de cuentos además de sus trabajos sobre identidad e historia de la literatura huilense dentro de los que encontramos *Identidad cultural del Huila en su narrativa y otros ensayos* (1994) y *Narrativa e historia: el Huila y su ficción* (1987). En *El cadáver* vemos un intento de Segundo, el personaje principal, para construir la historia del pueblo sin nombre en el que habita y los hechos de violencia y represión que han sido una constante en esta historia que él busca reconstruir. Además de la estructura vertical que

evidencia la novela nos encontramos con la presencia de organizaciones paraestatales que están luchando por adquirir mejores condiciones para los campesinos y trabajadores de las zonas rurales. Segundo y su mejor amigo Sergio intentaran minar estas jerarquías dentro del pueblo mientras que su amigo Jacinto se encuentra luchando en el monte. Ante la represión y exclusión de las élites gobernantes, Segundo y Sergio deciden partir al monte en busca de alguna de estas organizaciones para continuar con la lucha de Jacinto quien murió mientras estaba en el monte durante un ataque militar. Por medio de la voz de Segundo vemos varios sucesos de violencia en los que se han visto involucrados casi todos los habitantes del pueblo. La narración se centra en Segundo sin centrarse únicamente a sus experiencias personales, dándonos una visión más colectiva de las circunstancias en el pueblo.

Por último está la novela *Tres puntos en la tierra* de Humberto Tafur Charry, también escritor huilense que se ha caracterizado por crear en sus libros el municipio de San Remigio y a varios de sus personajes que aparecen en la mayoría de sus historias. Tafur Charry fue un escritor que no tuvo ninguna formación académica o letrada, escribió sus novelas como una representación de las experiencias y sucesos que veía en la región que habitaba. Además de su interés literario tenía una preocupación e interés social por las agendas y luchas agrarias que son abordadas en la mayoría de su obra. *Tres puntos en la tierra* es su primera novela en la cual vemos al gran terrateniente de la región quien también se convierte en el representante político del municipio en la capital del país. Este terrateniente busca aumentar su poder sobre las tierras amenazando a los pequeños finqueros de la región para que le entreguen su parcela por un muy bajo precio. Justiniano un pequeño propietario es asesinado frente a su hijo Justino por un trabajador de don Andrés luego de negarse a venderle su tierra. Luego de la injusta muerte de su padre Justino buscará los medios para vengarse de don Andrés y terminará uniéndose a la banda de Martín Guerrero. Este último es el líder de una organización paraestatal de la región, la cual está integrada por hombres que encuentran en la lucha armada la única forma de subsistencia ante las pésimas condiciones de vida en las que se encuentran. Esta banda será juzgada y descalificada por las élites gobernantes como bárbara, salvaje y enemiga del orden establecido. A pesar de los intentos de dominación de don Andrés en esta novela no se muestran los campesinos como seres pasivos, sino como sujetos activos con capacidad de organización y decisión propias.

### ***La “novela de la violencia” en Colombia***

Para muchos estas novelas podrían ser catalogadas dentro de la llamada “novela de la violencia” en Colombia. Sin embargo, no quiero que mi trabajo sea catalogado dentro de este marco de interpretación; si bien las novelas comparten varias temáticas con el corpus literario que ha sido incluido dentro de este grupo de textos, prefiero alejarme de esta categoría que ha funcionado como un principio de análisis en varios estudios sobre la novela en Colombia. Esta crítica se ha centrado en el estudio de algunas novelas que muchos consideran representativas de esta tradición literaria, dejando de lado otros textos y posturas que muestran otras aproximaciones a esta llamada época de “La Violencia” (1948-1967)<sup>2</sup>. Augusto Escobar realizó una lista de todas las novelas que fueron escritas durante esta época dentro de la cual nos encontramos con tan sólo dos novelas hechas por escritores huilenses<sup>3</sup>. No nos encontramos entonces con ninguna novela de las que escogí para este trabajo, lo cual se debe en gran medida a que no están dentro de la periodización que propone Escobar pero también porque su temática no se centra necesariamente en los enfrentamientos bipartidistas.

A pesar de que las novelas no se encuentren dentro de este corpus, la aproximación a las novelas que tratan los conflictos rurales si ha respondido a los presupuestos y estudios de la “novela de la violencia” en Colombia. Creo que es necesario presentar brevemente esta tradición crítica para situarme frente a ella y resaltar las especificidades de mi análisis el cual se aleja de dicha tradición crítica de los estudios literarios en Colombia. En su mayoría, estos estudios rechazan el término bajo el cual se ha designado esta época: “La Violencia”. Este término generaliza bajo un solo nombre diversos procesos históricos despojándolos de concepciones políticas y nublando sus posibles causas, situándolos como injustificados y brutales. Así mismo, el término “novela de La Violencia”, acuñado por Hernando Téllez, sitúa bajo una etiqueta homogénea diversos textos que, si bien comparten varios aspectos también presentan sus propias complejidades, a menudo olvidadas cuando se los tiene en cuenta únicamente bajo esta etiqueta. Algunos autores hacen algunas aclaraciones y diferencias sobre este término, por ejemplo, Marino Troncoso divide las

---

<sup>2</sup> División que hace Augusto Escobar en su texto “Literatura y violencia en la línea de fuego”

<sup>3</sup> En la lista de Escobar se incluye *La sombra del Sayón* de Augusto Ángel y *Los días de terror* de Ramón Manrique.

novelas escritas *en* la violencia de las novelas *sobre* la violencia. Las primeras fueron escritas por actores directos y tenían una excesiva proximidad con los hechos, mientras que las segundas son escritas desde una distancia y construyen de una manera más compleja los procesos de violencia que se vivían en varias zonas del país.

Me detendré sobre este último punto, puesto que todos los autores que consulté dividen este corpus en dos, como lo hace Marino Troncoso. En un primer grupo encontramos una narrativa más testimonial en la cual hay una voz que está presenciando los hechos y se sitúa como testigo. En estas novelas se cuentan de una manera muy cruda y detallada los crímenes y violaciones que se cometieron durante esta época, por medio de un lenguaje que era a su vez violento. Estos modos de lenguaje solo ayudaban a justificar la violencia como represalia y única vía que posibilitara un cambio. En estas novelas, se ve además una posición maniqueísta en donde se oponen unos bandos a otros y se juzgan moralmente los crímenes y atrocidades que se narran crudamente en los textos. Varios de estos buscaban una denuncia social que buscaba evidenciar los crímenes por parte de diversos actores, en unos casos el gobierno, en otros los bandoleros conservadores, el ejército o los liberales. En su mayoría, estas novelas fueron escritas por liberales que atacaban al partido conservador, el cual juzgaba los textos por parciales y panfletarios. Los autores por su parte, argumentaban que ellos estaban haciendo un testimonio “objetivo” que buscaba denunciar hechos que habían sucedido tal cual se estaban narrando en las novelas.

El segundo grupo de textos intenta interpretar de una forma más compleja los sucesos de violencia que estaban ocurriendo. Dejan de relatar e inventariar los crímenes y las muertes de formas crudas y comienzan a referirse a la violencia desde otros puntos sin dejar de captar su barbarie. Estos medios estéticos que muestran diferentes pliegues y capas de estos sucesos, permiten vislumbrar cosas que habían dejado de ser evidentes por la banalización y las visiones de la violencia que se habían vuelto cotidianas. Estos textos ya no oponen unas visiones a otras, sino que muestran diferentes capas que no están tajantemente opuestas. Salir de estas oposiciones le permite a estas novelas romper con el ciclo de violencia que se reproduce en otras narraciones. Se crean entonces, testimonios más activos que reinscriben e interpretan los hechos en la ficción evidenciando otros modos y complejidades de esta época.

La mayoría de las novelas que se han estudiado como “novelas de la violencia” representan una violencia partidista que se trata como una enfermedad o una desgracia que es, finalmente, ajena y que destruye un mundo que hasta ese punto era armónico. En este sentido, las visiones que encontramos en estas novelas responden a la pelea de intereses que se libraba entre el partido liberal y el conservador y dejan de lado el carácter social y de clase que hacía parte fundamental de estas luchas. La primera novela que le resta importancia a la oposición entre bandos liberales y conservadores es *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón, la cual relaciona, por primera vez la violencia al problema agrario. Esta lucha por la tierra no necesariamente implica una filiación política, sino que encuentra en la tierra un medio de subsistencia. Se muestra a lo largo del texto como se va desarrollando la descomposición del campesinado en un entorno que va teniendo cambios capitalistas que son también causantes de los procesos de violencia. En esta se comienzan a dejar de lado las visiones que muestran solamente una lucha entre bandos opuestos, para visibilizar el problema social de la clase campesina en muchas regiones de Colombia, la cual se ve personificada en el personaje de Siervo.

Coinciden casi todos los autores en que *La mala hora* de Gabriel García Márquez es uno de los textos que problematizan desde su construcción la violencia en Colombia. Los sucesos se desarrollan en un pueblo indeterminado en donde no hay un solo protagonista, sino que hay una idea de colectivo y plural. Se muestra además una visión personal de la violencia por medio de los pasquines que captan la tensión de los crímenes y hechos violentos del pueblo sin necesidad de relatarlas uno a uno. También plantea una crítica a la supuesta paz que se ha impuesto desde estrados oficiales y que tiene un evidente carácter ficticio. Esta novela tiene además un contenido elíptico que no restringe las situaciones y los problemas a circunstancias específicas. Esta novela es un ejemplo de los textos que se ubican en este segundo grupo de novelas que reinscriben activamente por medios estéticos los procesos de violencia.

Como hemos visto, en ninguno de estos estudios se tienen en cuenta las novelas que escogí para la investigación o alguna otra novela del departamento del Huila. Teniendo en cuenta la periodización de Augusto Escobar, ninguna novela entraría dentro del corpus llamado “novela de la violencia”. Las novelas *Ellos estaban solos frente al monte*, *Tres puntos en la*

*tierra* y *El cadáver* fueron publicados en 1969, 1973 y 1971 respectivamente y, por lo tanto, no entran dentro de esta delimitación del tiempo. Cada una de estas novelas presentan diferentes estructuras y complejidades que serían olvidadas si se las agrupara bajo esta etiqueta de “novela de la violencia”. Precisamente es interesante la perspectiva regional que nos brindan estas novelas que nos muestran causas y procesos de la violencia que habían sido invisibilizados desde una perspectiva oficial. Si entendemos que esta visión de “La Violencia” como un fenómeno, amorfo, sin causas y actores definidos termina por homogeneizar una situación que no fue la misma en todo el país. En este caso, una visión regional nos permite tener alcances mucho más específicos sobre complejos procesos que afectaron las condiciones de vida de casi toda la población del Huila.

La lucha por la tierra es uno de los temas principales que se desarrollan de diferentes formas en los tres textos. Esto evidencia la importancia de la cuestión agraria en los procesos de violencia en el departamento del Huila que tuvieron como consecuencia la creación de guerrillas y bandas que estaban compuestas en su mayoría por campesinos y luchaban por tener derechos laborales y condiciones de vida digna en el campo. En *Ellos estaban solos frente al monte* encontramos un factor importante que no ha sido tenido en cuenta en varias de las novelas que se acercan a esta época de violencia: la colonización campesina. Los campesinos que son atacados por unos bandoleros que vienen del Cauca, se habían posesionado sobre la tierra, luchando contra el monte y haciendo de estas zonas tierra fértil en donde fuera posible trabajar. En este sentido, la relación que establecen los campesinos con su tierra es muy diferente a la que tiene algún pequeño parcelario o un trabajador de alguna hacienda de un terrateniente. La novela muestra como los campesinos deben dejar atrás una tierra que ellos mismos han hecho trabajable para ir a las ciudades a vivir en pésimas condiciones. La novela no se centra tampoco en una lucha partidista, la filiación política de los bandoleros no es clara, y se centra más en como esta invasión afecta directamente las condiciones de vida de los campesinos y tiene consecuencias y causas específicas. Así, deja de ser un texto panfletario que busque favorecer los ideales de uno u otro partido, para mostrar una situación que afecta la vida cotidiana de una vereda campesina perteneciente al municipio de Íquira.



Por su parte, la novela de Tafur Charry, se sitúa en la época del Frente Nacional e intenta oponerse a la idea de una paz pactada desde instancias oficiales gracias a la alianza de las élites políticas. A pesar de esta paz instaurada desde la capital, las situaciones de violencia e injusticia social continuaron, evidenciando que la lucha no respondía a las diversas posiciones de los partidos políticos, sino que tenía un trasfondo social más allá del poder político. La novela visibiliza las precarias condiciones del campesinado que se ve obligado a trabajar para el gran terrateniente de la región quien además busca ser el representante político del pueblo en la capital. Se muestra la presencia de guerrillas que surgen como una vía de cambio y de lucha social ante la exclusión, represión y olvido del estado y sus instituciones. Se plantea la pregunta por la excesiva centralización del poder y la marginalización de los procesos que se llevan a cabo en la mayoría de las regiones del país. También se rebate la idea de paz y olvido que se había instaurado desde los mandos del Frente Nacional y la de progreso que se fortaleció luego de la Alianza para el progreso del gobierno de Kennedy. En esta novela se hacen evidentes tensiones entre una centralidad y una regionalidad en donde se ven rebatidos todos los discursos que se buscan imponer desde los centros urbanos. Los periódicos con los titulares y las buenas noticias sobre el futuro del país parecen responder a otras realidades y llegan como ecos lejanos en publicaciones viejas y malgastadas.

Benhur Sánchez en su novela *El cadáver*, nos muestra la visión de uno de los personajes sobre algunos hechos de la historia del pueblo. Por medio de monólogos, diálogos y rememoraciones Segundo, personaje principal del libro, problematiza el pasado violento del pueblo. Sus pensamientos acerca de la historia de violencia en el pueblo se entremezclan con aspectos de su vida. La misma estructura de la obra nos muestra como las experiencias personales, la educación y las creencias de un personaje se ven afectadas por la violencia y a su vez afectan la reconstrucción de la misma. Muestra la vida de un pueblo en donde los hechos violentos se vuelven cotidianos y se dejan de lado fácilmente, bajo la decisión unánime del olvido. La vida de Segundo se convierte en una constante espera por un cambio, frustrado en varias ocasiones debido a la exclusión que se ejerce desde estrados oficiales, con alta influencia sobre la vida del pueblo, sobre cualquier idea o intento por cambiar el orden establecido. Finalmente, Segundo y su amigo terminan por unirse a las guerrillas que buscaban una igualdad social y unas condiciones viables de trabajo para la

gente de la región. En esta novela no encontramos una presencia muy fuerte de las filiaciones políticas partidistas. Tampoco se descalifica la movilización guerrillera y campesina, la cual se muestra como justa y necesaria para lograr cambios y permitir la movilidad social.

Las últimas dos novelas suceden en pueblos ficticios, así como *La mala hora*, y en un tiempo histórico aparentemente indeterminado. Sin embargo, es posible rastrear por pistas en el texto los años (durante el Frente Nacional) y lugares (departamento del Huila) en donde transcurren los hechos que se narran en cada una de las novelas. Encontramos en los tres textos una perspectiva regional que, a mi modo de ver, no implica una limitación para pensar el fenómeno de la violencia sino que nos permite rebatir la idea de que es algo homogéneo, amorfo, brutal para situarlo en circunstancias y procesos específicos que no son tan evidentes cuando se piensa como una misma cosa. Los textos no se centran en la lucha partidista o en reivindicar las posiciones liberales o conservadoras. Por el contrario, hacen evidente el carácter social de la violencia y las luchas y agendas de los campesinos y de muchos otros habitantes de las regiones. Tienen una visión de la *insurgencia* y la organización guerrillera que no califica estas organizaciones como enemigas del orden público o como movimientos desorganizados. Se centra más en las historias de sus integrantes y en las razones posibles que tienen para unirse a los grupos insurgentes de la región. También se muestra el impacto que tiene sobre las costumbres y la vida cotidiana de los habitantes de pueblos y veredas que se ven directamente afectadas por los sucesos de violencia.

### ***Estructura del trabajo***

He dividido mi trabajo en tres capítulos en donde abordo las tres temáticas principales que desarrollo en las siguientes páginas. En el primero me centraré en las nociones de región que se construyen desde la estructura centralista y como estas son ampliadas desde las visiones de región que encontramos en las novelas. En el segundo me centraré en los procesos de violencia y en como estos son abordados por las novelas y las formas en las que rebaten las construcciones sobre los enfrentamientos rurales que se construyen desde la centralidad. Por último, analizaré las novelas como formas de una prosa insurgente que amplían las posibilidades de la acción y resistencia campesinas. Organicé los capítulos así,

puesto que era necesario situarse primero frente a las visiones y escala de valores de la estructura centralista para luego ver como estas afectaban las formas de entender los procesos de violencia en las zonas rurales de Colombia. Por último llegaríamos a encontrar en el discurso literario otras formas de entender estos procesos que abren y permiten la posibilidad de una resistencia ante los intentos de imposición de la escala de valores propia del discurso centralista. Presentaré ahora más detalladamente cada capítulo para aclarar un poco más la estructura del trabajo.

En el primer capítulo me pregunto por formas de entender el concepto de región que nos permitan pensar estos espacios más allá de dicha estructura centralista, considerando algunas implicaciones que pueda traer la escritura literaria de una historia regional sobre las concepciones de la historiografía tradicional. Además me centro en descubrir el funcionamiento de la estructura centralista analizando sus formas de imponerse en los espacios regionales por medio de diferentes instituciones, reformas legales y acuerdos políticos que favorecieron a las élites gobernantes. En este capítulo me salgo un poco de la periodización que escogí para este trabajo la cual comprende los primeros dos gobiernos del Frente Nacional. Me detengo en circunstancias fuera de este lapso de tiempo, como la reforma agraria y el bipartidismo liberal-conservador, puesto que están estrechamente relacionados con los proyectos frentenacionalistas y las problemáticas del campesinado que me competen en este trabajo.

En el segundo capítulo me centraré en los procesos de violencia que surgieron en los espacios regionales que analizo en este trabajo, los cuales contribuyeron al alejamiento de los espacios rurales. Dichos procesos contribuyeron al alejamiento de los espacios regionales, puesto que estos últimos se entendieron como lugares en donde sucedían actos de violencia juzgados como bárbaros y salvajes desde la centralidad. Me centraré entonces, en las formas en las que se han interpretado tradicionalmente estos procesos de violencia desde el centro y la oficialidad. Las tres novelas, narran procesos de violencia específicos que rebaten la visión homogeneizada que se tenía desde varios sectores de la sociedad colombiana y de la centralidad. En la última parte del capítulo me centro en las perspectivas que nos las novelas sobre las organizaciones paraestatales, las cuales se encontraban en el centro del conflicto y eran descalificadas desde la centralidad.

En el tercer y último capítulo me detengo sobre las maneras de exclusión y subordinación sobre las formas de *insurgencia* campesina que desafiaran el orden establecido. Estas descalificaciones sobre las organizaciones campesinas dejan de lado e ignoran sus agendas políticas y sociales. En la segunda y última parte hago un análisis de las novelas *Tres puntos en la tierra* y *El cadáver* como una prosa de la *insurgencia* que visibilizan las formas de resistencia campesina y cómo estas logran desestabilizar los injustos órdenes y estructuras vigentes. No hace parte de mi análisis en este capítulo la novela *Tres puntos en la tierra*, puesto que esta no se centra tanto en el tema de la represión e *insurgencia* de los campesinos, sino que resalta más bien las posibilidades de organización de un espacio regional y rural que no se limiten a los presupuestos políticos de una centralidad.

En cuanto al estilo de escritura de la tesis he decidido referirme a las situaciones que analizo desde tiempo verbales pasados. En un principio me costó mucho trabajo hablar desde un tiempo específico, puesto que varias de las cosas que trato en la tesis siguen sucediendo casi de la misma manera y es difícil hablar de la estructura centralista o de la imposición del estado como si fuera algo que ha dejado de suceder. Sin embargo he decidido dejar todo en pasado para establecer una diferencia con otros procesos de violencia que tienen sus propias especificidades. Esto con el ánimo de ser coherente con mi propia exigencia del trabajo en el cual me opongo a las visiones generalizadas y homogeneizadoras de los conflictos armados en Colombia. Esto no quiere decir, sin embargo, que varias de estas situaciones no se sigan repitiendo guardando sus propias especificidades.

## **I. Deshilando la estructura centralista e hilando nuevas posibilidades de representación**

Las regiones de Colombia usualmente han sido calificadas como zonas desfavorecidas económica, política y culturalmente desde un centro que controla los canales de representación política y busca imponer su escala de valores. Esta forma de entender estos espacios ha sido producto de la estructura centralista que invisibiliza ideas, proyectos y alternativas de representación política que no provengan de dicho centro. En las páginas siguientes me preguntaré por formas de entender el concepto de región que nos permitan pensar estos espacios más allá de dicha estructura centralista, esto al considerar algunas implicaciones que pueda traer la escritura literaria de una historia regional sobre las concepciones de la historiografía tradicional. En este intento por considerar otras maneras de entender la región, nos encontramos con las novelas *Ellos estaban solos frente al monte*, *El cadáver* y *Tres puntos en la tierra*, en donde hay varias propuestas y visiones que rebaten la idea de región como un territorio marginal, pobre e improductivo. Estos textos evidencian perspectivas distintas a las de algunos artículos de los diarios bogotanos *El Siglo* y *El Espectador*, en los que indagaré sobre las formas en las que se entendía la región desde el centro capitalino.

Con el objetivo de ahondar en el funcionamiento de dicha estructura centralista analizo más adelante en este capítulo sus formas de imponerse en los espacios regionales por medio de diferentes instituciones y las reacciones que se generaron con estos intentos de imposición. Podemos pensar en algunos modos en los que esta estructura actúa y que son representados tanto en las novelas como en la prensa escrita en las cuales vemos las relaciones que se establecen entre el estado y los espacios regionales y cómo la institucionalidad juega a favor o en contra de la implantación de los valores provenientes del Estado y, por lo tanto, de la estructura centralista. Además de la marginalización de los espacios regionales, esta configuración favoreció el establecimiento de élites económicas en todo el territorio nacional. En el caso del departamento del Huila, se fortaleció la clase terrateniente afectando las condiciones de vida de los trabajadores y del campesinado. En una tentativa para reconstruir los contextos que contribuyeron al mantenimiento de esta marginalización, me detendré en la reforma agraria de 1936, el establecimiento del Frente Nacional, y la

consolidación de la Alianza para el progreso con los Estados Unidos. Si bien el período que me ocupa en este trabajo comprende los primeros dos gobiernos del Frente Nacional, será necesario detenerme en circunstancias fuera de este lapso de tiempo, como la reforma agraria y el bipartidismo liberal-conservador, puesto que están estrechamente relacionados con los proyectos frentenacionalistas y las problemáticas del campesinado que constituyen gran parte de este trabajo.

### ***La problematización de la noción de región y la escritura literaria de una historia regional***

Al pensar en la escritura literaria de una historia regional me surgen algunas preguntas sobre las cuales centraré mi reflexión en las líneas siguientes. Primero, es necesario encontrar formas de entender el concepto de región que nos permitan establecer relaciones con otras nociones como la identidad o la nacionalidad, entre otras. Partiendo de dichos vínculos, es pertinente situar el departamento del Huila, sus complejos procesos históricos y las diferentes problemáticas que merecen ser estudiadas en su especificidad. Por último, consideraré las implicaciones que trae sobre los presupuestos de una historiografía nacional la construcción de historias locales y regionales desde la literatura.

Probablemente la primera idea que viene a la mente cuando intentamos definir el concepto de región es la de un lugar específico y delimitado, el cual es ubicable geográficamente en cierto lugar del mapa. Esta demarcación se da, usualmente, porque se asume la existencia de ciertas características (climáticas, económicas, geográficas, administrativas, históricas y culturales) compartidas en un territorio y por las gentes que lo habitan. Así, el primer planteamiento sobre la idea de región rebasa los límites departamentales definidos desde la oficialidad. Sin embargo, esta idea de región como un lugar geográfico con algunas cosas en común puede resultar bastante limitada, ya que implica una visión muy estática que termina por homogeneizar un territorio, dejando fuera complejidades presentes dentro del mismo. Restringir la noción de región a la uniformidad de un territorio o a sus fronteras es establecer como fijos unos límites que no se acoplan al permanente cambio social y a las negociaciones que responden a las experiencias y dinámicas humanas.

Más allá de los límites geográficos, encontramos en cada uno de los territorios divisiones regionales creadas a partir de referencias vitales que resultan mucho más adecuados que los lindes impuestos oficialmente. Estas divisiones son consecuentes con condiciones de vida y experiencias diarias, las cuales son más prácticas desde un punto de vista comunitario y otorgan otras visiones sobre la idea de regionalidad. Estas delimitaciones se ven afectadas por varias circunstancias como: la colonización campesina, la construcción de carreteras y nuevas vías de acceso, el desplazamiento o la migración de los habitantes por diversas razones, por poner algunos ejemplos, que modifican las dinámicas sociales que no se pueden tener como dadas y establecidas eternamente. Dichos cambios crean nuevos espacios y modifican relaciones que se habían generado con los ya existentes.

Este cambio en las delimitaciones dentro de los espacios regionales está presente en la novela *Ellos estaban solos frente al monte* del escritor huilense Luis Pérez Medina. En esta se reconstruye la historia de un grupo de campesinos que se asentó en las faldas de una montaña en el departamento del Huila. Se dedicaban la mayoría del tiempo al cultivo de sus tierras y a hacer del monte un lugar habitable. Encontramos en la novela una vereda con sus propias dinámicas sociales que está apartada de una realidad nacional, en la que la presencia estatal es casi nula, en la que no llegan las reformas agrarias y tampoco afectan a sus habitantes los hechos de violencia que sucedían en otras zonas rurales del país. Esta distancia aparece representada desde el comienzo de la novela en donde aparecen cuatro estudiantes que están investigando un ataque a esta vereda en el monte durante el cual fue asesinado su amigo Eladio. Aristóbulo viajó desde la ciudad y les comunica sus hallazgos por medio de una carta que leen todos en la ciudad. El medio por medio del cual Aristóbulo se comunica nos hace pensar en la distancia que hay entre estas zonas rurales y el centro. Estos estudiantes se ven en la necesidad de indagar sobre este ataque puesto que en la ciudad no hubo noticia. La carta es una forma de comunicación íntima, lo que nos hace pensar en que los hechos de la vereda son importantes sólo para quienes se ven involucrados personalmente en ellos. No vemos, por ejemplo, que el hecho se difunda en la prensa o que haya una respuesta importante desde la centralidad y las instituciones estatales.

Este alejamiento de la novela no implica, sin embargo, una subordinación de los espacios regionales al centro. Por el contrario, los campesinos hicieron de su vereda una comunidad prácticamente autónoma con sus propios medios de funcionamiento. Con la construcción de una nueva carretera comienzan a aparecer personajes desconocidos, y esta extraña presencia comienza a causar miedo en la mayoría de los habitantes de esta vereda. A raíz de los rumores de un posible ataque, varios campesinos deciden migrar con sus familias al pueblo o a otras ciudades más grandes. Finalmente, aparecen cuatro individuos que atacan a quienes aún se encontraban en la vereda. La historia de esta vereda se reconstruye gracias a la indagación de cuatro estudiantes que intentan encontrar las causas de la muerte de su amigo Eladio, quien se encontraba en la vereda en el momento del ataque. Uno de estos amigos va al monte y reconstruye no sólo la historia del ataque, sino la de la comunidad campesina que habitaba esta vereda. En este punto del trabajo me centraré en las relaciones espaciales y sus modificaciones que encontramos en la novela, sin embargo, a lo largo de todo el texto desarrollaré otros puntos que también están presentes en el libro.

La colonización, por ejemplo, transformó las relaciones espaciales y territoriales de los campesinos, quienes se vieron obligados a buscar nuevos terrenos para asentarse y comenzar a cultivar las tierras. Gracias a esto, se hicieron habitables muchos terrenos que antes no formaban parte de la configuración social y regional. En la novela *Ellos estaban solos frente al monte* de Luis Pérez Medina, varios de los personajes viven en una vereda perteneciente al municipio de Íquira ubicado al suroccidente del Huila. Las tierras que habitan y trabajan se encuentran en un monte el cual fue “domado” por los hombres para hacer de esta zona un lugar habitable y productivo:

[...] primero fue la tala indiscriminada, heroica, de los grandes árboles. Meses después [...] la quema tradicional que convierte en humo y cenizas el rico patrimonio de la selva virgen. Entonces los hombres siembran maíz y riegan la semilla de pasto, que así termina el largo proceso de abrir la montaña y montar finca. Pero no. El maíz que se cosecha apenas alcanza para pagar las deudas contraídas en este largo estadio de un año desde que cayó el primer árbol; y así el campesino está ahora tan pobre como antes, pero mucho más viejo (Medina 16-17).



El campesino sigue todo un procedimiento para instalarse en otras tierras lidiando con condiciones adversas para, finalmente, seguir teniendo una situación económica desfavorable que no le permite cubrir todas sus necesidades. La lucha por la tierra, y, en este caso, contra la montaña, genera una nueva relación entre el campesino y su territorio, el cual empieza a tener un lugar distinto ya que se trata de un espacio que sus mismos pobladores hicieron habitable. El territorio deja de ser entendido como un entorno externo que no afecta ni se ve afectado por las condiciones de vida de los habitantes.

Al crear nuevos asentamientos y abrir otras zonas para la producción agrícola, las luchas por la tierra comienzan a ampliarse sobre sitios que no eran tenidos en cuenta antes. Sus habitantes entablan relaciones sociales y económicas en su nueva tierra, al lado de todos los que llegaron a establecerse en este monte. Sus pequeñas parcelas se convierten en el medio de subsistencia y también en la única cosa que sienten realmente suya, puesto que suyos fueron los esfuerzos para poder vivir en ella. A medida que pasa el tiempo, los campesinos siguen trabajando por hacer cada vez más productivas estas tierras y los lazos sociales se van haciendo más fuertes. En la novela de la cual venimos hablando, las experiencias vitales en este espacio comienzan a cambiar las relaciones entre este y sus habitantes. La construcción de la carretera y la creación del acueducto, por ejemplo, modifican las dinámicas sociales dentro de esta vereda en donde antes de estos cambios se vivía en medio de “[...] una paz acogedora y amable [...]” (Medina 41). Dichas innovaciones se imponen bajo una noción de progreso propia de los discursos y proyectos del Estado. Las dinámicas particulares de este espacio parecen primitivas o atrasadas cuando se ven desde los planteamientos del desarrollo y del progreso. Sin embargo, dentro del mismo territorio tienen una importancia en la construcción de las relaciones humanas y económicas en las cuales participan todos sus habitantes. Al considerar estas visiones que otorgan los procesos peculiares de un espacio regional, percibimos que no se trata sólo de formas atrasadas frente a las ideas del desarrollo y el progreso económico que buscan imponerse no solo como la mejor forma de vivir, sino como la única.

Como vemos en el ejemplo anterior, tener en cuenta el espacio regional y los procesos que se llevan a cabo dentro del mismo nos permite acercarnos a otras visiones de ideas que creemos universales. En un principio, parece apenas lógico que sea necesaria la

construcción de carreteras y acueductos para llevar mejores condiciones de vida a diferentes espacios del país. No voy a negar que dichos proyectos otorgan beneficios como una mejor comunicación con otros territorios que permite una comercialización más amplia y rápida de sus productos agrícolas o, un mejor acceso al agua potable. Mi punto aquí no es el de descartar rotundamente los proyectos estatales que se intentaba imponer en las zonas alejadas de la centralidad. Me interesa más pensar en la visión que se tiene del espacio regional como atrasado y primitivo frente a los estándares progresistas de los planes gubernamentales, los cuales oponen lo atrasado a lo moderno y lo primitivo o subdesarrollado a lo evolucionado. Lo moderno y evolucionado está relacionado con el centro y lo atrasado y primitivo a lo regional, división que refuerza el centralismo y la separación de las regiones.

Las oposiciones entre el centro y los espacios regionales están presentes en la novela de Humberto Tafur Charry *Tres puntos en la tierra*. Esta narración sucede en un pueblo ficticio llamado San Remigio, en el que está don Andrés Cabrera, gran terrateniente de la región, quien con el apoyo de algunos habitantes adinerados del pueblo, decide convertirse también en el representante político de la región en la capital del país. Mientras avanza su carrera política, el senador Cabrera busca aumentar su dominio sobre casi todas las tierras amenazando a los pequeños finqueros que se niegan a venderle su pedazo de tierra. Este el caso de Justiniano, finquero del pueblo, quien es asesinado por Aparicio Vargas luego de negarse a vender su parcela. Justino, hijo de Justiniano, presencia el crimen y acude a las instancias gubernamentales para denunciar la muerte de su padre y termina siendo enviado al reformatorio de menores por el juez quien no atiende su denuncia. Justino logra escapar del reformatorio con su amigo “Pulgarrecha” y se unen a la banda de Martín Guerrero con el ánimo de cobrar venganza a don Andrés. Por su parte, los trabajadores de su propiedad, la hacienda de Hatogrande, buscan crear un sindicato con la ayuda del político Leocadio García, quien finge el apoyo a los sectores populares del pueblo. Sin embargo, el senador sólo quiere conseguir votos que le permitan mantenerse en su posición política y terminará por traicionar los intereses de los campesinos y trabajadores.

Estas tajantes oposiciones comienzan a tambalear cuando escuchamos otras voces provenientes de un espacio regional en donde ciertos hechos adquieren otra importancia

dentro de las dinámicas de la vereda. En el discurso oficial nos es difícil rastrear la presencia de estas otras voces, sin embargo en las novelas encontramos personajes e historias que rebaten principios de esta oficialidad. Por ejemplo, en *Tres puntos en la tierra* y en *Ellos estaban solos frente al monte*, antes de la construcción del acueducto la mayoría de las mujeres iban a recoger agua al río con grandes tinajas que cargaban sobre sus cabezas. Este era el espacio en donde las mujeres se relacionaban y compartían cuentos, anécdotas y experiencias propias y familiares:

[...] el pueblito perdió con el acueducto, el encanto singular que era ver a sus mozas con las grandes tinajas de barro sobre la cabeza [...] o la distracción de estarse uno por ahí junto al arroyo, haciéndose el tonto, y oír los cuentos de las aguadoras que era como echar una mirada en todas las cocinas, alcobas y zaguanes (Medina 41).

La mayoría de las propuestas electorales en el pueblo coincidían en la construcción de un acueducto que hiciera que las mujeres pudieran andar con relucientes peinetas en la cabeza, en vez de grandes tinajas de barro. Estos programas políticos creían que se podían instaurar sin conflicto alguno, puesto que veían los espacios regionales como lugares alejados y primitivos que carecían de dinámicas propias y que necesitaban ayudas externas.

Puede resultar mucho más provechoso dejar de pensar el concepto de región como un territorio reservado, delimitado y alejado para empezar a entenderlo como un espacio de recursos, con una producción social y un proyecto político. Estas dos formas de ver la región las encontramos en *Ellos estaban solos frente al monte*, por un lado está la perspectiva desde una centralidad que nos muestra al municipio de Íquira como un lugar lejano y limitado y, por el otro, está la mirada de los campesinos quienes han creado sus formas de organización y productivas formas de relacionarse con el espacio. Desde esta última visión podemos encontrar otras formas de relación entre el estado y sus habitantes, en donde se exija un reconocimiento de las condiciones locales y regionales que posibilite un vínculo no tan autoritario y excluyente. Se deben buscar estrategias de inclusión espacial que hagan de la región un lugar de concertación social, en donde se tengan en cuenta las distintas lógicas y así haya lugar para una ampliación política capaz de representar a más

sectores sociales<sup>4</sup>. En esta búsqueda por la ampliación política el discurso literario contribuye a la creación de nuevas definiciones de región y, por lo tanto, propone nuevas formas de relacionarse con esta. Dichas relaciones se alejan de la imposición de la institucionalidad que se da, casi siempre, a partir de sus propios valores, sin tener en cuenta las circunstancias locales, afectando agresivamente los procesos de las comunidades. No se trata de alejar los espacios regionales de otras realidades, sino de tener en cuenta sus proyectos e identidades que permitan una construcción regional desde la integración y no desde la división y desintegración.

Esta disgregación es estimulada por varias organizaciones estatales y políticas, como la bipartidista, que no permiten una amplia representación política y olvidan proyectos y agendas que se escapen de sus intereses gubernamentales. En una dimensión local y regional podemos encontrar un desafío a estas configuraciones que mantienen una estructura vertical. Desde iniciativas específicas de las comunidades se puede llegar a un mejor manejo de realidades inmediatas que propongan soluciones más convenientes a problemas económicos, sociales y políticos. Los habitantes de pueblos y veredas encuentran en lo local un espacio de identificación más inmediato, de acuerdo con el cual planean sus proyectos y alcances en un sentido más próximo, teniendo un campo de acción más amplio en donde se evidencian responsabilidades y acciones mucho más directas. No se trata, entonces, de oponer lo regional a lo nacional y caer en una división binaria que termine por reproducir esta estructura centralista. Se trata, más bien, de ampliar las visiones de los espacios regionales y dejar de verlos como zonas desfavorecidas, para encontrar en ellos posibilidades de proyectos políticos, otras ideas sobre el desarrollo y una alternativa de representación política.

---

<sup>4</sup> Estas conclusiones sobre cómo entiendo el concepto de región surgen luego de la lectura de algunos textos que cuestionaban el orden territorial de Colombia y proponían caminos para la descentralización. Dentro de estos encontramos *La insurgencia de las provincias: hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*, editado por Orlando Fals Borda; *Historia de la cuestión agraria en Colombia* de Orlando Fals Borda; *In-Surgentes: construir región desde abajo* compilado por William Fernando Torres, Luis Ernesto Lasso y Bernardo Tovar; *Contra el caos de la desmemoriación*, un Seminario-taller sobre proyectos de historia local y regional en Colombia, realizado en Mompos en Abril de 1990 y editado por Hernán Darío Correa. En mi corpus literario encontramos formas de entender la región que conversan muy de cerca con las propuestas de estos trabajos, como veremos en muchas otras partes de este trabajo.

Como hemos planteado anteriormente, el Estado y sus instituciones ven los espacios regionales como lugares subdesarrollados, problemáticos e incapaces de generar alternativas políticas; esta perspectiva termina por alejarlos y subordinarlos a sus propios valores y proyectos centralistas. Abordaré estas visiones con más detalle en la siguiente sección de este capítulo, pero me gustaría detenerme un poco más en la relación entre Estado y región y las diferentes implicaciones que esta trae. El Estado ha establecido nexos con los espacios regionales que han partido de la separación y la imposición de una autoridad que no ve ni permite ninguna capacidad de acción desde los ámbitos regionales. El teórico e historiador indio Ranajit Guha habla de *estatismo* para referirse a estos valores estatales que determinan, de acuerdo con su propio criterio, lo que es histórico y válido y lo que no, estos generan un discurso unificador que deja por fuera varias especificidades y complejidades. Esta valoración responde al intento por promover y mantener la hegemonía del Estado y sus intereses. Podríamos partir del ejemplo que he venido desarrollando para dialogar un poco más con el concepto propuesto por Guha. Como ya vimos, el progreso se muestra como un ideal y una forma de vida universal que promueve ciertos valores gubernamentales que pretendían implantar un modelo de concordia en todos los territorios. En este sentido, esta idea totalizadora oculta, aparentemente, otras voces y proyectos que lo desestabilizarían de una u otra forma.

En el ideal de progreso encontramos uno de los ejemplos más claros del discurso estatista; sin embargo, podemos pensar en muchos otros valores que bajo este proceso de homogeneización buscan mantener los beneficios y el poder del Estado. Desde un Estado autoritario y centralista, las comunidades regionales nos son tenidas en cuenta como espacios que puedan generar proyectos u organizaciones políticas propias válidas frente a los valores estatales. Esta limitada visión tuvo como consecuencia una condición de desorden en donde no hubo una adecuada distribución de recursos y tierras, lo que terminó por generar un gran desequilibrio económico.

Por el contrario, se percibía en las comunidades regionales el peligro de la subversión, desintegración y anarquía, el cual intenta aplacar por medio de la coacción y la fuerza, en vez de reconocer estas otras geografías y espacios. Esta limitada visión tiene como consecuencia una condición de desorden en donde no hay una adecuada distribución de

recursos y tierras que termina por generar un gran desequilibrio económico. Estas coyunturas produjeron una desarticulación de los espacios regionales que no posibilitaron una verdadera integración que considerara las condiciones específicas de estas comunidades. La presunta unificación nacional se construyó a partir del discurso estatista que contempló en su unión a quienes aceptaran y mantuvieran sus valores, excluyendo y reprimiendo de este modo todos los demás planteamientos.

Uno de los claros ejemplos de imposición por medio de la coacción del estado colombiano fue el ataque a la llamada “república independiente” de Marquetalia. Me centraré en este suceso con más detalle en la próxima parte, pero me parece pertinente resaltar un punto que nos permite vislumbrar una visión de la regionalidad propia de un discurso estatista. La operación Marquetalia buscaba acabar con un asentamiento campesino ubicado en la frontera noroccidental del Huila. Quienes habitaban esta zona se encontraban armados y proclamaban formas de gobierno apartadas de la institucionalidad del mandato vigente. La respuesta del presidente Guillermo León Valencia fue apoyarse en el poderío de las fuerzas militares para atacar por medio de las armas a quienes habían osado organizarse alternativamente y representaban un supuesto peligro para el orden público y los proyectos nacionales. La avanzada militar sobre el territorio y el posterior dominio del mismo fueron celebrados con grandes honores por los medios oficiales y muchos colombianos que lo respaldaban. El gran logro promovido por algunos periódicos, fue el de la imposición del gobierno y sus instituciones, incluso en las zonas más alejadas. Dos artículos publicados en la edición del 19 de junio de 1964 del diario *El Siglo*, resaltan este dominio de la administración gubernamental. En el primero de estos textos, se ve la región como una zona apartada en donde la creación de otras organizaciones implica la necesaria exclusión de un proyecto de nacionalidad: “[...] constituía un verdadero gozo patriótico poder pisar, con la seguridad que estamos pisando este terreno nacional, que había prácticamente perdido el país desde hacía más de 10 años”<sup>5</sup>. Durante los años en que esta zona fue habitada por los campesinos, dicho territorio dejó de pertenecer al proyecto nacional que implicaba, en ese momento, la concordia, la supuesta democracia y la aceptación de las estructuras, valores e instituciones del Estado. El pisar estos territorios luego de que las fuerzas militares se

---

<sup>5</sup> El título del artículo es: “No es necesario aumentar pie de fuerza para acabar con la violencia, dice Camacho”, publicado en *El Siglo* el 19 de Junio de 1964.

impusieran, se convierte en un acto totalmente patriótico que representa el triunfo de la nación sobre las comunidades regionales y sus organizaciones políticas alternativas.

En el siguiente artículo, se resalta de nuevo el poder y la influencia que tiene el gobierno colombiano, capaz de imponer su autoridad en cualquier región del país, tal como lo dicta su propio título<sup>6</sup>. Con la izada de bandera en la zona de Marquetalia, el Estado está afirmando su autoridad y capacidad de imposición, incluso en las zonas más apartadas de su centralidad, no sólo en un sentido geográfico. Según los valores estatistas, estas zonas regionales son propensas a la subversión y promueven la desintegración y la anarquía en el territorio nacional. La forma de mantener todos los espacios del lado de la hegemonía estatal es por medio de la coacción e intervención de las fuerzas militares:

Con la operación Marquetalia, que adelantan las Fuerzas Militares, se trataba de saber si el gobierno de Colombia estaba o no en condiciones de imponer su autoridad en cualquier región del país. Nuestra presencia aquí, demuestra que sí lo está, y que gracias a las Fuerzas Militares, esta autoridad ha llegado no solo sin traumatismos, sino como garantía de paz y de progreso<sup>7</sup>.

En este fragmento del periódico, se le resta el carácter autoritario, coercitivo y traumático a la intervención del ejército resaltando en cambio, la expansión de la idea de paz y progreso que reina ahora gracias al triunfo militar y de los valores estatistas. La institucionalidad se hace presente únicamente cuando se ve en jaque por otras formas que se oponen a sus estructuras excluyentes. El Estado está, generalmente, muy apartado de los conflictos y circunstancias regionales, en tanto estas no representan un peligro real para su establecimiento y aparece justo en el momento en el cual se encuentra amenazado. El control militar que se dio sobre la zona de Marquetalia fue utilizado por el gobierno como una especie de amenaza frente a todas las otras organizaciones entendidas como subversivas, a las cuales el gobierno de León Valencia estaba dispuesto a atacar y derribar a toda costa.

---

<sup>6</sup> El título del artículo, publicado en el mismo periódico y en la misma fecha es: “El gobierno de Colombia está en capacidad de imponer la autoridad en cualquier región de la nación”.

<sup>7</sup> Fragmento del artículo “El gobierno de Colombia está...”, citado en la nota anterior.

Esta idea de progreso, paz y bienestar también está presente en un artículo de *El Espectador*, fechado el 6 de junio de 1964, cuando aún no había finalizado la “Operación Marquetalia”. En este los campesinos y habitantes de la zona son entendidos como bandoleros, carentes de cualquier justificación o proyecto político y su único propósito es el de “obstaculizar la labor pacificadora de las tropas que sólo buscan mediante la acción cívica llevar el progreso y el bienestar a tales regiones”<sup>8</sup>. De nuevo, la acción del ejército es tildada de cívica y pacificadora, oponiéndola a la actuación violenta y bárbara de los “bandoleros”. El único propósito de las Fuerzas militares es el de llevar los valores estatistas del progreso y el bienestar a una región que entienden como alejada y subdesarrollada. El espacio regional se ve como un telón de fondo en donde se enfrentan dos bandos armados y los habitantes de estos territorios, e incluso los espacios mismos se entienden de forma pasiva y estática. El poder de acción y decisión frente a las circunstancias que los rodean se ve reducido al mínimo desde las visiones estatistas que sólo pueden encontrar en estos suelos pobreza y subdesarrollo y en sus habitantes víctimas. Este análisis del ataque contra Marquetalia lo he hecho a partir de los artículos de la prensa escrita que hablaban sobre la operación. Estos textos nos ayudan a construir una noción sobre las relaciones que entabló el gobierno frentenacionalista con los establecimientos *insurgentes* que desestabilizaban sus presupuestos y, por lo tanto, nos permite indagar sobre los principios sobre los cuales funcionó el Frente Nacional. Por su parte, en las novelas no encontramos referencias explícitas a este momento histórico. Sin embargo, sí veremos cómo el gobierno reprime por medio del ejército a las formas de *insurgencia* campesina en los espacios regionales que construyen las novelas.

A este punto, me parece necesario situar el espacio regional que voy a trabajar en el presente proyecto. Como hemos visto, desde las diferentes percepciones que he trabajado hasta acá del concepto de región, resulta un poco contraproducente y contradictorio, si se quiere, entender el Huila únicamente bajo sus límites legales. Mucho más cuando se trata de un departamento que ha cambiado sus fronteras en repetidas ocasiones a través del tiempo. Su creación oficial se dio en 1905, luego de que se decretara su separación del antiguo Estado soberano del Tolima. La creación de este nuevo departamento tenía como

---

<sup>8</sup> El título del artículo es: “Muertos dos bandoleros en Operación Marquetalia” publicado el 6 de Junio de 1964 por el diario *El espectador*.



capital la ciudad de Neiva y como eje geográfico central al nevado del Huila. Esta configuración buscaba una unidad política que forzara la prosperidad económica, agrícola e industrial del territorio coloquialmente conocido como “Tolima grande”. En este principio de siglo, los nuevos huilenses se vieron arrojados a la gran pregunta por su identidad y su constitución como oriundos del departamento recién creado. Sin embargo, este proceso de identificación no responde necesariamente a estas fronteras oficiales, sino que comienza a crearse a partir de la construcción más inmediata de las relaciones y espacios locales. Cincuenta años después de la institución del departamento regresa la gran pregunta por la identidad regional, gracias a la gran migración desde y hacia otras zonas del país que introdujeron nuevos elementos culturales. El gobierno departamental opta por crear nuevas instituciones que brinden elementos identitarios como la celebración oficial del San Pedro, la conmemoración del cincuentenario y la creación del Centro cultural.

Me interesa resaltar acá la particularidad de la posición geográfica del Huila, la cual afecta en gran medida los procesos de violencia e insurgencia dentro del mismo. Debido a su ubicación, el Huila se ve como un cruce de caminos entre los conflictos agrarios del oriente del Cauca, el sur y oriente del Tolima y el Sumapaz. Así, esta zona se convierte en el centro de los planes de expansión guerrilleros y revolucionarios, ya que todos implicaban pasar por allí. No considero, sin embargo, que la posición geográfica sea del todo determinante pero ha de ser tenida en cuenta como una de las particularidades del Huila y sus espacios regionales. Abordaré más detenidamente estos procesos de violencia e insurgencia en los siguientes capítulos del presente trabajo.

Para objetos de este trabajo tomaré en cuenta lo que entendemos hoy como departamento del Huila; sin embargo, no me centraré en la pregunta por la identidad departamental o la construcción de una idea de región, sino más bien en los diferentes espacios que se conciben dentro del mismo. En los tres textos literarios, periódicos y textos historiográficos que conforman el corpus de este trabajo, encontramos varios espacios regionales que nos permiten visibilizar las diferentes complejidades dentro de un mismo departamento, el cual no es entendido como delimitado y/o inmutable.

Las visiones que encontramos en los diferentes textos de los espacios regionales dentro del departamento del Huila, dialogan muy de cerca con las que he venido desarrollando en esta parte inicial. En una primera instancia, el departamento del Huila se ha visto desde su creación como un lugar con una permanente condición de atraso según los presupuestos de desarrollo y progreso que, como ya percibimos, regían los proyectos del gobierno nacional. No existían proyectos industriales y agrícolas que fueran muy promisorios y aportantes para la economía nacional. A eso habría que sumarle el supuesto abandono de los campesinos del departamento, puesto que, en su mayoría, la atención gubernamental y económica se había centrado en la ganadería, la cual había sido el principal sustento huilense. Con el final de la hegemonía conservadora en 1930, surgieron nuevos gobiernos departamentales que se dedicaron a promover otras visiones sobre el desarrollo del Huila y a instaurar proyectos modernizadores que respondieron más a los intereses personales de sus artífices que a las necesidades del departamento. La concepción general seguía siendo la de un departamento subdesarrollado y atrasado económicamente frente a otras zonas del país; las propuestas de López Pumarejo no parecían causar impacto alguno y el liberalismo no lograba definir un proyecto claro para el Huila. Todos estos planes buscaban tener victorias electorales y respondieron a los valores estatistas y no contemplaban las condiciones de los diferentes espacios regionales del departamento.

La mayoría de estas visiones mostraban el atraso y el aislamiento del departamento, el cual no cabía en la mayoría de los proyectos nacionales. La novela *Ellos estaban solos frente al monte*, sucede en una vereda del municipio de Íquira: “[...] un pueblecito remoto del sur, situado en las estribaciones de la Cordillera Central, sobre el flanco que mira al oriente [...]” (12). Este espacio es presentado al principio del texto como un: “[...] escenario primitivo, remoto, al borde mismo de la montaña inhóspita [...]” (9). El lugar no se muestra muy habitable y se encuentra alejado, en un sentido físico y simbólico, de la centralidad. Además, lo vemos como un espacio “primitivo” en donde el hombre se ve obligado a luchar contra las propias condiciones de la naturaleza para establecerse en un territorio de pocos caminos y difícil acceso. Además, surgen varias dificultades al desarrollar actividades económicas como la agropecuaria o la ganadera en este terreno:

[...] lo que sí es para mí un enigma [...] es qué hacen allá arriba, cómo viven, de qué viven. Se ven sus casitas colgadas a la loma, y uno piensa que para que no se rueden deben usar ellos un extraño artificio. A veces se observan unas manchas en la falda, más verde y frescas que el resto de la vegetación, y es que los hombres han rozado el barbecho y audazmente, tesoneramente, han sembrado un huerto o una dehesa pequeña (14).

A pesar de encontrarse en un terreno aparentemente inhabitable, los campesinos tienen la capacidad de generar una comunidad que puede sostenerse (en todos los sentidos de la palabra) creando espacios y comunidades regionales.

Este aislamiento geográfico e institucional aparece repetidas veces durante la narración como la causa de los principales problemas políticos, sociales y económicos. El olvido de muchas zonas del país se exhibe como la consecuencia de un gobierno con una estructura sumamente centralista y autoritaria:

[...] el departamento es pobre en tierras laborables y buenas, y las vías adecuadas hacia las grandes despensas del Llano y del Caquetá son todavía promesas de los políticos, o crudos proyectos; la salud del pueblo es precaria, la administración pública menguada, hay desempleo, los analfabetos llenan los campos y algunas oficinas públicas, etc. ¿Pero cómo podrían ser las cosas de otro modo si los poderes centrales han mantenido esa hermosa comarca e[n] un olvido y desestima permanentes? (Medina 66-67).

Encontramos en la idea de comarca un espacio con mucho potencial, que se ve perjudicado por el abandono de una institucionalidad central, muchas veces sumido en una especie de limbo y ambiente de hastío que no permite ninguna renovación dentro del espacio mismo. Por ejemplo, la novela *El Cadáver* de Benhur Sánchez Suárez sucede en un pueblo apartado, encontramos en un pensamiento de Segundo, protagonista de la novela, que: “[...] si el mundo tuviera culo este pueblo sería una nalga, y las campanas de la torre de San Antonio repiten sus doce sonidos monocordes, impulsándolo al hastío” (Sánchez 17). Esta visión coincide también con la que tenemos del pueblo de la novela *Tres puntos en la tierra*, que es: “[...] un pueblo olvidado llamado El Rincón. No sé si ese será el mismo

rincón del infierno. Allá tú si quieres cambiarle ese feo nombre por el de un santo. Tendrás mucho tiempo para pensarlo. Creo que hasta te hará bien para la meditación” (Tafur 122). Las tres novelas convienen en que los pueblos se encuentran sumamente aislados de un centro de poder que, en muchos casos busca imponerse. Sin embargo, veremos a través de los diferentes textos que estos espacios y comunidades regionales se irán configurando con sus propios proyectos y agencias políticas que se desarrollan no sólo sin ayuda de las instituciones estatales, sino en contra de las mismas.

*El cadáver* del también escritor huilense Benhur Sánchez Suárez tiene como personaje principal a Segundo, un tendero en el pueblo que emprende el trabajo de recordar la historia de este pueblo sin nombre. La mayoría de los fragmentos de la novela surgen de los pensamientos de Segundo, quien había organizado una serie de reuniones con otros habitantes del pueblo para discutir posibles cambios en la organización política que hasta ahora había privilegiado a las clases altas del pueblo relegando a los sectores populares como el campesinado y los trabajadores. También nos encontramos con pequeñas partes que narra Sergio, amigo de Segundo y sastre del pueblo, quien también hacía parte de las reuniones que se han dejado de lado porque Segundo parece haber perdido la esperanza de cambio luego de ser discriminado y excluido por las élites gubernamentales que no aceptaban a nadie que cuestionara el orden establecido. Además de las voces de Sergio y Segundo, vemos las cartas que envía desde el monte Jacinto, amigo de ellos dos, quien se ha unido a un grupo guerrillero para luchar por un cambio social y político. Dentro de los pensamientos de Segundo aparece recurrentemente la imagen de un cadáver que permanece incógnito durante gran parte de la novela, que finalmente es el cuerpo de Jacinto quien ha muerto en un combate en el monte. La muerte de su amigo causa un impacto directo sobre Segundo y Sergio, quienes optan por ir al monte a seguir la lucha que Jacinto había emprendido.

Esta novela de la que venimos hablando tiene en común con *Tres puntos en la tierra* la creación de un lugar ficcional en donde suceden los hechos. Según las referencias que encontramos en los textos, intuimos que son municipios que podrían ubicarse dentro del departamento del Huila o muy cerca al mismo. Tanto El Rincón, que luego se llamará San Remigio, como el pueblo sin nombre de *El cadáver*, figuran como nuevos espacios con

problemáticas económicas, sociales y políticas. Estas invenciones nos permiten pensar que un espacio regional no se construye únicamente como un lugar geográfico, sino también simbólico. Partiendo de unas características espaciales, los autores de estas novelas crean un espacio con sus propias dinámicas sociales y proyectos, los cuales responden de diversas formas a las situaciones históricas. Si bien comparten el abandono de la institucionalidad y una especie de hastío frente a muchas condiciones desfavorables, no se ve en sus habitantes a gentes fácilmente manipulables con una actitud pasiva o conformista ante frustrados y elitistas proyectos gubernamentales.

El discurso literario hace parte de esta construcción de la historia regional que no se construye solamente a partir del discurso historiográfico, lo literario no solamente se ve inmerso en esta historia, sino que participa activamente de la escritura de la misma. Así, las novelas que constituyen el corpus de mi trabajo, junto con otros textos de literatura huilense, plantean nociones de región y de historia que problematizan la idea de una historia nacional única y homogénea. Estos textos se centran en historias locales que resaltan procesos históricos específicos del departamento del Huila y representan los espacios regionales y sus habitantes. Esta atención sobre los espacios regionales e historias locales muestra como dentro de estos se narran historias que desafían los principios que se intentan imponer desde un centro y sus instituciones oficiales. No se trata de historias que complementan una historiografía nacional, sino de relatos que invitan a pensar en otras partes de la historia que muchas veces son invisibilizadas en beneficio de los propósitos estatales.

Para terminar con esta primera sección, me parece importante considerar las implicaciones que trae el pensar y escribir una historia regional. Vale la pena escuchar el llamado de Guha a la reescritura de una historia, puesto que no es suficiente criticar la univocidad del estatismo, sino tratar de desafiarlo buscando otras maneras y visiones para escribir y definir procesos históricos. Una escritura de la historia regional, a mi modo de ver, implica transformaciones sobre varias vertientes y estructuras de la historiografía nacional que defienden los valores y la univocidad estatistas. No se trata, entonces, de escribir las historias regionales como el relleno de un esqueleto de la historia nacional, sino poner en cuestión los mismos principios y objetivos de la historiografía tradicional. También sería

ingenuo recaer en localismos y oposiciones maniqueas entre lo regional y lo nacional que reproduzcan la estructura centralista y no permitan pensar en un proyecto más amplio que esta. En estas otras alternativas de la historia se debe buscar una nueva valoración de los espacios regionales para encontrar en sus comunidades sujetos políticos con una agencia propia y no a simples objetos electorales.

### ***La univocidad de la historia como construcción de la estructura centralista***

En esta segunda parte del capítulo me interesa profundizar en este papel de las diferentes instituciones que sostienen y reproducen los valores estatistas que, como vimos anteriormente, terminan por establecer una univocidad en la historia. Para seguir con mi argumentación de la sección anterior, empezaré por plantear algunas formas y problemáticas de lo que llamaré “estructura centralista”. Más adelante haré algunas consideraciones sobre los proyectos de reforma agraria y las vinculaciones de esta con dicha estructura. Luego, me centraré en el bipartidismo, el cual es fundamental para la configuración de este sistema y que termina por crear el Frente Nacional, que representó la coalición de los dos partidos tradicionales y su consecuente afianzamiento en todos los cargos políticos del país. Mientras se encontraba vigente esta forma de gobierno, se consolidó la Alianza para el progreso con los Estados Unidos, la cual influyó en gran medida los discursos y proyectos que promovía el Estado, los cuales se llenaron de promesas de progreso, desarrollo y una férrea lucha contra el comunismo<sup>9</sup>.

### **Estructuras centralistas**

Como ya esbocé en la primera parte, Colombia se construyó, en gran medida, sobre las fuertes bases de una estructura centralista que terminó por crear divisiones y conflictos dentro del territorio nacional. Casi toda la actividad económica, gubernamental e industrial giraba en torno a Bogotá, la gran capital del país. Desde este centro se validaban o descalificaban las diferentes prácticas económicas, sociales y culturales. Así, quien buscaba la actualidad, la “alta cultura”, el conocimiento, un ascenso económico y social, o un trabajo, debía migrar a la ciudad y acoplarse a sus presupuestos y organizaciones. Desde

---

<sup>9</sup> Tengo pensado hablar de mi periodización y la elección de estos hechos históricos en la introducción de la tesis, entonces no creo que sea necesario volver a especificarlos acá, cierto?

este razonamiento se establecieron los valores estatistas que juzgaron qué merece un puesto en la historia, qué no y la interpretación de los diferentes hechos, personajes, lugares, entre otras cosas, que tienen un puesto en esta construcción de la historia. Además del poder capitalino, también se fueron configurando zonas económicamente más fuertes que otras que terminaron por adquirir mayor capacidad de gestión política frente al gobierno central. En resumen, partimos de la existencia de una organización social y territorial jerarquizada que anulaba muchas posibilidades democráticas en los espacios regionales que terminaron apartados. Esta segregación acentuó niveles de pobreza, desigualdad y marginalidad que apartaron aún más los espacios regionales de la institucionalidad del Estado.

La historiografía tradicional tendió a afirmar la universalidad y objetividad de los valores de esta estructura centralista. Así, estos principios estatistas se establecieron como irrevocables y unívocos sobre la “verdad” de la historia. Esta univocidad respondía a una forma de entender la historia como objetiva, transparente y capaz de dar cuenta fielmente de un pasado que se volvía incuestionable. Esta forma de asumir la historia es problematizada por el historiador francés Michel de Certeau en su libro *La escritura de la historia* (1975). En este texto, de Certeau tiene como propósito el estudio de la escritura y de la historiografía, en tanto discurso, como una práctica histórica. En este sentido, la historia deja de dar cuenta de un pasado dado y estable, para comenzar a ser una intérprete que construye representaciones desde un presente con materiales dados del pasado. Las interpretaciones están inmersas en prácticas que pertenecen a la historia misma y de esta manera estas construcciones no pueden ser consideradas únicamente desde su contenido, sino también desde sus prácticas mismas. Desde esta propuesta, los valores estatistas que se validaban por medio de diferentes discursos y del olvido forzado de otros discursos y realidades históricas dejan de ser considerados universales para estar inmersos en procesos históricos y condiciones específicas que analizo en este trabajo.

La historiografía deja de ser una recopilación de datos históricos y se convierte en un hacer historiográfico. Este pasado “real” que el historiador busca reconstruir está mediado por lo que estudia, conoce y comprende de un pasado y también por la operación científica historiográfica en donde están presentes sus problemáticas, sociedad actual, modos de comprensión, procedimientos y su práctica de escritura que le otorga un sentido

interpretativo: con este reconocimiento sobre la escritura, el lenguaje deja de funcionar como vehículo transparente de verdades históricas irrefutables. Siguiendo esta misma argumentación, cabe pensar mi propio análisis como una práctica y un hacer historiográfico mediado por mi escritura. Mi mirada al pasado parte de la lectura e interpretación de textos literarios, periodísticos e historiográficos, entre los cuales he establecido relaciones que me han brindado diversas perspectivas sobre los procesos de violencia e insurgencia campesina en el Huila durante los primeros años del Frente Nacional.

Hasta ahora me he referido a esta estructura centralista en términos territoriales en donde se visibiliza, incluso geográficamente, un centro definido y varias zonas periféricas que se encuentran alejadas y marginalizadas de este centro en más de un sentido. Sin embargo, me gustaría ampliar este término más allá de su carácter territorial, económico y gubernamental, para entenderlo como un sistema que afecta otros aspectos, como los sistemas de valores, moral y comportamiento. Dentro de los mismos espacios regionales, por ejemplo, se expresa esta estructura jerarquizante que se construye a partir de un centro definido. Iré desarrollando este planteamiento a lo largo de toda esta sección, teniendo en cuenta las resistencias y organizaciones alternativas que buscan minar dicha estructura centralista. Desarrollaré este último punto en los siguientes capítulos, pero será necesario tenerlo presente desde ya. Esta estructura centralista fue la que buscó imponerse y reproducir sus valores sin tener en cuenta sus grandes limitaciones y su incapacidad para articular relaciones, propuestas, necesidades, valoraciones, expresiones culturales y organizaciones sociales provenientes de los espacios regionales con el estado central.

En la década de 1920, el gobierno nacional inició un proyecto por centralizar el poder desde diferentes frentes. Se buscó el fortalecimiento y la creación de varias instituciones que permitieran la concentración del dominio sobre diferentes aspectos importantes de la nación colombiana. Primero, se le siguió otorgando el poder a la iglesia sobre el comportamiento y la moral, desde el púlpito se apoyaban los presupuestos gubernamentales y se enjuiciaron todas las actitudes y situaciones que estuvieran fuera de estos. Por otro lado, se creó un estructurado ejército nacional que monopolizó todas las armas y el derecho legal sobre las mismas. Consecuentemente, todas las personas que portaran armas o que intentaran defender algún principio o buscaran un propósito por medios armados, se encontraban fuera



de la ley y eran marginalizados. La única lucha armada justificada y legal era la del ejército que defendía el supuesto bienestar de la nación, el cual se definía según los principios y valores estatistas. Por último, se dio la creación de un banco central que aseguraba el control sobre el patrimonio económico. Estas instituciones se encargaron de mantener su poder firme y de imponerse sobre los sujetos, quienes no encontraban en dichos organismos espacios de concertación y negociación que les permitieran entablar una mejor relación con el Estado. Esta implantación fue, por principio, violenta, y generó diversos conflictos dentro de los cuales el Estado surgió como uno de los actores principales.

Esta centralidad establecida por medio de las instituciones, crea un orden establecido que muchas veces parece infranqueable. Se fijaron estrictos procesos que terminaron por limitar la movilidad social<sup>10</sup>. Desde estos desplazamientos materiales, de valores, percepciones y/o conductas, se pueden desafiar los preceptos que rigen la estructura centralista. Camilo Torres, cofundador del departamento de sociología de la Universidad Nacional de Colombia, cura y revolucionario muerto en combate, señalaba la existencia de una minoría política que tenía bajo su mando los poderes centrales, obstruyendo los posibles canales para la ascensión social, manteniendo vigentes sus estructuras e instituciones. Así, quien buscara una movilidad social ascendente debía conformarse con las estructuras e instituciones y aceptar labores dentro de las mismas que no pusieran en cuestión o en peligro el orden establecido. Ante estas circunstancias, los habitantes de los espacios regionales se vieron obligados a buscar otros medios que abrieran las posibilidades para una movilidad y un cambio social.

El funcionamiento de esta institucionalidad bajo el mando de los poderes centrales y su estructura centralista, no fue igual en todos los espacios regionales. Como veníamos hablando, se dio una imposición que generó un conflicto que a su vez ocasionó ciertos cambios dentro de las instituciones mismas y en los espacios en donde buscaba establecerse. En la mayoría de casos, el tema fue el de la inexistencia o ineficacia de las instituciones centrales en las zonas que el mismo Estado centralista marginaba de sus proyectos y valores principales. En este panorama, la iglesia se convirtió en el organismo

---

<sup>10</sup> La movilidad social contempla los cambios de un grupo social a otro, de un área geográfica a otra o de una clase social a otra.

que encarnaba no sólo el poder católico, sino el político, económico, social y moral en los espacios regionales. En la vereda de Íquira, recreada e imaginada en la novela *Ellos estaban solos frente al monte*, el cura es: “[...] un ascendiente, una autoridad, una fuerza tremendas”(BUSCAR LA PÁGINA). El sacerdote no es sólo un funcionario eclesiástico, también encarna una institución social en un lugar en donde el Estado se encuentra, por lo general, ausente. El cura adquiere nuevas funciones y deja de ser el que transmite la palabra y los valores católicos para juzgar desde ellos. Surgen, por ejemplo, figuras como Camilo Torres, quien le dio un nuevo sentido a los valores cristianos que la iglesia, en tanto institución, buscaba imponer. Estas nuevas formas son tenidas en cuenta por los campesinos, quienes crean y significan sus propias organizaciones, según las prácticas y dinámicas de su comunidad. Las demás instituciones estatales aparecen únicamente en situaciones límite y suelen traer conflictos y consecuencias desfavorables sobre las comunidades y la población de los espacios regionales.

Así aparece el ejército en *Ellos estaban solos frente al monte*, el cual se hace presente luego del hecho de violencia que provocó el desplazamiento de la mayoría de mujeres y niños al pueblo y la muerte de muchos de los que decidieron quedarse en sus pequeñas fincas y parcelas en el monte. Luego de esta situación límite, llegan varios soldados a custodiar la supuesta seguridad de este espacio regional y de los pocos habitantes que quedan. Estos

[...] establecieron tres puestos a lo largo del río y se quedaron seis meses. En este plazo acabaron con las pequeñas cosas que los bandoleros no tocaron, y algunas grandes cosas que las gentes del río amaban bien: las buenas costumbres, su rosario vespertino, la virginidad de sus mozas, el mutuo respeto. Todos estos hilos delicados se enredaron en las botas de la tropa y se reventaron [...] (Medina 53-54).

Los sujetos que habitaban esta vereda se encontraban agarrados a sus costumbres y formas de entender el mundo, en medio de la gran confusión que se generó luego de este ataque. Las instituciones provenientes de la estructura centralista terminan por generar conflictos y afectar los procesos de duelo que se estaban llevando a cabo en esta comunidad, puesto que se imponen como la única forma de ratificar la seguridad, asumiendo la inactividad de los espacios regionales. El ejército no es una institución neutral que asegura la vida pacífica y

la seguridad de los colombianos, también afecta y perturba las organizaciones sociales, culturales y económicas de la vereda, transformándose así en otro de los actores de los diferentes conflictos y situaciones de violencia.

Por otro lado, el Estado se encargó de crear organismos como la Caja Agraria que posibilitaron ayudas económicas para los campesinos de diversas zonas del país. Luego de esta situación de violencia que vemos en la novela, varias de las fincas quedaron perjudicadas y debían pasar por un proceso de reconstrucción, la Caja Agraria aparece en la novela como la institución que va a apoyar económicamente la reparación de las fincas. El procedimiento que debían seguir los habitantes de Íquira presentaba varias trabas burocráticas que no permitían una efectividad clara sobre la reparación de las fincas de los campesinos, quienes “[...] no pid[ieron] nada porque la Caja Agraria ofreció prestarles el dinero necesario para rehacer sus finquitas, y tan buenas intenciones se perdieron en un laberinto de papeles, títulos, testigos, comprobantes y un millón de requisitos” (Medina 53-54). La creación de esta institución económica buscaba el fortalecimiento de una clase media rural que permitiera un crecimiento de la agricultura para fortalecer las exportaciones y el consumo dentro del territorio nacional. También se buscaba la consolidación de esta clase media, en pro de aumentar el consumo de diferentes productos; así, los campesinos no solamente generarían una gran base de producción, sino también de consumición que fortalecería la economía y modos capitalistas que el gobierno, con la ayuda de Estados Unidos, buscaba implantar. Los organismos e instituciones creadas por esta estructura centralista, responden en primera instancia a sus propios intereses y resultan ineficaces a la hora de prestar las ayudas económicas a quienes se ven afectados por situaciones de violencia.

Por otra parte, encontramos instituciones gubernamentales presentes en los espacios regionales como las alcaldías municipales, el gobernador y los encargados de representar a los departamentos y diferentes poblaciones ante los organismos centrales de gobierno como el senado. En los municipios, el poder de representación política casi siempre se corresponde con la capacidad económica del elegido para desarrollar estas funciones. En el pueblo sin nombre figurado en *El cadáver*, por ejemplo, el alcalde forma parte de la élite

del pueblo la cual ejerce un dominio económico, político y moral. En San Remigio<sup>11</sup>, el boticario y el sacerdote se encargan de convencer a don Andrés, gran terrateniente de esta zona, de convertirse en el representante político del pueblo. Aparentemente es él quien puede hacerse “[...] valer en esas alturas donde atienden las voces como la suya, para que nos dé brillo desde allá” (Tafur 10). La voz de don Andrés representa los intereses de los terratenientes y de los que tienen mayores facilidades económicas y en su figura aseguran de una u otra forma el mantenimiento de esta estructura jerarquizada. Esta especie de estirpe utiliza el miedo como una de sus principales herramientas para imponerse sobre los comportamientos de las gentes del pueblo y sus intentos por minar este orden social jerarquizado y centralista. Quienes estaban de acuerdo con “[...] la cosa de los bienes para todos, mejor dicho el bien común [...]” (Sánchez 16), se llenaron de temor frente a las acciones coercitivas que pudiera emprender el alcalde y la clase elitista en contra de ellos “[...] porque eso sí, todo el mundo le tiene miedo al alcalde, al Molina que manda y jode, al Ricci y todos sus iguales” (Sánchez 16). Las clases más favorecidas, con el apoyo del alcalde “[...] hacen lo que se les da la gana sólo porque tienen más cavas que los demás, más tierras que los otros. O, mejor dicho, sólo ellos teniendo y aferrándose a su tenedera. Y siempre querer siguiendo así y poniéndose berracos si alguien trata de pensar distinto” (Sánchez 28). Por medio del terror comienzan a excluir a todos los que se atrevían a pensar fuera de sus órdenes y estructuras establecidas. Este temor se instauró en muchos de sus habitantes, quienes comenzaron a perder la esperanza en las posibilidades de cambio.

El único momento en el que el alcalde figura cosas más allá de sus intereses es “[...] cuando hay elecciones, que es cuando necesitan ser elegidos por un gran número de votos” (Sánchez 132). Los proyectos que se formularon en pro de supuestos beneficios para todos los habitantes del pueblo y los campesinos de las veredas pertenecientes a su jurisdicción, terminaron por quedarse en promesas por cumplir o en la creación de instituciones poco eficientes a la hora de relacionarse con las comunidades y sus realidades. Las ayudas prometidas no entendían a los campesinos como sujetos con capacidad de actuar sobre el mundo y sus condiciones de vida, sino como objetos electorales que se encontraban en una especie de retraso frente a los beneficios del desarrollo y no eran capaces de acción alguna,

---

<sup>11</sup> Pueblo donde suceden los hechos de *Tres puntos en la tierra*, por si se olvida.

sino que estaban a la espera de ayudas estatales. Estos supuestos auxilios realmente respondían a los intereses personales y a la búsqueda de un triunfo electoral que asegurara los votos de quienes eran considerados inconscientes campesinos. Por el contrario, en la novela de Sánchez, tanto los campesinos que viven en las veredas como los trabajadores del pueblo son conscientes de la falsedad de estas promesas que tienen como consecuencia una generalizada apatía por la clase dirigente, política y todo lo que pueda estar relacionado con sus funciones. Como vimos en párrafos anteriores, el miedo a la represión por la fuerza y la coacción es lo que realmente impide que muchos habitantes se levanten contra estas instituciones.

Por medio de su discurso electoral y de la imposición a partir del miedo, los funcionarios políticos, pertenecientes a los sectores más adinerados: “[...] se pavonean por las calles como si nosotros no pensáramos, ni deseáramos sacudirnos de esta piltrafa que nos oprime” (Sánchez 150). Al asumir que con las promesas políticas y las supuestas ayudas han ganado votos, el alcalde, el sacerdote, los militares y demás sujetos afiliados a las instituciones de la estructura centralista aseguran su dominio sobre los medios económicos y de representación política en los estamentos gubernamentales. No encuentran en los campesinos y trabajadores más que votos a favor o en contra y los consideran fácilmente manipulables. A lo largo de la novela, se impone su orden y estructuras por medio de la fuerza para evitar cualquier intento de revuelta.

Por otro lado, se impone también un olvido selectivo de hechos y sucesos de la historia que exonera a las instituciones de la estructura centralista de cualquier responsabilidad sobre procesos de violencia que hayan sucedido en el pueblo. Por ejemplo, el alcalde desprestigia la voz de Segundo, tendero del pueblo sin nombre, acusándolo de no conocer realmente la historia y, en sus casos más extremos, de loco o mentiroso. Este intento por forzar el olvido de ciertos hechos también era respaldado por

[...] los dueños de la tierra y los ganados, los principales promotores [...], porque no querían que nadie se fuera contra ellos. Habían hecho que todos olvidaran las masacres porque ya empezaban a pensar por qué las fincas de los poderosos nunca

fueron atacadas. Por eso decían que a Segundo no le preguntaran nada, porque él qué podía saber de estos asuntos” (Sánchez 199).

En un principio pareciera que todos en el pueblo han olvidado estos hechos de violencia y que la estructura centralista tuviera la capacidad de imponerse sin ninguna resistencia. Sin embargo, encontramos siempre voces, hechos, personajes y diversas historias que muestran que esta estructura está lejos de establecerse irrevocablemente en un espacio regional, el cual ni siquiera ha entrado en su consideración.

Hemos visto hasta acá cómo se encarna e impone la estructura centralista por medio de las instituciones, como la alcaldía o la iglesia entre otras, presentes en los espacios regionales. Además de esto, podemos encontrar también otras visiones sobre dichos territorios que encarnan estos representantes políticos a la hora de relacionarse con los órganos estatales de la capital de Colombia. En estos vínculos subyace, en gran parte, la marginalización de los espacios regionales que se alejan en las relaciones y propósitos de estos supuestos representantes. Tal es el caso de don Andrés, quien cambia su manera de hablar y de gesticular para encajar en la idea de senador en las instancias capitalinas. Además del gran terrateniente, encontramos al senador Leocadio García quien encarna al personaje político liberal que supuestamente apoya las iniciativas campesinas y obreras en su intento por tener mejores condiciones de vida. Por principios, ambos representantes del pueblo eran supuestos enemigos políticos, sin embargo, cuando se encontraron en la capital “[...] se saludaron de abrazo. Cómo es eso, aquí se saludan como si fueran amigos, iba a decir pero no lo dijo. La pregunta no era del caso [...] aquí se estaban saludando en la plaza del Libertador, a la vista de todos... pero esto no era San Remigio sino la capital del país” (Tafur 56-57). Cuando ambos senadores se encuentran en el centro, ya no están mostrándose frente a quienes consideran objetos electorales, sino que están aprovechando su situación de representantes políticos para beneficio propio. Leocadio, por ejemplo, tan sólo se aprovecha de las iniciativas campesinas para convencerlos de la supuesta revolución que él va a posibilitar en su gobierno, si bien esto no está dentro de sus propósitos reales. Sus promesas terminan siendo realmente un juego de intereses que no pone en jaque a la estructura centralista, porque si no “[...] ya lo habría colocado a usted junto con sus protegidos de mierda, fuera de la ley!” (Tafur 59). Este juego doble del senador García tan

solo busca mantener a los trabajadores y campesinos de su lado para seguir en el poder, mientras se zafe de sus promesas con artimañas legales.

Estos juegos legales se convierten en trabas y maneras de aplacar a las organizaciones campesinas y sindicales. Cuando se tildaban de subversivas se situaban al margen de la ley y, por lo tanto, se aplacaban bajo el argumento de la subversión. Los sindicatos aparecieron como una posibilidad de organización para los trabajadores que les permitía exigir mejores condiciones laborales; sin embargo, muchas veces implicaba la subordinación de sus agendas a otros proyectos políticos, como los del partido liberal, en el caso colombiano. Los trabajadores de la finca de don Andrés, por ejemplo, se organizan esperando la ayuda de Leocadio García para que los avalara como organización, entendida por don Andrés como un aparato subversivo formado por los bandidos. La aprobación o negación de sindicatos se convertía, en su mayoría, en una forma de controlar y modelar las organizaciones trabajadoras a los marcos de la legalidad y los presupuestos estatales. Además, era también una forma de menguar el descontento de las clases populares y no poner en jaque la aprobación de estas hacia el gobierno. Así, con la llegada de las elecciones “[...] el gobierno está dando personería a los sindicatos como vendiendo pan” (Tafur 39). También, se instalaron alrededor de la creación de organizaciones sindicales un montón de procesos burocráticos que enlentecían cualquier intención de huelga. Estas debían antes ser aprobadas por el ministerio para que se encontraran dentro del marco de la legalidad, el cual terminaba por limitar los propósitos de los trabajadores y campesinos.

Con base en estos marcos legales, se desarrollaron diversos procesos de exclusión que generaron casi una satanización, por decirlo así, de quienes intentaban organizarse para rebatir algunos órdenes establecidos. A Segundo lo tildan de loco e ignorante, mientras que Pacho Peralta, el principal organizador sindical, es asesinado para beneficio de Leocadio García y don Andrés Cabrera, quienes por medio de la prensa modifican su vida y los motivos de su muerte. Le ponen un alias, lo tildan de temible bandolero y de organizador de aparatos subversivos que escondía armas, municiones y propaganda rebelde. En la novela, vemos cómo la prensa lo registra como un

[...] tenebroso bandolero, alias El Mueco. El antisocial servía de enlace a Martín Guerrero al reclutar facinerosos en San Remigio y entre la servidumbre de Hato Grande. Después de la huelga que dio origen a la Sociedad del Sur Limitada, este sujeto resolvió ponerse al margen de la ley. Se informó por parte de las Fuerzas Armadas que el bandolero pereció al tratar de huir y ser perseguido por los uniformados. Le fueron encontradas instrucciones y elementos para una ofensiva a gran escala contra las fuerzas del orden (Tafur 177-178).

La muerte de Pacho Peralta cambia de sentido al tratarse de un “antisocial”, pues pierde cualquier carácter de crimen y termina por ser casi un beneficio. Todas sus acciones serán tildadas de ilegales, mientras que los procedimientos de la organización de don Andrés parecen ser siempre legales y estar dentro del marco de los parámetros sociales. Aprovechando la muerte de Peralta, don Andrés habla de las acciones de la “justicia” sobre los bandoleros y revolucionarios ante todos sus colegas del senado en la capital para resaltar los logros de la patria chica en la lucha contra la revolución y los “elementos diabólicos”, en las palabras de don Andrés, que se ven supuestamente influenciados por los “enemigos del orden establecido”.

Leocadio García se ha comprometido a encargarse de la creación del sindicato de los trabajadores de don Andrés pero, como mostré anteriormente, su juego se convierte en un “pallípaca” que impide algún cambio. Así como los sindicatos, el Estado centralista ha creado una serie de medios para denunciar injusticias, acceder a ayudas económicas (como la Caja Agraria) o diferentes órganos que se encargan de brindar algún tipo de protección y reparación a quienes se han visto envueltos en los procesos de violencia. Así como la Caja Agraria, varias de estas instituciones resultan ineficaces y plagadas de corrupción a la hora de entrar en funcionamiento dentro de los espacios regionales. Los medios de denuncia, por ejemplo, favorecen también a quienes poseen el poder económico y los cargos políticos. Justino Díaz, uno de los personajes de *Tres puntos en la tierra*, acude al juez para denunciar la muerte de su padre Justiniano Díaz a manos de Aparicio Vargas, mayordomo de la hacienda del senador don Andrés Cabrera. Al ejecutar su denuncia, se encuentra con una total indiferencia, puesto que el juez considera que no hay pruebas contundentes para tomar medidas en contra de algún trabajador de don Andrés, pues trabajar para él parece ser



una razón suficiente para salvarse de cualquier cargo. Después de asumir la inocencia de Aparicio, el juez culpa a los bandoleros de haber matado a su padre, pues esa era la supuesta recomendación de don Andrés, quien le “aconsejaba” a Justiniano “[...] que le vendiera la finca para que no corriera riesgos. ¿Sabes que don Andrés tenía razón? A tu padre lo mataron los bandoleros, la gente de Martín Guerrero” (Tafur 71). Cuando Justino dice estar seguro de que no era este supuesto jefe bandolero quien le disparó a su padre, el juez modifica su versión para acusarlo de estar relacionado con Martín Guerrero y sus causas. Le ordena al agente de policía que se lleve “[...] a esa criatura para la casa de menores, esto ya es un caso de protección social; hay que proteger la sociedad de los maleantes del mañana” (Tafur 71). Luego de ser enviado a la casa de menores, las intenciones de denuncia por los medios legales ante los atropellos del terrateniente quedan frustradas. Los canales de funcionamiento de estos medios están obstruidos, pues solo actúan a favor de los intereses de unos pocos.

La muerte de Justiniano Díaz queda impune no sólo en el ámbito de la legalidad, sino también en el de la religiosidad y la iglesia católica. La madre de Justino acude al sacerdote del pueblo para que le dé un entierro digno, según los principios y tradiciones de esta institución. El padre Montero, al enterarse de las condiciones y del autor de su muerte, toma la decisión de guardar silencio y aceptar conscientemente este crimen. Su verdadero interés gira en torno a la confesión del difunto y termina por afirmar que sin el cumplimiento de este requisito “[...] no hay entierro en el campo santo” (Tafur 40). El cura decide ignorar las verdaderas causas de la muerte y se centra en los rituales propios de la iglesia. En cambio, cuando se trata de situaciones como la de juzgar a supuestos bandoleros o escoger al representante del pueblo, la voz del padre Montero sí se hace presente en lo que respecta a sus intereses propios y los de su iglesia.

Hemos visto hasta acá el funcionamiento de algunas instituciones que resultan sumamente inefectivas y corruptas ante las exigencias de la población campesina y trabajadora de los espacios regionales. Tanto la Caja Agraria como los sindicatos, la iglesia o los tribunales, respondían a los valores estatistas y acoplaban los intentos de huelga, organización o denuncia a sus propios intereses. A pesar de esto, los campesinos y habitantes de los espacios regionales no se resignaron a aceptar sin resistencia alguna los presupuestos de la

estructura centralista y surgirán diferentes formas de *insurgencia*<sup>12</sup>, en donde no solo hay una voz de desaprobación, sino otras alternativas de organización y estructuras que contemplan sectores más amplios de la sociedad y desafían dicha jerarquizada estructura.

### **La reforma agraria de 1936 y su influencia sobre el trabajo en el campo colombiano**

Como vemos en las tres novelas, las instituciones estatales presentes en los espacios regionales que dichos textos construyen se encargan del mantenimiento de la estructura centralista y sus valores. Los campesinos, protagonistas en las tres novelas, se ven perjudicados por los intereses de los terratenientes, políticos y propietarios, quienes se muestran como una clase dominante que se impone por medio de la fuerza, el miedo y el control que ejerce sobre las instituciones. Así, las iniciativas que pusieran en riesgo su posición económica y su poder político eran aplacadas o modificadas para su beneficio. Este fue el caso de la Reforma Agraria, que buscó una repartición más productiva de la tierra que evitara la existencia de terrenos sin trabajar. Lo que sucedió con esta reforma tuvo consecuencias sobre las condiciones vitales y laborales del campesinado en muchas zonas rurales del país.

Esta Reforma Agraria fue un proyecto de López Pumarejo y, por lo tanto, es anterior al período del Frente Nacional que abarcan las novelas. Por este motivo no encontramos casi referencias explícitas a dicha reforma que tuvo consecuencias en el sector agrario durante los años posteriores. El dominio de los terratenientes sobre grandes extensiones de tierra, las pésimas condiciones laborales de los campesinos trabajadores y las pocas garantías para el trabajo de los finqueros dueños de pequeñas parcelas fueron coyunturas que, en gran medida, se afianzaron con la Reforma Agraria de 1936. En *Tres puntos en la tierra* nos encontramos con las dinámicas del pueblo de San Remigio en donde se estableció una relación de explotación entre el gran terrateniente y todos los campesinos de la región. Me detengo en este punto de la Reforma Agraria, puesto que hace parte fundamental de la cuestión agraria en Colombia y, a pesar de que no aparezca explícitamente en las novelas permite entablar muchas relaciones con las historias que se narran y representan en las novelas.

---

<sup>12</sup> Me detendré en estas formas de *insurgencia* en el último capítulo.

La reforma agraria de 1936 fue uno de los principales puntos de la revolución en marcha del entonces presidente liberal Alfonso López Pumarejo, que estaba enfocada hacia la legalización de los predios rurales que habían sido ocupados por los campesinos en los diferentes procesos de colonización durante la segunda mitad del siglo XIX y de las tres décadas que llevaba el siglo XX. La ley de tierras pretendía la protección de los pequeños propietarios frente a los grandes terratenientes; sin embargo, esta legislación no resolvía realmente el problema de la distribución de las tierras. Buscaba más bien, una relación más eficiente entre estas y el nuevo aparato de producción capitalista que se intentaba instaurar con los proyectos modernizadores que también planteaba el gobierno. Estos programas de modernización generaron un desarrollo material en los centros urbanos, como la construcción de grandes edificios, calles y medios de transporte, entre otros, más que un desarrollo social y político. El Estado pretendía realmente acabar con el conflicto entre colonos y terratenientes y colaborar con el desarrollo y el crecimiento económico del sector rural, que permitiera la instauración de proyectos modernizadores en los sectores agrícolas e industrial que fortalecieran la economía del país dentro de estos modelos capitalistas. Si bien estos planes de desarrollo presentaron avances en la economía nacional, no generaron ningún cambio en la distribución de la riqueza resultante y terminaron por generar una mayor desigualdad en el campo, puesto que no todas las parcelas tenían el mismo acceso a los nuevos medios de producción y no podían establecer una verdadera competencia frente a las grandes y tecnificadas haciendas.

La ley de tierras terminó recayendo en lo que buscaba evitar: el poderío de las extensas haciendas sobre las pequeñas parcelas de tierras y sus propietarios. Uno de los principales puntos de la ley intentaba favorecer a los colonos, exigiendo la explotación y producción de la tierra para otorgar títulos sobre estos baldíos. Por medio de varias artimañas legales, los grandes hacendados se aprovecharon de estas titulaciones para apropiarse de varias zonas y agrandar sus propiedades. Por su parte, el gobierno, ante la falta de recursos económicos, comenzó a distribuir los territorios baldíos como intercambio monetario, pagando deudas, sueldos y demás necesidades con pedazos de tierras que, finalmente, terminaban por continuar fuera de la producción agrícola y económica. Surgieron grandes conflictos alrededor de la titulación de terrenos que no estaban dentro del sistema productivo y que no

permitían una verdadera democratización de la tierra y de los medios de producción agrícola.

Estos intentos por beneficiar a los pequeños propietarios no resultaron tan fructíferos y terminaron permitiendo que los gamonales y grandes terratenientes insertaran sus estructuras dentro de la reforma agraria y las políticas de la revolución en marcha. Siguieron existiendo grandes latifundistas que controlaban grandes retazos de pequeñas propiedades, en donde se generó una desigualdad de renta y se reproducía una estructura jerarquizada y casi feudal. Junto con la consolidación de la clase terrateniente surgió, gracias a las nuevas industrias y los proyectos tecnificadores una especie de burguesía colombiana. Esta, en vez de irrumpir en el sistema de dominación de la hacienda precapitalista, terminó por vincularse con los hacendados y creó un estructurado régimen de dominación oligárquica y acumulación capitalista, respaldado por la estructura bipartidista que bloqueaba y neutralizaba las diferenciaciones políticas entre clases. Así, con base en esta anulación, se alimentaba la configuración vertical que generó diferenciaciones simbólicas que no contemplaban las demandas de las clases populares.

Además del fortalecimiento de las estructuras verticales, la reforma agraria limitó en gran medida las posibilidades de organización e insurgencia campesina en esta época. Durante las tres primeras décadas del siglo XX, los campesinos representaban una de las mayores fuerzas en el país, puesto que constituían una gran parte de la población. Así, varios políticos se centraron en sus supuestas demandas e intereses para formular sus propios proyectos políticos, encontrando en los campesinos objetos electorales fácilmente manipulables según todos los proyectos y beneficios políticos que estos podían traer en sus causas individuales. Con el surgimiento de las industrias y el crecimiento de las ciudades apareció con más fuerza la clase obrera y trabajadora que encarnaba una fuerza mucho más visible, puesto que estaba situada en un solo lugar. Mientras los campesinos se encontraban territorialmente distanciados, los trabajadores urbanos vivían en pésimas condiciones dentro de la ciudad misma, causando un impacto mayor en la sociedad urbana. Esta estructura centralista había marginalizado de las ciudades a las clases bajas y sus demandas con la idea generalizada de que la pobreza se encontraba en la periferia. Sus problemáticas fueron entendidas como algo totalmente externo y que no involucraban al centro. Además,

los espacios regionales y sus diferentes problemáticas fueron apenas considerados como grandes territorios homogéneos alejados de la ciudad y sus centros. La aparición de estas fuerzas de trabajadores urbanos concentró entonces la atención de varios representantes políticos, como Gaitán, que antes se habían fijado en los campesinos.

Después de la implantación de esta reforma agraria, algunos sectores del campesinado buscaron la titulación de las pequeñas parcelas que estaban trabajando. Esta parcelación de los terrenos comenzaba a generar la separación del campesinado, puesto que sus luchas se tornaron, apenas se institucionalizó la ley de tierras, en peleas individuales por la consecución de sus parcelas. La división de las tierras traía, como consecuencia, la división del campesinado y eliminó, virtualmente, cualquier posibilidad de organización colectiva que desestabilizara los principios estatistas. Sin embargo, como veremos en los capítulos siguientes, ante la ineficacia de estas leyes e instituciones surgieron varias formas de resistencia que evidencian el papel activo de los sujetos campesinos ante los intentos de subordinación por parte del centro. Como hemos visto hasta acá, hay en las comunidades regionales diferentes formas de oposición a esta estructura vertical y centralista que demuestran que la concepción de los campesinos como una masa homogénea, amorfa, obediente y manipulable está considerablemente desfasada.

### **Bipartidismo liberal-conservador**

La configuración que fomentó la existencia de esta estructura centralista y permitió su verticalidad fue el bipartidismo. Desde mediados del siglo XIX, el partido liberal y el conservador se consolidaron como las entidades de participación política y ciudadana más visibles, las cuales lograron el dominio sobre el gobierno y todas sus estructuras. Así, durante largos períodos de tiempo se acomodaron en el poder representantes de estos dos partidos. Se han llamado a estas etapas la hegemonía conservadora, que duró 44 años, y la república liberal, que se mantuvo durante 16 años. La política colombiana se convirtió, entonces, en el enfrentamiento de los ideales de estos dos partidos que encarnaban dos proyectos diferentes, contruidos sobre los intereses de élites económicas y políticas. Esta lucha también fue fomentada por la iglesia, la cual intervenía desde el púlpito, incitando a las represalias en contra de los liberales, a quienes tildaba de anti-evangélicos, comunistas y

apóstatas. El padre Montero, por ejemplo, cura de San Remigio, defiende esta división partidista en medio de la idea de unidad política que planteaba el Frente Nacional. Para él, lo primero que se pone en jaque con esta propuesta es “[...] la colectividad abanderada de las doctrinas de la iglesia [...]” (Tafur 118), y se deben “[...]mostrar esas diferencias aunque sea entre nos: que ustedes han sido siempre los rojos enemigos de la fe, que se trata de partidos irreconciliables; que los unos han estado siempre al margen de la santa sede y los otros en su obediencia” (Tafur 118). La visión del cura Montero nos sirve para entender el argumento principal que sostenía la división de estos dos partidos. Con la existencia única de estos, los canales de representación política se limitaron a los representantes de estos dos partidos políticos, los cuales debían encarnar los principales presupuestos, planes, valores e ideales del partido al cual personificaban. Además de las pocas posibilidades de representación política, el enfrentamiento entre estos dos partidos fue acompañado por diversos procesos de violencia. Estos conflictos presentan varias complejidades que no alcanzo a abordar acá, puesto que rebasan el problema principal de este trabajo.

La tajante oposición de los propósitos, valores y proyectos entre los dos partidos terminó por crear dos espacios políticos separados que no permitieron la creación de un proyecto o ideal certero de unidad nacional. Aun así, se trataba de imponer una idea de patria que es, en sí misma, inestable; esta instauración se daba por medio de la fuerza, la represión y la coacción, cobrando la vida de muchas personas. Además de estas diversas propuestas de nación que generaron varias identificaciones o contradicciones, está la fragmentación del territorio y la estructura centralista que hizo que la presencia de su propia institucionalidad implantara relaciones sociales violentas. Las relaciones políticas oficiales que se establecieron entre los pueblos y diversos espacios regionales, parten de los gamonales y/o líderes políticos que afiliaban una vereda o pueblo a los propósitos de uno de los partidos tradicionales por medio de la coerción.

Estas filiaciones respondieron, generalmente a los intereses políticos del terrateniente y la clase más favorecida del pueblo. El partido conservador promovía, desde el movimiento político de Rafael Núñez conocido como la regeneración, las ideas de paz y fe en un progreso material que estuviera unido al desarrollo moral de los pueblos. La iglesia era la institución base de los gobiernos y políticas conservadoras, puesto que de su mano se iba a

lograr acceder a este tan anhelado crecimiento moral. Por su parte, el partido liberal albergaba diferentes corrientes políticas que apelaban a los intereses de varios grupos sociales que buscaban un cambio en la vida política. Los liberales se aprovecharon del descontento generalizado para poner de su lado a quienes se oponían a los estamentos conservadores. Con el apoyo inicial de todos estos sectores sociales subió al poder en 1930 Enrique Olaya Herrera, candidato liberal, y se dio inicio a la llamada “República liberal”, que tendría como estandarte varias reformas y proyectos modernizadores. La gran diferencia con el conservadurismo yacía en que ahora los proyectos políticos estaban centrados en el apoyo de los sectores populares y no en la institución eclesiástica. Supuestamente, estos proyectos consideraron las demandas de quienes exigían un cambio político pero, como vimos con la reforma agraria, sus factores de modernización y reformas terminaron por generar más desigualdad y limitaban el desarrollo industrial a ciertas zonas del país; como dice uno de los campesinos de la vereda cercana a Íquira en la novela *Ellos estaban solos frente al monte*: “[...] hasta aquí no llegan los planes de la reforma agraria [...]” (Medina 91). Se dejó fuera de estos programas a varios departamentos como el Huila y sus espacios regionales, los cuales eran entendidos como zonas alejadas. Desde la oficialidad, estos proyectos decían contemplar las necesidades de todas las masas populares, puesto que las entendían como una cosa unívoca y maleable, dejando por fuera sus propios espacios, relaciones sociales, procesos históricos y agendas políticas.

### **La Alianza para el progreso y el afianzamiento de las nociones de desarrollo y progreso como pilares del proyecto frentenacionalista**

Después del triunfo de la revolución cubana el presidente John F. Kennedy replanteó su política exterior respecto a los países latinoamericanos. Propuso así la Alianza para el progreso, el 13 de marzo de 1961, con en la cual buscaba “fomentar la democracia” y ganar dominio sobre las repúblicas americanas. El proyecto apuntó a la eliminación de las supuestas condiciones de retraso que aquejaban al continente y que hacían de la revolución comunista una posibilidad inminente. Se pretendió asegurar las instituciones democráticas y demostrar que “[...] la libertad y el progreso marchan de la mano”<sup>13</sup>. El presidente

---

<sup>13</sup> “US \$20mil millones podrán afluir a Latinoamérica para el desarrollo”, publicado el 8 de agosto de 1961 en *El siglo*.

Kennedy presentó en su discurso el proyecto recurriendo a la imagen de una América unida que cumpliera el sueño de Simón Bolívar y se opusiera al mayor peligro que había enfrentado el hemisferio. América se debía unir entonces bajo el proyecto de libertad que había buscado el Libertador, el cual se hacía posible gracias a las políticas norteamericanas. En este sentido, el presidente Kennedy asumió las necesidades de Latinoamérica desde su punto de vista y para su propia conveniencia, siguiendo un mecanismo parecido al de las élites gobernantes de Colombia, las cuales asumieron de esta forma los espacios regionales y zonas rurales del país. Por otro lado, los mayores peligros que enfrentaba el continente eran justamente el de la tiranía y el despotismo que amenaza con llegar a los países del nuevo mundo que nacieron para la “libertad”. John F. Kennedy partía de la oposición entre las instituciones libres y democráticas de los EE.UU., contra la tiranía del comunismo que encarnaba la URSS o la República Popular China a la cabeza de Mao Zedong. Este discurso de la defensa de las instituciones democráticas se empalmó muy bien con el del presidente Lleras y la política frentenacionalista, que se ufanaba de defender los valores de la democracia.

El programa de la Alianza para el progreso generó en una primera instancia un ambiente esperanzador que encontró en la inversión económica una posibilidad de cambio social. Sin embargo, esta supuesta “[...] nueva ideología revolucionaria”<sup>14</sup> que surgió con la creación de esta alianza, no terminó por generar ningún cambio en las estructuras verticales, sino que siguió manteniendo la idea de progreso y de lucha por mantener el orden establecido. A pesar de sus limitaciones, este planteamiento de esperanza trascendió las instancias netamente gubernamentales gracias al gran cubrimiento de la prensa y al apoyo de los políticos locales a dicho proyecto. Esta influencia se resalta en las novelas, en donde hasta San Remigio llegaron los titulares de la prensa que afirmaban la consolidación de la Alianza para el progreso, que influenciaría varias de las nociones sobre las que construyeron sus proyectos don Andrés Cabrera o Leocadio García. Incluso en un espacio que se presenta tan alejado, aparecen estos “[...] periódicos que en el campo no tienen fecha, con esa modulación para ser escuchado: SE CONSOLIDA EL PRESTIGIO DE LA ALIANZA PARA EL PROGRESO. EL NUEVO MANDATARIO DEL NORTE TRAZA

---

<sup>14</sup> “Con el programa de la Alianza para el progreso se terminará la miseria en Latinoamérica”, publicado el 8 de agosto de 1961 en el diario *El espectador*.



PLANES INCALCULABLES PARA LOS PUEBLOS DE AMÉRICA LATINA [...]” (Tafur 49). Los diarios y la prensa llegan a destiempo y tienen como grandes titulares las noticias provenientes de la capital. Dichas noticias buscaban imponerse desde un marco de la oficialidad, el cual asumía que los planes de progreso se debían implantar sin ningún tipo de especificación en todas las zonas de las repúblicas americanas.

Así, según el presidente Kennedy, combatir el subdesarrollo era un deber internacional y únicamente por medio de esta lucha se podía llegar a un verdadero bienestar social. Los países latinoamericanos debían estar dispuestos a comprometer los “[...] recursos y energía[s] a la tarea del progreso social y el desarrollo económico”<sup>15</sup>, para evitar el “peligro” de que los pueblos desesperados encontraran en el comunismo vías de cambio social y mejoras en sus condiciones de vida. También debían comprometerse al fortalecimiento del sistema democrático, promover procesos de industrialización, construir vivienda, hacer campañas de salubridad y fomentar la empresa privada, entre otras cosas. Se pensaba entonces, en la supuesta autodeterminación social y económica de los países latinoamericanos; sin embargo, estos debían formular sus proyectos de acuerdo con los intereses estadounidenses. Debían además “[...] vencer las dificultades del subdesarrollo será el [necesario] afianzamiento de las instituciones que estructuran la vida republicana de los países latinoamericanos y que han sido concebidas para preservar el orden y asegurar el progreso”<sup>16</sup>. Este fortalecimiento institucional era el camino para asegurar el orden y el consecuente progreso que, supuestamente, este generaba. Con esta institucionalización e inversión económica, se buscó luchar “[...] a fondo contra el hambre y la miseria en el hemisferio [...] aumentar nivel de vida para convertirlos en un bastión contra el totalitarismo”<sup>17</sup>. Estos proyectos del gobierno norteamericano pretendieron instaurar estos puntos desde un punto de vista económico y técnico que dejaba, en teoría, a un lado las pugnas políticas. Con este argumento se pretendía neutralizar los proyectos de dominio político y económico que buscaba Estados Unidos en los países latinoamericanos. La lucha contra el totalitarismo y en pro del progreso capitalista se mostró como la obvia y justa realidad por la que se debía luchar.

---

<sup>15</sup> “Cambio económico y social en Latinoamérica propone Kennedy”, publicado el 15 de marzo de 1961 en *El siglo*.

<sup>16</sup> “La Alianza para el progreso”, publicado el 16 de marzo de 1961 en *El siglo*.

<sup>17</sup> “Comenzó en Punta del Este guerra contra la miseria”, publicado el 5 de agosto de 1961 en *El espectador*.

El principal punto del documento que se discutió en Uruguay en agosto de 1961, era la búsqueda del desarrollo económico y el progreso social de las repúblicas americanas. De este se derivaron los demás puntos, que incluían: el aumento de la producción agrícola, mejoras en las condiciones de vida rurales, aumento de la cobertura educativa, agua potable, instalaciones de salud pública en las comunidades rurales y urbanas, construcción de viviendas dignas de bajo costo, utilización de los recursos propios y garantizar la distribución de los beneficios del desarrollo económico. En este sentido, la ayuda económica de Estados Unidos le dio a muchos de los gobiernos americanos un impulso para promover supuestos programas de progreso. Por su parte, la intervención extranjera y el dinero que invirtió el gobierno de Kennedy aseguraron su poderío sobre los programas políticos de cada uno de los países latinoamericanos. Desde los planteamientos de la Alianza, se descartó totalmente la idea de cambio y mejoras sociales que pudieran provenir desde un sistema político distinto y se mostró su estructura económica como la única que podía posibilitar mejores condiciones de vida y progreso social. El único país que se opuso tajantemente desde un principio a este proyecto fue, lógicamente, la República de Cuba, la cual tuvo como representante en la cumbre en Uruguay a Ernesto el “Che” Guevara, quien durante todos los días de la reunión fue la fuerte voz opositora. Para Fidel Castro, la Alianza para el progreso fue un programa de explotación que buscó comprar la conciencia de América Latina. Cuba se convirtió en el único país que se abstuvo de firmar el documento y el pacto en Punta del Este, mientras el representante de Estados Unidos se lamentó por la falta de libertad de los cubanos que estaban bajo el mando del totalitarismo comunista.

Apenas se firmaron todos estos acuerdos, surgió una gran esperanza por el cambio de las condiciones de vida de varios sectores de los países latinoamericanos. Ante las otras opciones de organización política que también habían generado grandes expectativas ante un posible cambio social, surge la Alianza para el progreso. Con la alta suma de dinero que invertiría Estados Unidos para los proyectos de cada país se buscó conseguir un desarrollo material que fuese evidente ante los ojos de quienes encontraban en el comunismo un sistema político posible. En el caso colombiano, terminó por establecerse una férrea lucha contra cualquier grupo que promoviera una organización política alternativa que discordara con las instituciones republicanas y la concordia nacional. Organizaciones campesinas que

tenían en sí mismas diversos intereses, que no necesariamente respondieron a los ideales comunistas, fueron atacadas y perseguidas, catalogando estos ataques como triunfos de las instituciones democráticas o pasos para lograr este progreso y bienestar nacional. Así, la Alianza para el progreso terminó por sustentar y soportar el sistema político del Frente Nacional, sus políticas de exclusión y su estructura vertical.

### **El Frente Nacional y la consolidación de una representación política hegemónica**

Los enfrentamientos partidistas y la tajante división entre ambos se rebatió con el establecimiento del Frente Nacional, en el cual las élites de dichos partidos debían compartir “[...] las responsabilidades del gobierno en dos ramas del poder: el ejecutivo y el legislativo. La rama judicial se intenta separar completamente de las dos anteriores en busca de una absoluta independencia de la justicia”<sup>18</sup>. El propósito de este acuerdo fue el de aplacar las diferentes violencias que, supuestamente, surgieron gracias a la tajante oposición partidista. Al centrar en este enfrentamiento la única causa de los conflictos, se escondieron las razones y agendas de las diferentes luchas sociales que se entrecruzaron y superpusieron en estas diversas situaciones de violencia. Mi interés en esta sección es el de rastrear las *huellas* de los discursos y conceptos que sustentaron el establecimiento del Frente Nacional, sus estructuras y acciones políticas sobre los diferentes grupos sociales. Se instauraron prototipos, creencias y valores desde el discurso oficial que mantuvieron las bases de esta estructura política. Estos no solo establecieron una forma de organización política, sino ciertos valores y deberes que quienes se consideraran ciudadanos colombianos debían seguir. Esta imposición de los principios frentenacionalistas se rebaten desde la narración de las novelas las cuales, a pesar de no tener una delimitación de tiempo explícita, tienen indicios que hacen referencia al período del Frente Nacional. Los textos abren la posibilidad de pensar en situaciones que rebaten los valores de la paz y la concordia nacional, ya que resaltan diversos conflictos sociales que eran ignorados y/o descalificados por el gobierno frentenacionalista. Me aventuro a afirmar que los hechos

---

<sup>18</sup> En el artículo “Gabinete: primer gran problema político del presidente Lleras”, publicado el 6 de agosto de 1958 en *El espectador*.

narrados en las novelas suceden durante este período de alternación política y que son además una voz de oposición a los principios e imaginarios que se crearon e impusieron para sustentar la existencia del Frente Nacional.

Utilizo acá la noción de *huella* acuñada por Paul Ricoeur en el tercer volumen de su trabajo *Tiempo y narración* (1985). Las *huellas* son, según este filósofo francés, todo lo que permanece de un pasado en el presente desde donde intentamos otorgarle sentido. Estos indicios no tienen un significado dado, sino que se les otorga por medio de una indagación e interpretación que permita significar y organizar las huellas. Este planteamiento está muy relacionado con el de la práctica escrita de la historia que propone Michel de Certeau que expuse un poco más atrás. Desde estos principios, la historia deja de ser la verdad objetiva e irrefutable que se expresa transparentemente en su lenguaje. En la práctica de la escritura es donde se le otorga un sentido a ese pasado que de no ser interpretado permanecería tan sólo como vestigios. En este trabajo he intentado seguir las *huellas* que he encontrado en la prensa escrita y en las tres novelas que conforman el corpus de este trabajo.

El Frente Nacional se estableció a partir del acuerdo entre los dirigentes del partido Liberal y el Conservador, los cuales partieron de la situación de inestabilidad social debido a los procesos de violencia y represión dictatorial que se vivieron en diferentes zonas rurales y urbanas del país. Días antes de la posesión presidencial de Alberto Lleras Camargo, candidato del partido liberal y primer presidente electo del Frente Nacional, en un artículo del periódico *El siglo* se define este proyecto político como “[...] una praxis del entendimiento de los partidos destinada a obtener la convivencia pacífica de todos los colombianos. Se distingue de cualquier otra modalidad política o regla política por ser, precisamente, un continuo ejercicio del mutuo respeto, una persistente labor de acuerdo y convergencia”<sup>19</sup>. Decidí resaltar los conceptos y expresiones que considero más importantes en la construcción de estos discursos sobre los cuales se erigió el Frente Nacional y, como veremos a lo largo del trabajo, la mayoría de estos aparecen en repetidas ocasiones, reafirmando las posiciones de esta coalición política. En esta primera definición, encontramos el aparente principal propósito de este sistema: conseguir una convivencia pacífica que partiera de la convergencia de todos los ciudadanos. No les cabía duda de que

---

<sup>19</sup> Artículo titulado: “El necesario entendimiento”, publicado el 4 de agosto de 1958 en el periódico *El siglo*.

la cooperación de los partidos era la que iba a lograr este “[...] bienestar de la nación”<sup>20</sup>, y una paz suprema la cual, como dice en el mismo artículo, “[...] exige fervor, sacrificio y cultivo permanente, para que a la postre logre cambiar la mentalidad agreste de nuestros odios y de nuestros prejuicios”. La única salvación de Colombia parecía estar encauzada dentro de esta política que actuó como una especie de medicamento que erradicaría directamente la enfermedad de “la violencia”, y así lograría un bienestar nacional. En este sentido, los sucesos de violencia se entendieron como un objeto único y visible, el cual debía ser erradicado y atacado desde un solo frente sin advertir las causas que provinieron de variadas condiciones sociales y las consecuencias que tuvieron sobre los mismos.

Siguiendo estos planteamientos, el Frente Nacional concertó un mecanismo político que implicó una mayor cohesión de las clases dominantes, las cuales consiguieron una mayor capacidad de represión ante las demandas y organizaciones de las luchas populares. Para mantenerlas al margen, se crearon diferentes instituciones y procesos burocráticos, como las Juntas de Acción Comunal, que buscaban neutralizar el descontento social cumpliendo parcial y mediatizadamente estas demandas, sin siquiera contemplar un verdadero cambio estructural. También se creó esta idea de la unidad nacional en un sentido de filiación política, que terminó por neutralizar las luchas de clases o cualquier búsqueda de reivindicación social que pusiera en jaque esta aparente armonía y entendimiento. Además, intentaron convencer a las masas populares, con la idea de cambio y progreso que traería este novedoso sistema político. Los funcionarios y representantes del gobierno en los espacios regionales fueron transmisores de estas ideas de los nuevos y mejores tiempos. El alcalde de San Remigio en *Tres puntos en la tierra*, por ejemplo, esparce la concepción de que

Los tiempos han cambiado [...] en el país reina ahora la armonía y la comprensión [...] es el divino precepto: amaos los unos a los otros. Lo que ahora vamos a presenciar es una muestra de lo que se cumplirá. El pueblo sin distinguos reuniéndose para nombrar a sus propios dignatarios, a las personas que según su entender le conviene para que lo represente. Lo de los partidos políticos es ahora mero convencionalismo [...] mientras hablaba, pensaba que esto era para repetirlo

---

<sup>20</sup> Citado del mismo artículo.

cuantas veces fuese necesario en voz alta. La otra, la que dejaba escondida, le decía otra cosa: con los partidos muertos se mueren los propósitos (Tafur 7-8).

En el llamado del alcalde a la concordia nacional se contemplan las necesidades de representación de todos los que quieran elegir democráticamente, ya no se responde a un partido, sino que se busca establecer la idea de la elección libre de cualquier candidato. Sin embargo, nos damos cuenta rápidamente que el alcalde busca esparcir este discurso por conveniencia política y no porque esté de acuerdo con estos planteamientos; él mismo sigue creyendo en la división entre los partidos y en que el liberalismo o el conservadurismo son los únicos capaces de encarnar algún proyecto político.

Las clases dirigentes estaban aparentemente a favor de la concordia nacional o del partidismo, pero si en algo concordaban era en que las posibilidades para gobernar políticamente se limitaban a estos dos partidos tradicionales. Este régimen político se validó por medio de una serie de oposiciones que plantearon diversos tipos de exclusión: la paz contra los conflictos y cualquier posibilidad de hacer memoria de ellos, o el orden público contra cualquier amenaza a esta inestable idea de cohesión social. Los acuerdos y políticas del Frente Nacional no estuvieron fundamentados sobre una ideología fuerte que generara una coherencia entre sus programas. Este sistema se construyó sobre los intereses de ciertas clases sociales, los cuales se impusieron como si fueran las necesidades universales de todos los habitantes del territorio nacional. Lo que terminó por evidenciar el Frente Nacional fue su propia incapacidad de integración estable de las clases populares al régimen político. Esta falta de consistencia de sus políticas y la inconstante integración social terminó por desestabilizar el sistema, ya que muchos de los sujetos no se sentían representados o identificados con las formas de dicha administración. El senador Leocadio García, en la novela *Tres puntos en la tierra*, es consciente de esta limitada representación política que hace que la gente pierda la fe en todo:

[...] no se da cuenta que ya no quieren ni votar? Y eso tiene una explicación: se habla mucho de revolución social. Y lo grave de eso no es que hablen; lo grave del asunto es que en donde nosotros nos descuidemos vienen los otros y ¡zuás! No la hacen, antes que hagamos nosotros la nuestra (Tafur 118).

Así, a medida que avanzaba el tiempo y los proyectos frentenacionalistas, las votaciones disminuían en medio de una especie de apatía política generalizada.

La idea de concordia y paz nacional se promovió, en gran parte, porque el Frente Nacional se atribuyó el haber logrado el fin de la dictadura y la vuelta a la democracia y sus instituciones. Además, algunos de sus artífices, como Alberto Lleras o Laureano Gómez, mostraban esta nueva organización política como la solución a los bárbaros años de violencia y dictadura que habían precedido este nuevo gobierno. Las “legítimas” instituciones de la democracia son uno de los estandartes principales del funcionamiento del Frente Nacional. Lleras planteaba en un artículo de *El siglo*<sup>21</sup>, que el año de 1958, que apenas empezaba, tenía “[...] que ser aquel en que las instituciones republicanas tengan plena vigencia sobre el país pacificado en el cual la vida y los derechos de la persona humana sean respetados y defendidos no solo por la autoridad sino por la activa intervención de todos los colombianos”. En los planteamientos frentenacionalistas, las instituciones republicanas fueron las que aseguraron la vigencia de la paz que se asumió como un hecho solo por el acuerdo hecho entre las élites políticas. Esta visión partía de la idea de que las causas de los conflictos sociales del país provenían únicamente del desacuerdo entre estos dos partidos y el Frente Nacional se convirtió, entonces, en la forma más acertada para aplacarlo definitivamente. Según Alberto Lleras, esta propuesta de gobierno tenía como primer fin el derrocamiento de la dictadura pero estaba “[...] esencialmente destinado a crear formas de gobierno que aseguren la convivencia ordenada, regular y tranquila de los colombianos [...] la reforma determina un sistema de equilibrio político entre los dos partidos políticos existentes, con reparto equitativo de su responsabilidad para eliminar, cuando menos, esa causa de sus luchas”<sup>22</sup>. Desde las palabras de Lleras, vemos el tipo de convivencia que exigía la reforma frentenacionalista: ordenada, regular y tranquila, que mantuviera estables los presupuestos y poderes de la clase dirigente. La convivencia que buscaban, no era una que tuviera en cuenta las luchas sociales y sus causas políticas, era una regulada que mantuviera el orden establecido y su aparente tranquilidad.

---

<sup>21</sup> Artículo titulado “Santos y Lleras contra la violencia”, publicado el 2 de enero de 1958 en el diario *El siglo*.

<sup>22</sup> “Discurso de Alberto Lleras”, publicado el 13 de febrero de 1958 en el diario *El siglo*.

Esta idea de convivencia entre todos los colombianos no se reflejó únicamente en los discursos del primer candidato electo por el partido liberal. También lo encontramos en discursos y mensajes de conservadores, como el que envió un anónimo al periódico *El siglo*, apenas unos días antes de la posesión presidencial<sup>23</sup>. Este adepto del conservadurismo apoyaba el establecimiento del Frente Nacional y, por lo tanto, la posesión del presidente sin importar que este sea un candidato liberal y le exigía algunas cosas que conversan muy bien con lo que muestra Lleras en sus propios discursos. Por ejemplo, exige la restauración del “[...] concepto cristiano y el sentido ético de la existencia, que huyeron del corazón y la mente de los colombianos en estos años de vesania colectiva [...] yo me limito a pedirle que restablezca en mi patria la tranquilidad dentro del orden, el prestigio de la autoridad, el imperio de la justicia [...]”. El periodo presidencial que estaba a punto de comenzar con la administración frentenacionalista, se perfilaba como un proyecto restaurador que le devolvería a Colombia un sentido de existencia que se había perdido durante los años de conflictos, presentados como una especie de época de locura y delirio colectivo sin causas aparentes. Como veíamos en el discurso de Lleras, también se buscaba una tranquilidad dentro de las instituciones y autoridad que no pusiera en peligro el orden establecido, como lo reconocía Lleras en su discurso de posesión presidencial<sup>24</sup>, “[...] la victoria de unos principios, de unas instituciones, de un criterio de equidad y de colaboración en las relaciones de los colombianos”.

Esta lucha por el mantenimiento del orden se veía como un deber patriótico que todos los que se consideraran miembros de la nación colombiana debían defender. Para lograr un total éxito en la conservación de dicho orden, era necesario el fin de los sucesos de violencia y los partidos encontraron en esto su principal propósito. Así lo vemos en una columna publicada también en *El siglo*<sup>25</sup>, en la cual se resalta la “[...] exterminación de la violencia [...]”, hacia la cual “[...] van los partidos. Ninguno de sus adeptos, en cualquier posición que se halle, puede dejar de restar esta contribución patriótica”. Esta supuesta violencia es entendida, una vez más, como un objeto único que debe ser exterminado y es el

<sup>23</sup> “Mensaje de un conservador a Alberto Lleras Camargo”, publicado el 4 de agosto de 1958 en el diario *El siglo*.

<sup>24</sup> “Vamos a trabajar y no a ganar batallas numéricas del partido”, publicado el 8 de agosto de 1958 en el diario *El siglo*.

<sup>25</sup> “La lucha contra la violencia”, publicado el 14 de febrero de 1958 en el diario *El siglo*.



deber de todos los que se entienden como colombianos apoyar, justificar y ayudar en este proceso de erradicación de la violencia.

El impulso y la insistencia sobre este proceso, yacen en que la paz era el principal argumento sobre el que se sustentó la estructura frentenacionalista. La presencia de organizaciones guerrilleras o de bandas de cualquier orientación y filiación política representaron el primer y gran obstáculo a esta administración. Laureano Gómez, líder del partido conservador y fundador del periódico *El siglo*, en una entrevista que le concedió a este mismo diario, el 4 de febrero de 1958, también aceptó y resaltó la importancia del cumplimiento de todos los puntos del Frente Nacional y la efectividad de sus instituciones para asegurar la tranquilidad del país. Estas eran, según Lleras en otro apartado de su discurso de posesión<sup>26</sup>, la “[...]expresión del auténtico sentimiento popular”; de la mano de estas se dio el comienzo de una “[...] vida basada en el mutuo respeto y en la ayuda recíproca. Que Dios, que todo lo puede y a cuya bondad debemos este resurgimiento, guíe nuestros pasos [...]”<sup>27</sup>. Según el presidente electo, las instituciones y vías de representación política tenían en sí mismas el auténtico sentimiento popular y por medio de estas se podía llegar al resurgimiento de la nación, la cual por medio de esta pacto político erradicó todos sus conflictos y luchas, las cuales asume como anti-sociales, en vez de asumirlas como sociales y políticas. Como veremos en los capítulos siguientes, la instauración del Frente Nacional y sus proyectos no aseguró en lo más mínimo el fin de los conflictos sociales anteriores; por el contrario, instauró nuevos procesos de violencia y otros tipos de luchas políticas que no necesariamente se expresaron por vías armadas.

A medida que avanzó el período presidencial de Lleras, la concordia nacional no fue un hecho en todas las partes del país. Probablemente se habló más de esto en las grandes ciudades, mientras que en las zonas rurales siguieron existiendo procesos de violencia que no se limitaron, como lo hizo ver el Estado, a la presencia de bandas u organizaciones guerrilleras; también estuvieron presentes las instituciones gubernamentales y el Estado mismo como actores de estos conflictos sociales, injusticias, muertes y desapariciones, entre otras cosas. En vez de pensar en las causas y procesos de dichas luchas, se

---

<sup>26</sup> “La política del hombre” (Discurso de posesión de Alberto Lleras), publicado el 7 de agosto de 1958 en el diario *El siglo*.

<sup>27</sup> Del mismo artículo citado anteriormente.

comenzaron a promover desde los valores estatistas acusaciones y persecuciones de los ideales comunistas que fueron calificados como “[...] la razón de nuestros males [...]”, artífices de una “[...] violencia importada artificial y dirigida”<sup>28</sup>. En *El siglo* se publicó un comunicado en 1961<sup>29</sup>, año de consolidación de la Alianza para el progreso, en el que diferentes gremios de trabajadores se oponen a las supuestas amenazas de un golpe comunista al gobierno. En este,

[...] los hombres de trabajo y empresa que se esfuerzan laborando honradamente como obreros, como agricultores, como oficinistas, como profesionales, como empresarios por el progreso y bienestar nacionales, no se sienten tranquilos [...] porque hasta ahora apenas se están viendo los primeros tanteos de quienes tienen planeados golpes mayores, desastres peores, ataques más a fondo contra la estabilidad de nuestras instituciones y contra el sosiego de todos los colombianos.

Al plantear el apoyo de los sectores trabajadores a la estabilidad de las instituciones, el progreso y el bienestar de la nación, se sustrae en gran parte el sentido de los ideales comunistas. Si todos los sectores están del lado del gobierno y sus formas, entonces muchas de las reivindicaciones sobre las que se fundamentaba el comunismo quedan un poco a la deriva. El estatismo planteó desde este punto una unidad nacional que, como vimos antes, no contempló las clases sociales, las demandas y el descontento de varios sectores, los oficios. No esbozó la existencia de sujetos que pudieran ser activamente políticos, sino de miembros de una nación que tenían como deber moral la obligación de luchar contra todo lo que desestabilizara los principios y la tranquilidad de las instituciones.

Con el fin del mandato de Alberto Lleras en 1962, vino la posesión de Guillermo León Valencia, candidato conservador que asumió la presidencia tal como había sido acordado. Los problemas que se había propuesto solucionar el Frente Nacional no se acabaron realmente durante la presidencia de Lleras. Sin embargo, los discursos se siguieron sosteniendo sobre casi los mismos principios. León Valencia buscó también

---

<sup>28</sup> De una columna titulada “Violencia y comunismo”, publicada el 13 de marzo de 1961 en el diario *El siglo*.

<sup>29</sup> El título del artículo en el cual se incluye el comunicado es “Amenazas cumplidas”, en la edición del 2 de marzo de 1961 en *El siglo*.

[...] luchar sin vacilación para defender las instituciones y asegurar el beneficio de la tranquilidad pública: porque ningún beneficio mayor para un país que la paz. Ella es condición previa indispensable a la seguridad, al bienestar y al progreso. Hoy más que nunca se hace indispensable restablecer la paz en todos los rincones de Colombia para poder desarrollar debidamente nuestras inmensas posibilidades y disfrutar de las ventajas que nos ofrece la trascendental Alianza para el progreso, ofrecida a Latinoamérica, en hora oportunísima, por el insigne presidente Kennedy<sup>30</sup>.

Los conflictos se muestran como un obstáculo ante las posibilidades de progreso que tenía la nación colombiana, los cuales debían ser extirpados para acceder a los verdaderos beneficios que brinda el apoyo de Estados Unidos para llegar al desarrollo y progreso económico que pretendía el gobierno de Kennedy. Por otro lado, el presidente propuso aumentar el número de ministerios y la presencia de más instituciones en las zonas rurales; sin embargo, estas presentaban una represión política y ningún proyecto de cambio en las condiciones de vida o algún interés por las necesidades propias. Por el contrario, buscaba continuar “[...] comprometido con el honor de los partidos históricos”<sup>31</sup>, y no con otros medios de participación o integración ciudadana.

Luego de las frustraciones que dejó el primer período presidencial del Frente Nacional, vemos cómo se siguieron sosteniendo los mismos principios e ideales que dieron paso a la creación e institución del mismo. Se siguió insistiendo en las ideas de concordia nacional, bienestar, la vigencia de las instituciones y el progreso. Este último concepto cobró más importancia luego de la institucionalización de la Alianza para el progreso en 1961, puesto que fue sobre esta idea que se fundamentaron las políticas internacionales y la relación con el gobierno estadounidense que planteó León Valencia. Estas ubicaron a Colombia dentro “[...] de la organización hemisférica y del lado del mundo libre [...] por lealtad y devoción a los principios de la civilización cristiana y por irrevocable voluntad de luchar siempre en defensa del derecho, del orden, de la justicia y de la libertad”<sup>32</sup>. Con la influencia del

---

<sup>30</sup> “Más ministerios serán creados” (Discurso presidencial de Guillermo León Valencia), publicado el 8 de agosto de 1962 en el diario *El siglo*.

<sup>31</sup> Citado del artículo anterior.

<sup>32</sup> Sigo citando el mismo artículo.

programa que planteó el gobierno de Kennedy para mantener alejadas las influencias comunistas de los países latinoamericanos, el cual abordaré con más detalle en el siguiente apartado, se reforzó la idea de que el progreso económico y el sistema capitalista eran el modelo que debían seguir las repúblicas americanas. Además de esto, se plantearon las instituciones republicanas como las portadoras de los mejores valores de la nación y como las únicas que ofrecían posibilidades de convivencia pacífica. Además de la fuerte presencia del gobierno estadounidense y sus políticas, el mandato de León Valencia se caracterizó por su política de defensa nacional, la cual encontró en los ejércitos “[...] la carta fundamental [...] para la salvaguardia de la defensa de las instituciones, son una fuerza constructiva sobre la que descansa la solidez misma de las instituciones y el prestigio de la nación”<sup>33</sup>. La pacificación del país se debía generar por medio de la fuerza y el respaldo al Estado y su institucionalidad recaía sobre algún aparato de coacción que pudiera imponer una represión armada. Así, bajo esta premisa se desarrolló la operación Marquetalia y los ataques a las organizaciones armadas campesinas que fueron catalogadas bajo la etiqueta de “repúblicas independientes”.

---

<sup>33</sup> “En el ejército descansa la solidez de las instituciones”, publicado el 4 de agosto de 1962 en *El siglo*

## **II. El desplazamiento del concepto de “La Violencia” y las visiones contextualizadas de los procesos de violencia en Colombia**

Como vimos en el capítulo anterior, las instituciones estatales y oficiales se impusieron coercitivamente en los espacios regionales anulando varias posibilidades de concertación social. Esta violenta implantación fue una de las causas del surgimiento de procesos de violencia en varias zonas rurales del país. Dichos procesos contribuyeron a la división entre el centro y los espacios regionales, puesto que estos últimos se comenzaron a ver como lugares aún más alejados en donde sucedían actos de violencia juzgados como bárbaros y salvajes desde la centralidad. En este segundo capítulo me centraré entonces en las formas en las que se han interpretado tradicionalmente estos procesos de violencia desde el centro y la oficialidad. Estas maneras de entender “La Violencia” en Colombia son rebatidas en gran medida en las tres novelas, que narran procesos de violencia específicos rebatiendo la visión homogeneizada que tenían varios sectores de la sociedad colombiana y de la centralidad. Dentro de estas perspectivas que nos brindan las novelas también encontramos otras visiones sobre las organizaciones paraestatales, las cuales se encontraban en el centro del conflicto. Bajo presupuestos similares a los de la visión homogeneizadora de “La Violencia” en Colombia, estas organizaciones fueron descalificadas desde la centralidad como bárbaros y salvajes enemigos del orden. En la última parte de este capítulo me centraré en las visiones sobre dichas organizaciones que encontramos en la prensa escrita y en las novelas, que muchas veces se oponen a los planteamientos de la centralidad que encontramos en los artículos de los diarios bogotanos.

### ***¿“La Violencia” en Colombia?***

Dentro de la historiografía colombiana “La Violencia”, como un nombre propio, se refiere a un momento histórico en donde confluyeron diversas circunstancias sociales, políticas, culturales y administrativas, entre otras, que llevaron a situaciones de violencia en muchas partes del territorio nacional. Se apela, usualmente, a procesos históricos que sucedieron en las zonas rurales del país en donde, según la oficialidad, se enfrentaban los intereses de los partidos políticos tradicionales. Desde la construcción histórica que promovía el Frente

Nacional, “La Violencia” resumía el exagerado enfrentamiento entre los partidos tradicionales; según el presidente<sup>34</sup> Alberto Lleras, esta oposición

[...] debía ser controversia política civilizada”, y se había convertido en mero salvajismo. La oposición política debía limitarse a los estrados gubernamentales y sus instituciones, tal como lo proponía el acuerdo bipartidista para evitar esta sangrienta lucha que había pasado por alto hasta “[...] las elementales nociones de respeto a los derechos humanos<sup>35</sup>.

Al restringir la lucha política al enfrentamiento bipartidista, la solución fue mantenerse bajo los principios de las instituciones, la oposición “civilizada” de los dos partidos. Sin embargo, la lucha respondió a diversos factores y coyunturas sociales que no se limitaron a la imposición y enfrentamiento de los valores partidistas. Confluyeron en esta época conflictos de diferentes temporalidades y espacios en donde se opusieron diversos sectores de la sociedad y el amplio espectro de sus demandas e intereses. Teniendo en cuenta la complejidad del conflicto, el término “La Violencia” terminó por unificar bajo un solo nombre diversos procesos históricos que fueron despojados de sus concepciones políticas particulares y nublando sus posibles causas, situándolos como injustificados, salvajes y brutales, reforzando así el discurso central y oficial.

Los primeros en analizar e interpretar estos diversos sucesos fueron Orlando Fals Borda, decano de la recién fundada facultad de sociología de la Universidad Nacional, Germán Guzmán, párroco del municipio del Líbano en Tolima, y Eduardo Umaña Luna, también fundador y profesor de dicha facultad de sociología, en su libro titulado *La Violencia en Colombia: estudio de un proceso social*, publicado por primera vez en 1962. En este se dio una primera periodización que ha sido tomada en cuenta por varios de los estudios y aproximaciones posteriores a esta llamada época de “La Violencia”. Se plantearon perspectivas que hicieron visibles acontecimientos que, para muchos sectores de la sociedad, en especial los urbanos, fueron ilusorios. Su publicación causó un gran impacto y “La Violencia” se convirtió en uno de los principales temas de la opinión pública, la cual terminó por asimilar este término como una especie de aura que cubría al país definiendo

<sup>34</sup> Del discurso del presidente Lleras, publicado en *El siglo* el 7 de agosto de 1958 con el título “La política y el hombre”.

<sup>35</sup> Citado del mismo discurso.

una identidad de la cual era imposible escapar. Esta concepción de Colombia como un país esencialmente violento sigue imperando sobre el sentido común de muchas personas dentro y fuera del territorio nacional. Dicha percepción hace de los diferentes procesos de violencia una serie de fenómenos sin ninguna forma, naturalizando sus causas y consecuencias sociales y políticas y opacando su comprensión. Además, no se hace ninguna distinción entre los diferentes espacios y territorios, pasando por alto los conflictos y especificidades que suceden en los espacios regionales.

Uno de los logros más importantes, si no el mayor, del libro *La Violencia en Colombia*, fue el de situar al Estado y a las élites dirigentes como actores de estos conflictos. En primera instancia, estos buscaron acallar algunas situaciones de violencia o culpar al partido al cual se oponían del estado conflictivo de la nación. Sin embargo, tanto este libro como estudios posteriores<sup>36</sup>, presentan al Estado como actor dentro de estas realidades de violencia. El gobierno no generó espacios de negociación entre los múltiples intereses por el dominio social y político y surgieron complejos y heterogéneos conflictos dentro de los cuales el Estado asumió también un rol de actor violento. La administración centralista entró en esta disputa y buscó imponer sus intereses por medio de la coacción y la exclusión, que además resultaron ineficaces ante las demandas sociales que generaron el conflicto.

Esta noción de “La Violencia” como un espíritu expandido por todo el territorio nacional fue recurrente en quienes no se consideraron actores de alguno de los conflictos. Estas disputas se desarrollaron de formas particulares en los espacios regionales y generaron distintas ideas que respondieron a las experiencias y discursos que circulaban alrededor de la generalizada violencia. Nos encontramos en la novela *Ellos estaban solos frente al monte* con los habitantes de la vereda perteneciente al municipio de Íquira, quienes se han asentado en la montaña lejos de las circunstancias de violencia que aquejaban a otras zonas del país. “La Violencia” aparecía como una patología que “[...] se extendió como un cáncer

---

<sup>36</sup> Esta época de violencia en Colombia ha sido estudiada por varias disciplinas y autores, sin contar el amplio corpus literario que tiene como tema principal los procesos de violencia que sucedieron en este período, y merece una investigación más amplia y detallada. Por mi parte, he comenzado la larga lista de lecturas por: *La violencia en Colombia* de Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos; *Violencia y literatura en Colombia* editado por Jonathan Titler; *Once ensayos sobre la violencia* editado por Martha Cárdenas; *La violencia y sus huellas una mirada desde la narrativa colombiana* de María Helena Rueda; *Siete estudios sobre la novela de violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva* de Óscar Osorio; *La restauración conservadora 1946-1957* editado por Rubén Sierra Mejía.

por el cuerpo de la patria. Los designios de los violentos fueron siempre oscuros, confusos, pero el éxito de sus atropellos fue inmenso por eso infinitos el dolor, la vergüenza, la miseria, la infamia” (Medina 60). Al encontrarse fuera de los sucesos de violencia, la visión de los pobladores coincide con esta primera idea de la violencia confusa y generalizada. Las familias campesinas comienzan a tomar consciencia en la medida en que se ven inmersos en dichos procesos. Surgen nuevas perspectivas que permiten pensar en los cambios que genera el conflicto armado en las dinámicas sociales de una comunidad y sus experiencias vitales.

Además de la subordinación y el alejamiento de las zonas rurales y regionales que promovía la estructura centralista, la idea de “La Violencia” como un fenómeno que se había expandido por los campos de Colombia, contribuyó a una exclusión mayor de estos espacios. Casi todos los pueblos y veredas se convirtieron, en el sentido común, en sitios peligrosos y violentos a los cuales no convenía ir. Para muchas personas que se habían movido de sus lugares de origen, resultaba extraño pensar que estos habían dejado de ser la comarca apacible en donde habían nacido, para convertirse en zonas conflictivas. Quienes se encontraban apartados de estos conflictos asumieron estos procesos de violencia como situaciones lejanas que afectaban siempre a otros y que sucedían en periféricas zonas regionales. Este es el caso de Roberto Montealegre, un personaje de Pérez Medina, quien había salido de su pueblo buscando acumular una pequeña fortuna. Al momento de regresar, Montealegre espera encontrarse con “[...] el mismo samán que dejé ahí, [...] los mismos compadres de antaño, [...] como en mis mocedades” (Medina 90). Este negociante esperaba encontrar el pueblo tranquilo en donde había crecido, pero se verá inmerso en los sucesos de violencia que había asumido como rumores lejanos.

Los textos historiográficos, literarios y periodísticos coinciden en afirmar la existencia de las situaciones de violencia en los espacios regionales del país. Esta realidad estaba lejos de ser un espíritu expandido indistintamente por todo el territorio nacional como consecuencia del enfrentamiento entre liberales y conservadores. Así, se vuelve ambiguo hablar de “La Violencia” como una anomalía que llegó para terminar con la vida idílica de los pueblos y veredas de la región. Resulta pertinente reevaluar la idea de esa “Violencia” única, para pensar en procesos de violencia inmersos en las condiciones históricas, políticas, sociales y



geográficas de territorios particulares. Estos responden a dinámicas, luchas sociales, demandas y agendas políticas diversas que no se limitaron a la pugna por el poder político de los partidos tradicionales. Los pobladores de la región, el Estado, las organizaciones guerrilleras e insurgentes, la iglesia, el ejército, entre otros, no fueron únicamente víctimas u observadores de esta supuesta patología, sino que también fueron actores dentro del complejo conflicto armado. En este sentido, todos afectaron y se vieron afectados por estos procesos de violencia que terminaron por mediar las condiciones de vida y dinámicas sociales dentro de los espacios regionales y entre estos mismos a lo largo del territorio nacional.

### ***Hacia una visión contextualizada de los procesos de violencia***

Partiré, entonces, de la idea de diferentes procesos de violencia que, si bien tienen similitudes entre sí, estuvieron inmersos en contextos y circunstancias sociales específicas que merecen ser tenidas en cuenta. Estos no fueron producto de un espíritu de violencia o de una característica ontológica de la sociedad colombiana que simplemente “es” violenta. Como ya hemos visto, los conflictos en las diferentes zonas del país tuvieron diferentes causas y consecuencias que afectaron el tejido social. En muchos espacios rurales este conflicto generó cambios en la organización de los campesinos, tal como lo muestra Camilo Torres en su ensayo “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas” (1963). La acción armada de varios grupos campesinos se presentó como un factor de cambio importante que implicó otras formas de organización social. Por ejemplo, la comunicación entre diferentes espacios regionales cambió gracias a las migraciones, la movilización de los grupos armados y las relaciones que estos establecieron con las comunidades afincadas en las zonas rurales. Surgieron también nuevas relaciones de solidaridad que se construyeron de acuerdo con las necesidades y roles dentro de este ordenamiento y no solo según sus actividades laborales en el campo. Al generar cambios en la estructura social, se abrieron nuevos canales de ascenso como consecuencia de los actos violentos. La clase rural encontró en estos sucesos de violencia un medio de ascensión social.

Por un lado, estos procesos abrieron canales de movilidad social en diferentes frentes y, por otra parte, cambiaron las relaciones entre los habitantes, su espacio regional y sus propias

dinámicas. Los habitantes de la vereda de Íquira, que ya vimos en la novela *Ellos estaban solos frente al monte*, coinciden con esa visión de “La Violencia” que presenté unas páginas atrás. Vemos cómo estos actos comienzan a mediar sus relaciones con el espacio y entre ellos mismos, generando nuevos vínculos sociales. En una primera instancia vemos cómo varios de ellos lamentan esta situación, entendiéndola como un fenómeno homogéneo: “¡Qué vaina esta don Aycardo, que no podamos vivir en paz!” (Medina 80). También se sienten tan alejados de una centralidad, que se contemplan sus condiciones, pero no tienen en cuenta los procesos de violencia:

El miserable campesino de la vertiente andina, pegado a su tierra erosionada con la misma tenacidad del helecho, solo frente al monte, sin caminos ni escuelas, sin asistencia médica... bueno –argumenta uno de ellos–, hasta aquí no llegan los planes de la reforma agraria, es cierto, pero tampoco llega la violencia (Medina 91).

Sabemos que los habitantes de esta vereda no se encuentran en las mejores condiciones económicas, pero se han establecido de acuerdo con sus necesidades y relaciones sociales. Las causas de la violencia se ven separadas de las condiciones sociales y funcionan siempre externamente a sus propios enlaces sociales. Las señales que encuentran los habitantes de esta vereda sobre la posibilidad de un acto violento sobre ellos, responde a la presencia de “[...] dos hombres, montaña adentro también. Debían ser extraños a la región porque su indumentaria no era la usual entre los campesinos de aquí, y luego porque algo había en su andar despacio, en su modo de mirar aquí y allá y observarlo todo con cuidado” (Medina 94). La novela no presenta a estos campesinos como actores directos dentro de esta violencia, sino más bien los expone como los artífices de un establecimiento campesino alejado de muchas condiciones políticas, sociales y económicas que sí encontramos en otros espacios regionales.

Puede que esta idea de lejanía contribuya a la separación y disgregación de los espacios regionales del territorio nacional; sin embargo, considero que también evidencia formas de funcionamiento de un tejido social que se muestra ajeno a los designios de una estructura centralista. No se trata precisamente de una oposición entre estas dos formas, pues no se enfrentan la una a la otra, sino de la existencia de zonas en donde esta institucionalidad y este orden de la estructura centralista no tienen lugar. En el caso de esta vereda, los

habitantes parecen exentos de las causas que generaron estos hechos de violencia, y parecieran ser víctimas del mismo. A lo largo del presente trabajo he reevaluado la idea de los campesinos como inocentes víctimas de los procesos de violencia en varias zonas rurales. En una primera lectura, podríamos pensar que los campesinos de la vereda son víctimas de crueles bandoleros que atacan una vereda pacífica. Sin embargo, no vemos una clara división entre víctimas y victimarios, sino que vemos cómo se afectan entre sí y cómo alteran el espacio mismo. Justo antes de que sucedan estos hechos de violencia, los habitantes de la vereda comienzan a intuir lo que puede pasar con base en señales que el mismo espacio geográfico les brinda, parece ser

[...] una cosa que está en el ambiente, en los árboles [...] llegando a La Petilia la trocha pasa por un robledal cerrado, unos árboles centenarios, de troncos majestuosos [...] pues pasó por allí el otro día mi cuñado Cornelio [...] y vino a decirme muy serio: ¿sabés? Me pareció que los árboles estaban tramando algo, cuando llegué se callaron; que los más jóvenes habían cambiado de puesto... tenés que subir conmigo y te muestro [...] (Medina 100-101).

Los campesinos, como vimos anteriormente, desde su asentamiento han establecido especiales relaciones con el espacio que habitan, el cual, como ellos mismos, cambia de acuerdo con cualquier suceso que establezca nuevos actores y acciones dentro del espacio regional. Podríamos pensar que con esta imagen se está refiriendo de nuevo un espíritu de la violencia; no obstante, creo que se están mostrando más las activas relaciones que se tejen con el lugar geográfico en la construcción de un espacio regional.

La novela *Ellos estaban solos frente al monte* nos brinda otra perspectiva sobre los procesos de violencia que sucedieron en varios espacios rurales del país. Al ser entendida como literatura, esta novela entabla relaciones con “lo real” diferentes a las que construye el discurso historiográfico. El carácter ficcional de estas novelas no las hace ajenas a los contextos sociales y las luchas por la representación. Tampoco se trata de textos que imitan la realidad, sino que construyen desde su artificio nuevas posibilidades. En este caso, las novelas buscan denunciar situaciones de violencia e insurgencia en el departamento del Huila que están siendo acalladas y/o excluidas desde un discurso oficial. Las narraciones que encontramos en estas se oponen a esta asimilación de la violencia e injusticia como

algo cotidiano, permitiendo nuevas valoraciones acerca de dichos hechos. En *Ellos estaban solos frente al monte* vemos cómo se reconstruye el ataque a los habitantes del pueblo desde la cotidianidad e intimidad de las familias, esto nos hace pensar en historias específicas que nos muestran procesos de violencia específicos que no se repiten indistintamente en todas las zonas rurales del país. Estas otras posibilidades que nos brinda el texto literario se dan por medio de la narración y la práctica de la escritura, como vimos con Michel de Certeau, estas también son constitutivas del discurso historiográfico en donde se establece una relación entre lo que ha sucedido y el relato que hacemos de ello.

El hacer estos relatos implica la búsqueda y el otorgamiento de un sentido. Estas nuevas perspectivas, posibilidades y valoraciones entran a formar parte de las construcciones y representaciones que hacemos del pasado y del mundo que nos rodea. Paul Ricoeur llama en el tercer volumen de su trabajo *Tiempo y narración* a este propósito de dar sentido y designar un mundo *proyecto de representancia*. Utiliza el término *representancia* y no *representación*, para alejarse de la idea de una representación en la cual el lenguaje refleja una realidad clara y objetivamente. Tanto los textos de ficción como los historiográficos o los periodísticos, forman parte de este *proyecto de representancia* que se construye a partir de la narración y la escritura. El discurso literario y el historiográfico comparten esta narratividad por medio de la cual ambos discursos se refieren de diferentes formas a un aspecto social de nuestra historia social o individual. Las tres novelas que conforman el corpus principal de mi trabajo construyen sus relatos y narración como una especie de denuncia que visibiliza perspectivas y tensiones con el discurso oficial y centralista que vemos en los artículos de la prensa escrita. Estos relatos de ficción tienen un artificio y una reconstrucción de la realidad con pretensiones diferentes a las del discurso historiográfico; sin embargo, encontramos en ellos perspectivas sobre la historia que abren posibilidades para entender y pensar un pasado reevaluando el discurso oficial.

Gran parte de este discurso oficial representaba a los campesinos inmersos en los procesos de violencia como elementos pasivos sin capacidad de acción. No pretendo afirmar que no existen víctimas dentro de los procesos de violencia, sino que no considero que sean pasivas ni que se encuentren inevitablemente inmersas en dichos hechos. Me aparto de la visión de los campesinos como seres victimizados y maleables, envueltos en

enfrentamientos partidistas que provienen desde la centralidad. Pareciera que los campesinos van muriendo por causa de estos enfrentamientos, generando dolor, tristeza y desolación en los espacios regionales y entre todas las personas que han quedado vivas. La estructura centralista termina por entenderlos a todos ellos –muertos o vivos– como víctimas, otorgándoles una remuneración económica que busca reparar los daños, en vez de considerar sus agendas y luchas políticas dentro del conflicto en el cual no son solo víctimas<sup>37</sup>. En *el cadáver*, por medio del relato de Segundo, podemos entender algunas dinámicas del pueblo que problematizan este papel de víctima ante el Estado y los estrados legales. Quienes han de desempeñar un cargo en los puestos de administración gubernamental son escogidos por una centralidad y sus funciones resultan improductivas. Tal cual aparece el juez, que al igual que el pueblo, carece de un nombre específico: “me llamé Canencio desde un principio pero luego me dijeron que debía llamarme Remigio y más tarde Rubercindo y que debería ser el juez en todo el pueblo. No soy el juez ni soy nada ni me importa, que se levanten los muertos y digan la verdad” (Sánchez 34). Quienes cobran significación ante la ineficacia de los órganos que deben velar por la justicia son los muertos y las verdades que estos tienen por contar. En este sentido, se dejan de entender como víctimas que yacen en el silencio de la muerte, para comenzar a tener un papel en la reconstrucción de un pasado y de una verdad.

Además de la memoria de los muertos, los vivos deben reconstruir desde las formas de habitar el espacio y el tejido social que se ha visto afectado por los procesos de violencia gestados dentro del mismo. Las relaciones con sus parcelas de tierra y con los diferentes espacios regionales cambian inevitablemente, muchas veces se deciden ir a otros territorios u optan por no volver a sus pequeñas fincas; tal es el caso de las familias campesinas que se vieron afectadas por el ataque de estos cuatro hombres a la vereda de Íquira y prefirieron dejar de lado los sembrados y negocios que con tanto esfuerzo se habían construido en este monte. Por ejemplo, la finquita que “[...] fue de Antuco; y la parcela del finado Bernabé; y los cultivos de la caña de Jaime Tengonó que también se lo llevó la violencia, ¿recuerdas?, y como la viuda no ha podido rehacer el negocio, la caña se pierde entre la maleza” (Medina 14). También hay otros que tienen miedo de volver a verse envueltos en actos de

---

<sup>37</sup> Hay varias implicaciones en este reconocimiento de los campesinos como víctimas en las cuales ahondaré en el tercer capítulo.

violencia y consideran que “esta tierrita se perdió [...] aquí no se puede volver todos aseguran que los bandoleros saldrán de nuevo, cualquier día [...] bregar persuadir a Miguel de que volviese a su heredad, que no la dejase perder. En lo cual no tuvo éxito alguno; porque este mozo, lo mismo que los demás hombres de la región, está tocado de un desaliento o derrotismo aparentemente incurable” (Medina 58-59). Este pedazo de monte que habían hecho habitable los campesinos, deja de serlo y quienes habían sido sus habitantes deben rehacer sus relaciones con el espacio.

En *El cadáver* vemos también cómo las relaciones entre las personas y el territorio que habitan se ven mediadas por los procesos de violencia dentro de cada espacio regional. Los pobladores del lugar sin nombre en donde sucede el relato de Segundo parecen estar inmersos también en este derrotismo que vimos en la cita del párrafo anterior. Todos parecen haberse sumido en una quietud que es cómplice de actitudes que reafirman los procesos de violencia como: la injusticia de las instituciones del Estado, los robos a las fincas y campesinos, la represión y la exclusión de quienes se niegan a aceptar esta quietud y silencio. Segundo está a la espera de “[...] que un alarido sobrehumano venga a romper la quietud de la noche y todos reaccionen contra la rutina desesperante que se posesionó del pueblo la primera noche de los cadáveres” (Sánchez 78). La cita nos insinúa la existencia de varias “noches de los cadáveres” que han terminado por asimilarse por muchos en el pueblo. La aceptación de estas condiciones se da con ayuda de la estructura centralista, desde donde se generan modos de exclusión hacia todos los que no aceptan la inacción y encuentran en otras formas de organización política posibilidades para desafiar estos órdenes. A pesar de los intentos del alcalde y de las élites regionales por instaurar esta inmovilidad, veremos varias reacciones de los habitantes ante las condiciones de inequidad, pobreza y violencia en las que se encuentran. Estas resistencias están casi siempre relacionadas con la lucha armada y con la unión a diferentes organizaciones que retan la institucionalidad gubernamental, sus proyectos elitistas y, asimismo, a otros actores de los procesos de violencia. Tal es el caso de Rubercindo, quien se va presuntamente al monte para cobrar venganza por la muerte de su familia y enfrentarse a quienes hayan sido los posibles artífices de este ataque.

Por otro lado, es importante resaltar el carácter económico sobre el que se fundamentaron varios procesos de violencia. La posesión sobre la mayoría de las tierras fue una de las principales causas de dichos actos dentro del departamento del Huila y sus espacios regionales. La presencia de grandes terratenientes con un poderío económico y político impidió una repartición equitativa de las tierras entre los campesinos que se convirtieron en trabajadores asalariados de las grandes fincas, con pésimas condiciones y peores formas de remuneración laboral. Don Andrés, gran hacendado de San Remigio en la novela *Tres puntos en la tierra*, busca expandir su propiedad obligando a los pequeños finqueros a vender su parcela a muy bajo precio y si alguno se niega será amenazado y asesinado en caso de seguir protegiendo su propiedad. Aparicio Vargas es el encargado de la “propuesta” de compra de la tierra y no tendrá ningún inconveniente en matar a cualquier testigo para evitar una denuncia. Así, asesina a Justiniano Díaz, quien no es el único que se ha visto afectado por la usurpación de tierras de don Andrés, pues “[...] con él ya son varios los dueños de finquitas que se han ido al otro toledo por orden del que sabemos. –Y nadie hace nada... un día nos agarran para us y no la cortan a todos...” (Tafur 38). Este interés del terrateniente en hacerse con todas las tierras de la zona, generó una inestabilidad económica y social sobre todos los finqueros que pierden su tierra por medio de la fuerza.

En *Ellos estaban solos frente al monte*, encontramos lo económico también como causa de los actos de violencia en esta pequeña vereda. Se presenta apenas como un rumor muy sugestivo el hecho de que estos ataques podrían responder a la cosecha del café. En el momento en el cual todos sospechan de la presencia de extraños en la región, Ignacio, uno de los campesinos, dice

[...] que no, que no pasaría nada, que todo el bochinche es porque se acerca la cosecha de café y seguramente hay personas interesadas en que reviente la vaina aquí para que los campesinos nos asustemos y echemos río afuera; entonces entran ellos por arriba, por la cordillera, y se roban todo (Medina 96).

Si bien esto no se ve como consecuencia directa de los procesos de violencia narrados en la novela, sí vislumbra una posible causa de la presencia de “bandoleros” en la zona, puesto que el rumor responde a situaciones de lugares cercanos. Este interés por las cosechas de los campesinos llama la atención en relación con las que causas pueden tener estos ataques.

Esta búsqueda de cosechas responde a las condiciones económicas en las que se encontraba gran parte del campesinado y el funcionamiento de estas bandas no responde necesariamente a un proyecto político específico, sino al intento por conseguir un sustento y ascenso económico a costa de las cosechas de otros. Sin embargo, no podríamos afirmar que sea esta la única causa y que estos procesos de violencia responden únicamente al interés económico de algunos, puesto que este está imbricado en otras condiciones dentro del tejido social como la falta de representación política, las malas condiciones laborales y la desigual e injusta repartición de las tierras, entre otras.

Por su parte, el desplazamiento y la migración de los pobladores campesinos fueron otras de las causas y consecuencias de estos procesos de violencia. Unas veces, los habitantes de los espacios regionales se vieron forzados a desplazarse como consecuencia de algunos enfrentamientos; otras decidieron movilizarse para encontrar tierras, mejores condiciones económicas o huir de las luchas armadas. Tal es el caso de los campesinos que vemos en *Ellos estaban...* y en *El cadáver*, quienes deben irse de sus tierras por la presencia de algunos desconocidos y los consecuentes rumores de un ataque, “[...] cuando se supo la noticia de que andaban por la región, todo el mundo abandonó sus fincas y sus ranchos” (Sánchez 209). Comienzan a movilizarse hacia el casco urbano del pueblo de Íquira, afectados por dejar sus tierras sin ninguna certeza, pues

[...] esta vez el viaje tenía caracteres desapacibles, como de gente que huye de sus lares, sin claros motivos, sorpresivamente [...] si no hemos hecho mal a nadie; si la finquita es nuestra porque nuestros hombres vencieron la montaña en brava y buena lid; si hemos construido aquí una casa y engendrado hijos; si dormimos con las puertas abiertas; si todo el que nos visita bebe nuestro café y come de nuestro puchero como si fuese suyo[...] (Medina 107-108).

El desplazamiento de los campesinos tuvo consecuencias que van más allá de lo económico, puesto que sus tierras además de ser sustento de vida adquirieron otras significaciones en tanto son también la base de su cotidianidad y dinámicas sociales, entre otras cosas. Como hemos visto, las relaciones con el espacio se modifican luego de los actos de violencia, así, los campesinos que migraron para escapar de dichos actos vuelven a significar su espacio regional.



Como vimos en el primer capítulo, estos espacios no son un territorio externo y ajeno con el cual no se establecen relaciones. Por el contrario, los espacios están llenos de significación, que se crea con las interacciones de sus habitantes. Michel de Certeau en el primer volumen de su trabajo *La invención de lo cotidiano* (1980) habla de los relatos, cotidianos o literarios, como prácticas que se encargan de significar y organizar los caminos y los espacios y, en ese sentido, se convierten en una práctica del espacio. Es así como se van construyendo los espacios que no están establecidos en un sitio, sino que van variando con el tiempo, las direcciones, los caminos, las interacciones y los relatos. Por el contrario, un lugar tiene un orden en donde coexisten varios elementos con una configuración estable. Estos lugares comienzan a ser espacios con la intervención, interacción y organizaciones de los relatos de sus habitantes que van componiendo, verificando, confrontando y desplazando fronteras. Los campesinos de la vereda de Íquira en la novela *Ellos estaban solos frente al monte*, fueron construyendo un espacio desde sus acciones e interacciones con el lugar que habían encontrado en el monte, y desde relatos y acciones del día a día que van modificando las fronteras, los significados y sus formas de relacionarse con el mismo.

Por ejemplo, muchos de ellos “[...] dos años después de la matanza no han regresado [...] o han vuelto los hombres sin sus mujeres y sus niños. La verdad es que sobrecoge el ánimo ver desierta la escuela [...] que no jueguen junto al río los niños de caras anémicas, que la voz de la maestra no encienda por las mañanas el farolito de la esperanza [...]” (Medina 14-15). Este lugar ha dejado de ser habitable no sólo por razones geográficas o de productividad, sino porque los significados del mismo han cambiado. Quienes intentaron seguir viviendo allí, se vieron igualmente en la necesidad de irse

[...] a empezar de nuevo. Ellos dicen que ensayaron pero que el peso de la montaña los apabulló. ¡Qué extraño! ¿no será que la montaña y el río y el camino no son los mismos que eran antes? [...] ¿no cambiaron el río, el camino, la montaña, los hombres? ¿qué vendrá luego? ¿la paz que perdimos, cómo hemos de hallarla? Si la sangre de los campesinos manchó el agua clara de las quebradas y de los ríos, si de los altos puentes los asesinos arrojaron sus víctimas al abismo como guijarros, ¿será posible que otra vez, algún día, en una fecha lejana, unos

hombres buenos vengan, sentados en las piedras que cercan el cauce pesquen de noche? (Medina 196-197).

Estas tierras, en tanto sustento económico, siguieron siendo productivas y la Caja Agraria definió un precio para ponerlas a disposición de otros campesinos provenientes del Cauca. Sin embargo, quienes hicieron del monte un lugar habitable se sienten extraños frente al espacio regional y buscan refugio en ciudades como Bogotá o Medellín, en donde tampoco encuentran un lugar. Bien lo vemos en los pensamientos de Segundo en *El cadáver*, quien afirma que “[...] un campesino en la ciudad es como mosco en leche, no hay trabajo para él” (Sánchez 47). Además de los campesinos que se desplazaron a la ciudad para conseguir ciertas condiciones laborales o huir de los procesos de violencia que los involucraban, tanto a ellos como a los espacios regionales que habitaban, encontramos a varios campesinos que se unen a organizaciones paraestatales para desafiar la estructura centralista o a otros grupos armados o como un camino frente a los mismos actos de violencia. Me centraré en dichas organizaciones en el siguiente apartado del capítulo para pensar en algunas condiciones de su surgimiento y en las formas cómo fueron caracterizadas desde el discurso oficial emitido desde el centro y las maneras en las que estas calificaciones son cuestionadas en las tres novelas.

### ***Las organizaciones paraestatales desde las visiones centralistas***

Junto con el establecimiento de un orden, la ineficacia y las pugnas dentro de la estructura centralista, surgieron varias organizaciones que funcionaban al margen de la legalidad promovida por los valores estatistas. Dentro del supuesto enfrentamiento bipartidista, los grupos armados fueron asociados a alguno de los dos partidos políticos y se opusieron unos a otros bajo las banderas rojas o azules; aun así, esta rivalidad estaba cargada de un contenido social muy amplio y evidente. En su mayoría, los integrantes de estos grupos fueron catalogados como bandoleros, una categoría que incluía a todos aquellos que se levantaban por vías armadas fuera de la estructura del ejército nacional. Con la creación de esta institución, se redujeron las posibilidades de levantamientos armados que no recayeran en la criminalidad e ilegalidad. A pesar de esto, muchos ejércitos privados fueron apoyados por los gobiernos centrales, los cuales buscaron defender sus intereses por medio de un discurso estatista y de la coerción. Con el establecimiento del Frente Nacional, se

enjuiciaron aún más a todas las bandas que pusieran en jaque la idea de paz y concordia nacional. Así, se denominó a todos los miembros de estas cuadrillas como bandoleros, sin distinguir sus intereses sociales ni políticos.

En un artículo de 1964<sup>38</sup>, año del ataque a las llamadas “repúblicas independientes”, vemos una caracterización del bandolero, el cual era visto como “[...] un ser deformado psíquicamente hasta extremos monstruosos [...] algo lo produjo. Alguna o algunas causas determinaron el surgimiento y proliferación de este tipo humano, de este monstruo que es preciso estudiar como el caso clínico más grave en la misma sociedad que él macera y golpea brutalmente”. En esta representación, el bandolero se deshumaniza o se excluye de la normalidad debido a sus afecciones psicológicas, su presencia parece ser consecuencia de una sociedad que se encuentra en un grave estado “clínico”. A pesar del reconocimiento de la relación entre las circunstancias sociales y la existencia de bandas y guerrillas, se siguió apelando a la metáfora de la enfermedad que no permitía un bienestar nacional, el cual dependía del buen funcionamiento de las instituciones. También, se terminó por neutralizar su carácter político y la complejidad del conflicto mismo, el cual no consistió en la única oposición entre las instituciones estatales y una masa amorfa de bandidos y criminales. Por el contrario, encontramos difíciles enfrentamientos entre los múltiples intereses políticos, económicos, administrativos y sociales dentro del tejido social.

Estas organizaciones paraestatales no emprendieron una lucha contra el gobierno, sino que defendieron, representaron y/o encarnaron los intereses de diferentes sectores sociales. Por un lado, los terratenientes defendieron las propuestas conservadoras en oposición a las reformas promovidas por los gobiernos del partido liberal, que retornó al poder político en 1930. Comenzaron a organizar pequeños ejércitos de autodefensas para proteger sus tierras de los colonos y buscar la apropiación de los terrenos baldíos. Estas fuerzas privadas, en su mayoría, fueron apoyadas por el partido conservador que buscó fortalecer la oposición al liberalismo y las propuestas de la Revolución en marcha que pusieron en jaque varios de sus intereses. Las propuestas de la reforma agraria se fueron difuminando a medida que se agudizaron los enfrentamientos entre otros sectores del campesinado, que se armaron para defenderse de los ejércitos de los terratenientes, los aparatos estatales y dichas

---

<sup>38</sup> Publicado en *El siglo* el 2 de junio de 1964 bajo el título “El bandolerismo sí es consecuencia de problemas sociales”.

autodefensas. Con el triunfo de Mariano Ospina Pérez y el partido conservador en 1946, se aumentó esta represión y el apoyo a los llamados “pájaros” y “chulavitas”. Ante estas circunstancias, surgieron bandas bajo la bandera roja del partido liberal en varios sectores del país. En el departamento del Huila funcionaron en las montañas del sur y el occidente del departamento, en donde se encargaron de atacar a las bandas conservadoras, que respondieron con ataques a diversas poblaciones consideradas como liberales.

Por medio de ataques y represión contra grandes poblaciones, las diferentes organizaciones buscaron obtener el control sobre el territorio y conseguir un dominio sobre los poderes locales. Así, comenzaron a nacer diversas cuadrillas a lo largo de las montañas del departamento, algunas ejercían resistencia frente al gobierno conservador, mientras que otras fueron apoyadas por este y terminaron por cruzarse diferentes fuerzas, actores e intereses políticos dentro del conflicto. A pesar de que estas bandas operaron bajo la bandera de algún partido político, esta oposición entre liberales y conservadores resulta bastante limitada para dimensionar estos enfrentamientos. Por ejemplo, los terratenientes buscaban defender sus grandes propiedades a través de todos los medios posibles, mientras que los campesinos luchaban por asentarse en un pedazo de tierra o asegurar su propiedad sobre las parcelas que trabajaban. Por su parte, los trabajadores buscaban mejorar sus condiciones laborales y sus formas de vida. Como se ve, estos enfrentamientos tenían fundamentos más complejos que el enfrentamiento partidista que el discurso oficial argüía como su única causa. La filiación de los partidos políticos respondió a los pocos espacios de negociación y representación política que sólo permitieron una visibilización dentro de los proyectos partidistas. El partido liberal, por ejemplo, se sirvió del descontento de los sectores obreros y campesinos para aumentar sus simpatizantes electorales y generar una fuerte oposición al partido conservador.

Luego de que se estableciera este acuerdo entre los líderes políticos de estos dos partidos, la oposición entre estos se redujo al mínimo y se descalificaba cualquier forma de violencia que pusiera en jaque el gran principio de paz que fundamentaba el establecimiento de este sistema. Así, los campesinos y trabajadores que defendieron por las armas a los terratenientes y los principios del partido conservador y de la iglesia católica, se encontraron fuera de los nuevos acuerdos políticos y se convirtieron en una de las amenazas

más grandes de la paz que se pactó desde la estructura centralista. Antes de que comenzara a funcionar el pacto frentenacionalista, se entendieron los espacios regionales como lugares en donde “[...] habían renacido para la paz”, gracias a “[...] uno de los principales efectos de la aprobación del plebiscito [que] era la reconquista de la tranquilidad ciudadana, elemento indispensable para el progreso patrio”<sup>39</sup>. Cada vez que surgía algún suceso de violencia, se buscaba aplacar en favor del progreso patrio, el cual sería consecuencia de la estabilidad que supuestamente brindó el Frente Nacional. Ante las complejidades de las luchas sociales, el sistema resultó inútil y evidenció la existencia de otros conflictos que no se solucionaron con un acuerdo bipartidista, puesto que sus causas no provinieron únicamente de la oposición liberales-conservadores.

Además de las llamadas bandas conservadoras, se estigmatizó como comunistas a todas las demás organizaciones que implicaran un proyecto político separado del de los dos partidos políticos tradicionales. Las organizaciones que operaron bajo la bandera del partido conservador representaron una amenaza para el Frente Nacional, pero de todas formas se inscribieron dentro de la estructura partidista que sustentó el establecimiento de este gobierno. Las demás formas de levantamiento armado representaron un desafío mayor, no solo a las instituciones que promovieron la paz y la concordia, sino al establecimiento del gobierno mismo, en tanto este dependía del proyecto bipartidista. Esta persecución a los supuestos grupos comunistas se incrementó con la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla, la cual buscó aplacar el conflicto social y los enfrentamientos en varias zonas rurales del país, por medio de su propuesta de pacificación. Bajo el mandato militar se le otorgó una amnistía a todos los miembros de las supuestas bandas liberales y conservadoras, encontrando en el comunismo al enemigo común. Esta actitud se vio influenciada por la Guerra Fría, durante la cual muchas partes del mundo se vieron inmersas en la oposición entre el sistema capitalista y el comunista. Así, con el apoyo de Estados Unidos, la dictadura militar lideró una férrea persecución contra todo lo que se pudiera relacionar con el comunismo.

La amnistía implicó un olvido total de las situaciones de violencia anterior que no permitió una verdadera reconciliación, integración o reconocimiento de actores y víctimas del

---

<sup>39</sup> Artículo publicado en *El siglo* el 5 de enero de 1958, titulado “Volvió la violencia”.

conflicto. Las negociaciones no contemplaron las agendas políticas o las causas sociales que habían llevado a estas situaciones y, por lo tanto, no se dieron en las mejores condiciones. Poco tiempo después de la amnistía se reactivaron varios movimientos sociales, como el movimiento agrario en el Sumapaz, que fueron relacionados con el comunismo. El gobierno militar comenzó una persecución que buscaba acabar con los supuestos focos comunistas que perturbaban el nuevo orden social que implantaba la dictadura. El ejército lideró varias ofensivas en el municipio de Villarica y en el Tolima, que incrementaron la sensación de violencia en el país y demostraron el fracaso del proyecto de pacificación, principal propósito de la dictadura militar.

Varios de los presupuestos que sustentaron estos ataques siguieron vigentes durante el Frente Nacional, durante el cual terminaron por atacar las llamadas “repúblicas independientes”. La diferencia estaba en la defensa de las instituciones democráticas por parte del gobierno frentenacionalista, que se jactaba de haber devuelto la libertad y la democracia al país. Bajo esta idea de paz y concordia se atacaron, de nuevo, los supuestos focos de violencia, comunismo y subversión que contradecían la idea del generalizado acuerdo nacional. El Frente Nacional buscó implantar esta paz nacional, por medio de estrategias e instituciones inoperantes que no posibilitaron un proceso de paz amplio e incluyente. En un principio, los propósitos y medios que propuso la estructura del Frente Nacional para conseguir la paz fueron apoyados por una gran parte de los habitantes del país. El mandato de Lleras fue recibido con grandes expectativas en la nueva y prometedora estructura frentenacionalista. La publicidad por parte de las empresas manifestaba el apoyo a las propuestas del Frente Nacional y al primer periodo presidencial.

# COLOMBIA ESPERA

que con la Presidencia del Doctor Alberto Lleras Camargo llegue para el país una nueva era de progreso, paz y tranquilidad.



LA TELA DE LOS HILOS PERFECTOS

Figura 1



Figura 2<sup>40</sup>

Se celebraba el retorno a las instituciones democráticas, la paz y concordia, que permitirían el progreso y la tranquilidad de la nación. Con el paso del tiempo, las propuestas frentenacionalistas se mostraron cada vez más ineficaces y el primer mandato que se recibió con tanto entusiasmo, se despidió con una enorme desilusión por parte de muchos de los sectores que lo habían apoyado. El Frente Nacional no logró la implantación exitosa de su política de concordia y durante el segundo mandato Guillermo León Valencia se hizo un cambio en las políticas pacificadoras. Se incrementó la fuerte oposición al partido comunista y a todas las organizaciones paraestatales que desafiaban la estructura centralista y oligárquica del gobierno. Dichas organizaciones funcionaron en zonas excluidas del pacto

<sup>40</sup> Figura 1 tomada de la edición de *El espectador* del 7 de agosto de 1958 y la figura 2 tomada de la edición de *El siglo* del 7 de agosto de 1958.

partidista, siendo tildados de enemigos de toda obra de progreso nacional o regional. La avanzada militar sobre dichos espacios se presentó por el gobierno y la prensa como una gran victoria gubernamental, que afirmaba el poderío del estado sobre el comunismo y cualquier forma que desafiara la estructura centralista.

La llamada “Operación soberanía” se puso en marcha desde el 18 de mayo de 1964 y buscó atacar directamente la “república independiente” de Marquetalia que se había establecido como la más fuerte militarmente. Alberto Ruiz Novoa, ministro de guerra del gobierno de León Valencia, fue uno de los artífices de esta operación y estaba convencido de la importancia de la acción de las fuerzas militares: “abnegación, patriotismo y esfuerzo [...]”<sup>41</sup> para lograr el éxito de la política de paz. Esta idea de unidad nacional que encarnaban las fuerzas militares, sustentó la pacificación forzada que buscó extirpar la violencia, en vez de integrar sus causas, consecuencias y procesos sociales al programa nacional. Así, el ejército buscó acabar con estos supuestos focos de desorden público por medio de un método “cívico-militar”, con el cual querían establecer su orden desde los ataques armados y desde la puesta en marcha de las instituciones estatales. El ejército se convirtió en una especie de conducto y vía de comunicación de noticias, valores sociales y formas de conducta que construía la relación entre el estado centralista y los espacios regionales por medio de su poder armado. Según esta operación, la “actitud de las tropas hacia la clase campesina debe ser de amistad y protección con sus propios medios [...] obras materiales, escuelas, puestos de salud y carreteras, que se construirán para beneficio de la región y que tendrán un carácter permanente”<sup>42</sup>. El ejército fue el encargado de llevar las supuestas ganancias del progreso nacional y así asegurar la presencia del Estado que se había visto amenazada y desplegó todo su poderío para evitar cualquier desafío hacia su establecimiento.

Esta operación comandada por las fuerzas armadas, estableció una tajante división entre sus métodos y los de los “bandoleros salvajes y violentos”. Se planteó la idea de la intervención cívico-militar que actuaría desde la coacción, represión por medio de la fuerza, y también

---

<sup>41</sup> En el artículo “La pacificación del país se debe a las fuerzas armadas”, publicado en *El siglo* el 23 de mayo de 1964.

<sup>42</sup> Citado del artículo “Las gentes de Marquetalia esperan la acción del ejército para liberarse de la tiranía de Tiro Fijo”, publicado en *El siglo* el 23 de mayo de 1964.



por medio de la exclusión, del descrédito y de las diferentes instituciones estatales. Tal y como lo evidencia don Andrés, personaje de *Tres puntos...*, los espacios regionales y sus gentes se habían convertido en una amenaza para el establecimiento:

[...] el peligro reside, en que todas las gentes que habitan estas tierras, finqueros, peones y arrendatarios, de padres a hijos; constituyen una amenaza muy seria; ahora influenciados por los enemigos del orden. Se hace imperioso su desalojamiento de estas tierras, donde antes reinaba la obediencia a nuestras nobles tradiciones. No vamos a usar métodos vulgares. No: usaremos métodos dignos de un país que hoy se alinea al lado de las naciones civilizadas de la tierra. Vamos a iniciar a la par con el desalojamiento, una campaña de descrédito contra el bandido que dirige las hordas que hoy amenazan a nuestra pacífica región (Tafur 88-89).

Por un lado, se ve a los habitantes de esta zona como entes que se afectan colateralmente por las acciones de los “bandidos” y se ven influenciados por las mismas y, por el otro, se resaltan las nobles tradiciones, la paz y la civilización que antes caracterizaban a la región. Los métodos por los cuales buscan restablecer estas condiciones responden a estos valores de civilización y orden. La centralidad simplemente responde a una guerra que han declarado estos grupos antisociales y se terminará generando una ofensiva en donde

[...] no hay tregua [...] no vamos a emplear métodos violentos... eso de matar... así de matar como quien dice, es sólo un modo de decir. Nuestra civilización impone otros métodos y esta guerra la vamos a hacer distinta. Y lo que es más importante con un mínimo de riesgos para los soldados de la patria...(Tafur 88-89).

Otro de los propósitos importantes fue el de preservar la vida de los defensores que sí hacen parte de la nación y, en este sentido, sus vidas sí merecían ser protegidas por encima de las de los enemigos del orden.

Los periódicos capitalinos cubrieron la operación y situaron al ejército como el salvador de todos los campesinos que habían sido tiranizados por el régimen de “Tirofijo” y todos los que habitaban la zona de Marquetalia. En casi todos los casos se muestran seres victimizados por “los violentos” que esperaban ayuda externa que lograra establecer el

orden. De esta forma se eliminaron las posibilidades de acción campesina, sus luchas y agendas políticas se ven reducidas a actos violentos carentes de sentido alguno. Se separó, e incluso enfrentó, la existencia de Marquetalia con cualquier movimiento campesino, poniendo en duda las causas que habían llevado a la creación de este establecimiento y descalificando sus propósitos políticos o alternativas de organización y producción agrícola que buscaban condiciones más equitativas para los campesinos. Los campesinos eran vistos como “humildes y honestas gentes [...] que] han sufrido el azote de los bandoleros [...]”<sup>43</sup>, estos últimos se muestran como antisociales que perturban el estilo de vida de los tranquilos habitantes del campo, quienes esperan una intervención que le devuelva “[...] paz y esperanza a la población civil que ha colaborado en el exterminio”<sup>44</sup>. Se asumía la existencia de una población civil que debía estar del lado de los proyectos sociales de la nación, mientras que los bandoleros eran errores de la sociedad y debían ser exterminados. Si los campesinos y demás población civil se oponían y se veían perjudicados por este movimiento, entonces ¿cuál era la razón de su existencia?

A medida que el ejército avanzaba sobre la zona, iba “rehabilitando” a la población civil e implantando la “paz[,] ayuda, tranquilidad y progreso [...] servicios que benefici[e]n a la población rural [mientras los] bandoleros mantienen [un] imperio de sangre, robo y atropello”<sup>45</sup>. Al verse amenazada, la institucionalidad buscó imponerse desde todos los medios para defender la validez de la Constitución, la cual se oponía a la barbaridad, la injusticia e irresponsabilidad de los supuestos antisociales que no aceptaron los ideales nacionales de honor y libertad. Estos “bandoleros” eran asumidos como criaturas no humanas, que debían ser exterminadas. Por ejemplo, un titular del diario *El siglo*, celebraba la “eliminación” de catorce bandoleros durante la toma de Marquetalia de la siguiente forma: “3 militares muertos, 11 heridos y 14 bandoleros eliminados en 25 días”<sup>46</sup>. Los once militares, representantes de los valores nacionales, sí habían muerto como héroes y merecían ser llorados, mientras que los catorce bandoleros simplemente habían sido eliminados y su muerte no implicaba un dolor, sino simplemente un triunfo militar que debía ser festejado. Por medio de estos imaginarios se sostuvo la derrota de Marquetalia, la

---

<sup>43</sup> Tomado de “La hora cero de Marquetalia”, publicado el 4 de junio de 1964 en *El espectador*.

<sup>44</sup> Citado del mismo artículo.

<sup>45</sup> Citado del mismo artículo.

<sup>46</sup> Titular del periódico *El siglo* del 16 de junio de 1964.

cual fue entendida como el símbolo final y definitivo del fin de una violencia sin sentido ante un “[...] gobierno efectivamente legítimo, aceptado por la mayoría de los colombianos y legitimado por todos”<sup>47</sup>. Esta operación cívico-militar respaldó la extendida idea de concordia nacional e institucionalidad del Estado, el cual se presentó como el único que podía brindar beneficios y seguridad a la población campesina. Empleando estas mismas técnicas, el gobierno buscaba “erradicar” toda la violencia del país, la cual fue localizada en todos los grupos subversivos y organizaciones paraestatales que pusieran en jaque la unidad nacional.

Esta supuesta aniquilación de la violencia olvidaba las realidades y circunstancias de los espacios regionales. En la novela *El cadáver*, Segundo nos muestra la persistencia de procesos de violencia y conflictos sociales en los espacios regionales. Los acuerdos desde el gobierno venían de las “[...] lenguas de los ahorcados diplomáticos-políticos que acabarían con la violencia con sólo reunirse- los ojos girando azorados-el cadáver- la gente agonizando- los soldados disparando-el cadáver- el llamado de la angustia- llamando-llamando [...]” (Sánchez 31). La operación que buscaba acabar con el asentamiento de Marquetalia se muestra como un triunfo militar en donde el ejército representa la institucionalidad que garantiza tranquilidad y beneficios a la población civil. Por su parte, en el relato de Segundo vemos a los militares como actores y agentes conflictivos dentro de las dinámicas de los espacios regionales y los procesos del conflicto mismo. Los medios mostraban la operación cívico-militar como algo natural que había restablecido por fin un orden, mientras la voz de Segundo muestra el desespero, la ansiedad y el caos que generan las intervenciones militares. La muerte de su amigo Jacinto, quien decidió seguir su lucha en el monte, se da gracias a un ataque militar al grupo al que él pertenecía. El cadáver de este hombre llega al pueblo y el ejército y la alcaldía buscan utilizarlo como para aleccionar a los habitantes del pueblo. En gran parte, la idea de estos ataques militares era la de mostrar el poder del gobierno como amenaza a todos quienes intentaran organizarse en contra del establecimiento del Estado. En la novela vemos, sin embargo, como la muerte de Jacinto como consecuencia de un ataque militar no sirve como una lección que evita la lucha armada en el monte. Por el contrario, el cadáver es la motivación última para que

---

<sup>47</sup> Del artículo “Yo vi caer Marquetalia” un relato de un enviado del periódico *El espectador* publicado el 16 de junio de 1964.

Segundo y Sergio decidan continuar la lucha que habían iniciado en el pueblo a pesar de la exclusión por parte de las instituciones gubernamentales y de las élites. Con las ansias de aplacar cualquier forma de violencia que retara el establecimiento de la política de paz del Frente Nacional, se dio esta serie de ataques militares que no generaron realmente ningún espacio de concertación social, anulando del todo las demandas y agendas de las organizaciones paraestatales.

### III. La prosa de la *insurgencia* y las formas de resistencia campesina

He terminado el segundo capítulo hablando sobre las formas de represión que ejerció el Estado junto con el poder militar en contra de las organizaciones paraestatales. Esta se llevó a cabo junto con otras formas de exclusión que analizaré en este tercer y último capítulo. En estas páginas me centraré en algunas maneras de exclusión y subordinación sobre las formas de *insurgencia* campesina que buscaran desafiar el orden establecido. Desde el discurso oficial las resistencias por parte del campesinado son descalificadas como salvajes, como veíamos en el capítulo anterior, o sus agendas políticas y sociales son ignoradas. En la última parte propongo un análisis de las novelas *El cadáver* y *Tres puntos en la tierra*<sup>48</sup> como una prosa de la *insurgencia*, puesto que visibilizan las formas de resistencia campesina y cómo estas logran desestabilizar los injustos órdenes y estructuras vigentes.

#### *Exclusión, subordinación y subalternidad*

Como hemos visto hasta acá, los intentos de insubordinación fueron descalificados e ignorados por las clases dominantes, el Estado y sus instituciones, los cuales negaron la interpelación de los sectores populares y marginales, tildándolos de bárbaros, salvajes y restándoles cualquier capacidad de agenciamiento o decisión propia. Negándoles así algún papel en la historia que no fuera el de la obediencia o la subordinación a un sistema dominante con una noción de orden público que marginaba cualquier forma de organización popular. Las protestas, obreras y campesinas, fueron neutralizadas y se olvidaron las heterogéneas demandas que, muchas veces, se resistían al proyecto de nación y constituían, por su parte, otros proyectos. Dentro de las políticas del Frente Nacional, se promovió esta idea de ruptura entre los grupos armados y los partidos tradicionales que pertenecían al acuerdo frentenacionalista. Lleras Camargo hizo explícita esta división en una entrevista de principios de 1958, en donde dijo que

No se trata ni de conservadores, ni de liberales, ni de comunistas, ni de viejos o nuevos guerrilleros. Decirlo o admitirlo es favorecer, así sea de buena fe la obra

---

<sup>48</sup> He dejado por fuera de esta parte del análisis la novela *Ellos estaban solos frente al monte*, puesto que esta no se centra tanto en el tema de la represión e insurgencia de los campesinos, sino que resalta más bien las posibilidades de organización de un espacio regional y rural que no se limiten a los presupuestos políticos de una centralidad, tal y como he analizado en las otras partes de este trabajo.

salvaje de quienes son pura y simplemente malhechores animados por pasiones primitivas, o por infames codicias, cuando no por ambas cosas a la vez<sup>49</sup>.

Como vemos en la cita anterior, los dirigentes políticos no consideraban la posibilidad de un proyecto político que proviniera de organizaciones paraestatales. Además, les restaba su condición histórica, separándolos de movimientos guerrilleros anteriores y situando la razón de su origen en pasiones primitivas.

La categoría de “La Violencia” reduce varios procesos de violencia a la idea de un espíritu amorfo e irracional que se expandió por el territorio nacional, tal y como discutimos en el capítulo anterior. También, se relacionaba cualquier levantamiento armado con la filiación a los liberales, conservadores o con el comunismo. Con el acuerdo de la paridad política, dejaron de relacionarse con banderas políticas para comenzar a señalar la sinrazón de su existencia o de sus formas de proceder. Al sostener la arbitrariedad de los grupos armados, no se ponía en cuestión la concordia nacional que suponía el éxito del pacto frentenacionalista. Intentando sostener la validez de dicho acuerdo, se emprendió una campaña en contra de los “bandidos” entendidos como salvajes, primitivos, sangrientos y delincuentes, alejándolos de las filiaciones políticas bipartidistas.

Las clases dominantes aseguraron su establecimiento por medio de la descalificación que beneficiaba el proyecto elitista. Estas formas de exclusión se ejercieron sobre grupos armados y bandas visibles que representaron una clara amenaza al proyecto de pacificación del Frente Nacional. Además de esta explícita marginalización, la insurrección campesina se vio neutralizada por otras formas en las cuales se les restó a muchos campesinos cualquier capacidad de organización que no estuviera ligada a las bandas o grupos armados de por sí desacreditados. En este sentido, el campesinado, entendido como una clase social, no fue reconocido como un agente de cambio y ni siquiera como amenaza para el establecimiento. Muchas veces sólo se mostraban subordinados a los intereses del Estado o como indefensos ante las avanzadas de los grupos armados paraestatales. Esto se hizo evidente en el papel que les fue otorgado a los campesinos en la toma de Marquetalia en 1964, en la cual se instauró el plan cívico-militar que buscaba “[...] traer al campesino de la violencia que lo rodea y hacia la cual es impelido contra su voluntad por causa de su

---

<sup>49</sup> Del artículo “Santos y Lleras contra la violencia” del 2 de enero de 1958 en el diario *El siglo*.

indefensión, [...] que alivia en algo sus necesidades esenciales y aísla el bandolero puro hasta posibilitar su aniquilamiento”<sup>50</sup>. Ante el establecimiento de los supuestos “antisociales” en Marquetalia, los campesinos no tuvieron ninguna forma de defenderse y sus necesidades básicas debían ser suplidas por el proyecto militar que acabaría definitivamente con la presencia “bandolera”, y le daría “[...] la paz a los campesinos de la región del sur del Huila”<sup>51</sup>. El plan de imposición militar del gobierno ataba a los campesinos y desvinculaba de estas zonas de resistencia cualquier forma de lucha campesina.

Una de las características que más se subrayó sobre el papel de los campesinos, fue la falta de voluntad y la indefensión ante las fuerzas que se confrontaron frente a ellos y el papel que se les otorgó en la historia fue el del sometimiento a los poderes centrales. Desde un discurso hegemónico que asume la supremacía de la clase dominante consensuada con los sectores subalternos y marginalizados de la sociedad, no se contempla la posibilidad de una resistencia o decisión por parte de los campesinos y demás habitantes de estos espacios regionales. James Scott, politólogo y antropólogo estadounidense, se opone en su libro *Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance* (1985) a esta visión del subalterno incapaz de agencia ante la dominación hegemónica. Resalta, por su parte, las formas de resistencia que no son visibilizadas por los discursos dominantes, ya que no proceden abierta o violentamente y, en una primera mirada, no representan un peligro revolucionario o desestabilizador. Al igual que Ranajit Guha, Scott recalca la capacidad de los subalternos de resistir a diario los modos de instauración de un régimen hegemónico. Como hemos visto, estas oposiciones son descartadas, ignoradas o descalificadas por no tener una organización o agendas específicas que coincidan con las características tradicionales de un movimiento social institucionalizado. También está el caso de las organizaciones paraestatales en donde se evidencia una estructura y proyecto político que desafía los principios del gobierno y, por lo tanto, es abiertamente descalificado.

---

<sup>50</sup> Tomado de “El bandolerismo si es consecuencia de los problemas sociales”, publicado el 2 de junio de 1964 en el diario *El siglo*.

<sup>51</sup> Del artículo “Tirofijo estableció la pena de muerte en la región de Marquetalia”, 4 de junio de 1964 en el diario *El siglo*.

Estas organizaciones paraestatales fueron entendidas indistintamente como enemigos del orden establecido, neutralizando sus agendas políticas. Así, no hubo ninguna atención sobre los miembros de cada uno de estos grupos, las razones o la decisión que tuvieron para formar parte de los mismos. Tampoco se consideró el respaldo de muchos campesinos a movimientos y grupos que surgieron como alternativas de organización económica y política en la zona rural, en los lugares donde había una injusta repartición de las tierras, pésimas condiciones laborales y una imposición del orden estatal por medio de la coacción. Esto no quiere decir, sin embargo, que estos grupos se hayan instaurado y comenzado a funcionar de una forma totalmente idílica y pacífica. La instauración de las repúblicas independientes, por ejemplo, produjo también un conflicto con quienes ya habitaban en las zonas. Así como tuvieron capacidad de decisión sobre apoyar estas organizaciones alternativas, también la tuvieron para oponerse a ellas. Lo que hay que resaltar en este punto es la capacidad de acción y de injerencia que tienen los campesinos dentro de estas situaciones. Tampoco podemos perder de vista la relación simbiótica que hay entre las luchas agrarias y la creación de asentamientos como Marquetalia, la cual es negada por parte del ejército al desligar al campesinado de los principales propósitos de las llamadas “repúblicas independientes”.

Se partió de una división tajante entre la masa campesina y los “bandoleros” o “antisociales”, quienes fueron tildados como enemigos que atacaban la moral, los principios y el orden público de la nación. Los discursos hegemónicos buscaban hacer un llamado a la población colombiana apelando a sus principios morales, los cuales estaban siendo retados por estos grupos al margen de la ley. Ante este

[...] resurgimiento del crimen en los campos con signos tan perturbadores que indican en forma clara que obedece a planos siniestros, calculados, ejecutados fríamente y encaminados, no cabe duda, a minar las reservas morales del pueblo y de sus masas campesinas y a sembrar el terror y la anarquía en el territorio colombiano [...] está creando una atmósfera de pasiones y odios, de



irresponsabilidad, inseguridad e irrespeto a la autoridad y a todos los principios morales<sup>52</sup>.

Se asumió, según los intereses políticos de la oficialidad, que los principios morales de quienes eran entendidos únicamente como masas campesinas, respondían a los de la institucionalidad y autoridad estatal. Por su parte, estas organizaciones parecían no tener ningún código moral ya que fueron entendidos unas veces como primitivas y otras, como siniestras. Se generó una división binaria entre los campesinos buenos y los guerrilleros malos. Esta “bondad” dependía necesariamente de un sometimiento a la escala de valores institucional que buscaba situar al campesinado de su lado.

Los altos mandos militares que comandaron la operación sobre Marquetalia resaltaban insistentemente el apoyo de los campesinos de la región al proceso militar y, de hecho, autorizaban el porte de armas porque “[...] el campesino es bueno hasta que demuestre lo contrario”<sup>53</sup>. Al armar a ciertos habitantes de la región, se acentuaba esta división entre el campesinado que estaba del lado del ejército y los grupos guerrilleros. Se olvidaba de esta forma quiénes eran los miembros de dichos grupos, en su mayoría campesinos que encontraron en estos grupos canales de representación, opciones de organización política, movilidad social o motivaciones personales como cobrar venganza, entre otras cosas. Además de las variadas causas y objetivos entre los miembros de dichas bandas, me atrevo a afirmar que la mayoría de los integrantes provenían de sectores del campesinado. El contenido social o agrario no parecía formar parte de los grupos armados ilegales y otras formas de resistencia campesina eran totalmente invisibilizadas. Así, las agendas que pedían una reforma agraria más productiva, mejor repartición de la tierra y mejores condiciones laborales para los campesinos asalariados quedaron relegadas, mientras el gobierno y el Estado se centraron en el enfrentamiento moral entre campesinos buenos y guerrilleros enemigos del orden establecido.

Sin embargo, esta no es la única visión que tenemos sobre los levantamientos armados y otras resistencias por parte de los campesinos del Huila. Me interesa proponer que las novelas que estoy trabajando se aproximan a este tema de una forma distinta, rebatiendo la

<sup>52</sup> Del artículo “Fortalecer el Frente Nacional para acabar la violencia piden los gremios”, tomado de la edición del 1 de marzo de 1961 de *El siglo*.

<sup>53</sup> Tomado de “Dominado 70% de Marquetalia”, publicado en *El siglo* el 4 de junio de 1964.

condición de incapacidad y subalternidad del campesinado. Dentro de los discursos unificadores y estatistas, las rebeliones y levantamientos armados responden aparentemente a otros intereses o al simple primitivismo humano. La *insurgencia* es considerada como externa a la propia conciencia campesina y los rebeldes no son entendidos como sujetos de su propia historia, sino más bien como objetos de otros intereses. El estatismo generaliza todas las formas de desafiar el orden establecido, dejando fuera la conciencia y organización propia de los movimientos campesinos, sus agendas y limitaciones. Resulta pertinente en este punto recurrir al concepto de *insurgencia* que propone Ranajit Guha en gran parte de su obra y desarrolla en su estudio *Aspectos elementales de la insurgencia campesina en la India colonial* (1983). Para este historiador indio, la *insurgencia* es el nombre de la conciencia que fundamenta las revueltas y levantamientos del campesinado. En el caso de la India colonial, esta era la antítesis del colonialismo y se convertía en la única forma de oponerse a los estamentos del imperio británico. Dentro de este rígido sistema no había forma de lanzarse a la rebelión sin ser consciente de las implicaciones que esto podía tener. Los levantamientos campesinos no provenían de una simple inercia o de impulsos externos, puesto que implicaban un desafío a la rígida estructura vertical y sus categorías, las cuales no se podían minar de una forma espontánea y amorfa.

En el caso colombiano, no nos encontramos propiamente con la estructura colonial según los términos del imperio británico, pero sí con un estado nacional y su institucionalidad, que ha resultado insuficiente y excluyente ante las demandas de los sectores populares. Contribuye a esto la fuerte estructura centralista que también subordina los espacios regionales y cualquier proyecto alternativo que pueda surgir de estos. Como hemos visto hasta acá, por medio de los discursos y artículos publicados en la prensa bogotana durante los primeros años del Frente Nacional, los grupos armados se mostraban como criminales y enemigos, en vez de entenderlos como movimientos agrarios de *insurgencia* provenientes de una conciencia campesina. Según la propuesta de Guha, en estos mismos discursos contrainsurgentes se pueden rastrear estas “otras voces de la historia” haciendo una lectura a contrapelo, puesto que el antagonismo entre los sectores populares y las élites estatales es constitutivo de los discursos mismos. En este trabajo propongo también las tres novelas huilenses que he venido trabajando como una prosa insurgente que, escrita de forma casi simultánea con varios movimientos agrarios de la región, como el de las “repúblicas

independientes”, muestra a los campesinos como sujetos con voz y decisión, capaces de intervenir y hacer su propia historia. Estos textos nos muestran una oposición al discurso estatista y vislumbran tensiones y luchas en torno a las formas de representar estos movimientos insurgentes.

En *El cadáver*, por ejemplo, vemos desde la narración de Segundo a un pueblo en donde los dirigentes buscan replicar y reproducir la estructura centralista, bloqueando las posibilidades de movilidad social. Sergio, amigo y compañero de Segundo, junto con otros habitantes del pueblo, comienzan a reunirse para discutir y pensar posibles proyectos políticos que favorecieran a las clases populares y abrieran paso a una lucha para cambiar las condiciones de vida. El alcalde y las élites del pueblo comienzan a excluir y demeritar las reuniones de este grupo, ya que sus intereses cuestionaban la dominación de estas élites sobre los habitantes del pueblo. Segundo pensaba por su parte, en un hombre que valiera “[...] por su inconformismo [...] porque siempre ha de desear lo mejor para su clase [...] nuestra lucha –decía– nuestra lucha no se detiene en impedir que suban los artículos sino en conseguir que existan para todos [...] cuando se dan cuenta de que uno se vuelve peligroso para sus intereses entonces tratan de callarlo por todos los medios” (Sánchez 15). Buscaban unión y compromiso con una lucha por un cambio estructural que rebatiera la estática estructura vertical que se promovía desde la oficialidad. Estas reuniones demuestran una capacidad de acción de los habitantes del pueblo, quienes buscan medios para no resignarse frente a las injustas condiciones de exclusión en las que se ven inmersos.

A estas reuniones asistían cuatro amigos de Segundo que decidieron pertenecer al grupo hasta que la persecución pública por parte del alcalde y las élites del pueblo hizo que se fuera desintegrando y terminaran por dejar sus reuniones. Sin embargo, la resistencia al orden establecido no terminó con la desintegración del grupo, puesto que esta no se limitaba a sus integrantes. Ellos no se constituyeron como los únicos rebeldes que habían decidido actuar sobre estas condiciones, ellos sabían que

[...] en verdad uno no está solo, aunque nosotros seamos la mayoría. Los que piensan lo mismo obligados a quedarse calladitos. Lo mismo en los campos con los dueños de la tierra. Los campesinos trabajando para enriquecer a los dueños y ellos a duras penas poder mantenerse vivos. Bueno, uno también temblando, qué carajo.

Es que tienen muchas maneras de callarlo a uno. Los que no se aguantan la situación se van para el monte pero por allá los acorralan y los tuestan (Sánchez 132-133).

Las voces de la novela hablan propiamente del casco urbano del pueblo y del espacio regional; sin embargo, vemos cómo están vinculadas con la realidad de los campesinos que se encuentran en las zonas rurales de este espacio regional. Se evidencia, entonces, la represión y los intentos de exclusión aparente por parte de un discurso hegemónico que parece tener un efecto muy superficial sobre las formas inmediatas y explícitas de resistencia como las reuniones que lidera Segundo. Sin embargo, vemos cómo a pesar de estos intentos y de las herramientas que tienen los grupos en el poder, sigue existiendo una conciencia insurgente de los campesinos y trabajadores del pueblo.

La *insurgencia* campesina y la presencia de las guerrillas en los alrededores del pueblo influyen la estabilidad de las élites en el poder y las formas de ejercer una resistencia ante este. En los titulares del periódico comienza a manifestarse la existencia de estas supuestas bandas subversivas por medio de titulares que parecen un bombardeo en la mente de Segundo en donde:

[...] una risita persistente que gira en su memoria con los anuncios «fueron asesinados tres campesinos en la quebrada de Aguadulce», cadáver-cadáver-cadáver, «grupos subversivos se están organizando en regiones apartadas del país», Jacinto-Jacinto-Jacinto [...] (Sánchez 23).

Comenzaron a discutir también en las reuniones, por ejemplo, la exclusión sobre los grupos guerrilleros que es cada vez mayor a medida que su presencia se hace más visible en el casco urbano del pueblo. Dentro de las reuniones discutían estos métodos de exclusión, los cuales veían como “Tretas de los dueños de las tierras para que nadie los apoyara. Decían que eran bandoleros Canallas. Ahora sé perfectamente cuál es el motivo de sus luchas [...]” (Sánchez 134). El problema sobre la repartición de tierras se muestra como uno de los puntos principales de la resistencia que se ejerce desde las organizaciones paraestatales y desde los habitantes del pueblo que buscaban alguna posibilidad de cambio político.

Como hemos visto con el ataque a las “repúblicas independientes”, los gobiernos al mando se sirvieron de las fuerzas armadas para ejercer más presión sobre estas organizaciones paraestatales. En *El cadáver*, a pesar de que no hay explícitas referencias a algún gobierno histórico específico, sí encontramos alusiones a la represión militar ante las formas de resistencia armada cada vez más visibles. Ante esta presencia, el ejército surge como una herramienta para seguir replicando el miedo de las gentes y mantener lo más alejados posibles a los “grupos subversivos”. Por un lado, las élites de la región apoyan estas intervenciones y, por el otro, los demás habitantes del pueblo se ven interpelados por el miedo que impone la presencia del ejército y los enfrentamientos que esta pueda generar. La voz de Sergio encarna este sentimiento generalizado: “Ahora tenemos un miedo nuevo. Dicen que el ejército vendrá para imponer el orden en toda la comarca, tenemos miedo de eso. Ya conocemos la manera de imponerse. El Jacinto debe andar por el monte, pero esa no es esperanza porque si el ejército llega lo acabarán de todas maneras” (Sánchez 195). La cita anterior habla en plural, manifestando un sentimiento colectivo sobre la posible llegada de los militares a la zona, la cual acabaría no sólo con los “grupos subversivos”, sino con la esperanza de cambio que yacía sólo en el hecho de que hubiera personas en los montes que se opusieran a los órdenes políticos establecidos.

*El cadáver* nos muestra este sentido colectivo de formas de resistencia que se ve acallado por un grupo de élite que es dueño de todo el poder político del pueblo, mientras que hay diversas formas de resistencia dentro de las que se encuentran las organizaciones paraestatales. En *Tres puntos en la tierra* vemos, en cambio, al gran terrateniente de la región como la cabeza y centro del poder político y económico. Es él quien subordina a los campesinos trabajadores y a los pequeños finqueros dueños de pedazos de tierra que él busca tener bajo su dominio. Busca amedrentar a estos finqueros, restándoles a ellos cualquier capacidad de decisión y creyendo que van a ceder a sus condiciones. Aparece, sin embargo, el personaje de Justiniano, quien no cede fácilmente a los engaños de Aparicio Vargas, enviado de don Andrés. Aparicio intenta convencerlo de que “-Los del monte se van a quedar endespues con todas las tierras de por aquí... -Dígale que no la vendo aunque lleguen los del monte por trcaladas. Primero muerto que descolorido; que lo que la finca no se la vendo mas que lleguen los del monte...” (Tafur 34). Justiniano no es un objeto pasivo, por el contrario, vemos a un sujeto activo que no se encuentra como víctima de “los

del monte” y tampoco cede ante don Andrés, quien no reconocía en él alguna posibilidad de agencia, organización o decisión sobre su propia tierra y sus condiciones de vida.

Esta negativa por parte de Justiniano y su forma de trabajar su propia parcela son formas de resistencia que no necesariamente están ligadas a un movimiento revolucionario específico. Ante la fuerte negativa que impone Justiniano, Aparicio Vargas lo amenaza con un arma y termina por dispararle. Sin embargo, esta respuesta armada no acaba necesariamente con su resistencia y establece irrevocablemente el dominio de don Andrés sobre las tierras. Justino, hijo de Justiniano, es testigo de la muerte de su padre y veremos en él gran parte de la insurgencia y resistencia frente a don Andrés y al establecimiento, sobre la cual me detendré más adelante. Las preguntas sobre la muerte de Justiniano, se resuelven para muchos en el pueblo con un supuesto nexo entre este campesino y el grupo al mando de Martín Guerrero. Establecer una relación con los “enemigos del orden” se convertía en una justificación válida de la muerte de cualquier campesino y/o guerrillero. Se expandió en el pueblo de San Remigio la versión de que

[...] ese tal Justiniano quesque es amigo hasta de las cachas del tal Martín Guerrero. Pues le dices que eso es pura maniobra de ellos, puras marramuncias; que para dañar la región no les importa llevarse por delante amistad y todo, que son capaces hasta de matar a la misma madre de ellos con tal de cumplir las consignas que les dan los enemigos de la paz (Tafur 77).

Exclusión y subordinación se dan de dos formas: la primera responde al poco mérito que se le atribuye al movimiento de Martín Guerrero, el cual aparece sin ninguna agencia o propósitos, conformado por gentes inmorales y sólo responde a la voluntad de perturbar la paz pactada por el Frente Nacional, tal como lo hemos discutido anteriormente; la segunda implica la necesaria unión de Justiniano al grupo, restándole validez a su acto de resistencia frente a la voluntad de don Andrés.

Tal es el caso de Pacho Peralta, quien hizo las veces de organizador del sindicato de los trabajadores de don Andrés. Luego de su muerte, motivada por el terrateniente y por Leocadio García, los dos líderes políticos del pueblo se encargan de tildar a Pacho Peralta como: “El bandolero que con el pretexto de organizar el sindicato de Hato Grande, formaba

grupos alzados al servicio de Martín Guerrero y los enemigos del orden [...]” (Tafur 133). Pacho Peralta comienza a ser entendido ahora como un criminal “al margen de la ley y al lado de las guerrillas” (Tafur 134). De nuevo se valida su muerte únicamente por el supuesto nexo con Martín Guerrero y, además se sirven políticamente para establecerse en el poder. Al clasificar cualquier tipo de resistencia –como la formación de sindicatos, las reuniones de Segundo y sus compañeros en *El cadáver*, o la negativa de Justiniano a ceder su tierra– bajo la estampa de guerrilleros y bandoleros enemigos del orden y de la paz, termina por unificar cualquier cosa subversiva y, así, resulta más fácil ejercer cualquier forma de represión. Sin embargo, vemos en las novelas algunas formas de conciencia, agencia y decisión que nos permiten pensar en la existencia de una *insurgencia* campesina que no tenga que limitarse a las ganas de generar una perturbación social.

### ***Insurgencia campesina***

Además de los procesos de exclusión y subordinación que hemos analizado hasta ahora, las clases gobernantes y el Estado se sirvieron de la movilización de algunos sectores sociales para aumentar su poder y consolidar la estabilidad política. Abrieron algunos canales de denuncia, impulsaron la creación de sindicatos e intentaron promover reformas agrarias, entre otras cosas. Varios grupos y sectores sociales acudieron a estos para buscar medios que contemplaran sus demandas y pudieran brindar soluciones. Estos marcos legales resultaron, tal y como lo hemos visto, insuficientes puesto que se plantearon siempre a favor de los intereses de los partidos políticos y de la estructura centralista. No contemplaban, entonces, las condiciones de vida de los campesinos, los espacios regionales o las propuestas de organización política; por el contrario, intentaban ejercer una forma de control que evitara un cambio social y estructural. Ante estas limitaciones, los campesinos no se restringieron ante las posibilidades que brindaban estos estrechos marcos de la legalidad.

El liberalismo, por ejemplo, en oposición a los valores que promovía el partido conservador, aprovechó los movimientos y demandas sociales que el campesinado hizo visibles en la década de 1930. Jorge Eliécer Gaitán fue uno de los principales líderes liberales en apoyar y servirse del campesinado para su campaña política. Gaitán era consciente de la fuerza que representaba la movilización de los sectores sociales y comenzó

a hacer del liberalismo, el partido y la opción del pueblo. Bajo su liderazgo, se erigió una masa que encarnaba el inconformismo frente a la rígida estructura elitista y centralista. Esta multitud, sin embargo, dejó de lado sus luchas específicas y heterogéneas demandas que se difuminaron en la supuesta unidad de este movimiento, representada por Gaitán y la bandera del partido liberal. Con la muerte de Gaitán se desató un movimiento urbano y rural, conocido como El Bogotazo, el cual fue descalificado como bárbaro y salvaje y fue reprimido rápidamente. Luego del fallecimiento del caudillo y la represión que se desató, este movimiento quedó profundamente desarticulado. Las propuestas y alternativas de orden social y reivindicación popular se vieron envueltas en los propósitos e intereses del partido liberal que, si bien visibilizaron la inconformidad de la mayoría de los sectores populares, no contemplaron las demandas específicas y proyectos sociales y terminaron por subordinar esta fuerza social a los principios del liberalismo.

Por su parte, el gobierno de Rojas Pinilla buscó aplacar las demandas de los sectores populares por medio de una supuesta pacificación del territorio nacional. Anhelaba conseguirla otorgando una amnistía a algunos grupos guerrilleros activos durante los años anteriores al establecimiento de la dictadura. Esta amnistía intentaba olvidar los procesos de violencia anteriores, en vez de solucionar o, siquiera, considerar las demandas y coyunturas sociales que habían llevado a la formación de estos grupos. No se llegó entonces, a ningún tipo de reparación y continuaron los enfrentamientos, “[...] que tenían como campos de batalla los potreros incrustados en la soledad de las montañas. Los armisticios no fueron más que para sellar los labios de aquellos que hubieran podido desenmascarar a los culpables” (Sánchez 202). A pesar de este olvido, la persecución a los supuestos grupos y levantamientos comunistas continuó, muchos campesinos siguieron movilizándose para establecerse en las “repúblicas independientes”. El proyecto de pacificación de Rojas Pinilla buscó lograr la paz basándose en dos principios: la amnistía a algunas guerrillas, y los ataques militares y la persecución a todos los focos de resistencia que se asociaban con el comunismo. El plan fracasó, ya que se decretó un olvido selectivo que contemplaba los intereses gubernamentales y no se pensó en una verdadera reparación.

La *insurgencia* campesina, sin embargo, no se restringió a los medios y canales que proporcionaba Gaitán, y tampoco se eliminó con los ataques militares que promovía el



gobierno de Rojas Pinilla. Por ejemplo, en el municipio de Villarrica, en el departamento del Tolima, se unieron varios movimientos campesinos que buscaban mejoras en la reforma agraria y, con el apoyo de los habitantes, establecieron organizaciones y formas de trabajo sobre las tierras. El establecimiento de este grupo de campesinos representaba una amenaza para el establecimiento de la dictadura y, con el apoyo de los Estados Unidos, atacaron militarmente al municipio de Villarrica y otros lugares aledaños. A pesar de este ataque militar organizado, las personas que se habían establecido comenzaron un movimiento de resistencia que implicaba el desplazamiento hacia otras zonas cercanas. Gran parte de los campesinos que lograron salir, se establecieron en El Pato, Guayabero y Marquetalia, contribuyendo a la creación de las “repúblicas independientes”. Tanto en Villarrica como en estas últimas, se buscaba crear formas autogestionadas con una economía y organización política propias que resultaban acordes con sus necesidades y demandas. Esta *insurgencia* campesina fue aplacada por el ataque militar, puesto que, como hemos visto, no se limitaba a una organización, a un lugar o a un movimiento específico, sino que hacía parte de las formas de resistencia campesina.

Los diferentes gobiernos intentaron aplacar el descontento de los sectores populares desde diferentes frentes. Por un lado, brindaban algunos medios para atender sus demandas que, sin embargo, no pusieran en riesgo su estabilidad en el poder político. Por el otro, la represión y coacción militar sobre focos “subversivos” específicos, junto con la persecución, imponían una especie de miedo que evitaba otras posibles insurrecciones. Estas relaciones que planteó el gobierno con las clases populares resultaron claramente insuficientes y surgió la resistencia armada como un canal para lograr sus propósitos y suplir ciertas necesidades que debían ser cubiertas por el estado. Dentro de esta resistencia armada se construyeron nuevas dinámicas sociales y de relaciones entre el campesinado que dinamizaron las estrechas posibilidades de cambio social. Provenía de la *insurgencia* por parte de los campesinos y generaba, a su vez, una conciencia de colectividad, solidaridad, de necesidades y demandas compartidas que comenzó a generar nuevas relaciones dentro de los diferentes grupos sociales. Si bien no siempre las agendas coincidían, esta resistencia armada desató un súbito proceso social que permitió una posibilidad de acción política para varios sectores del campesinado que no respondiera a los intereses y medios de los partidos políticos tradicionales, sino que pudiera considerar los

intereses del campesinado más allá de un beneficio electoral para un partido o gobierno específico.

Las demandas y exigencias del campesinado debían encontrar otras formas de proceder que no se vieran limitadas a los medios que proporcionaba la estructura centralista y a sus formas de represión. Así, se construye una compleja relación entre la represión que intenta acabar con cualquier modo de resistencia y una *insurgencia* que no puede ser aplacada en su totalidad por los medios represivos del Estado. En *El cadáver*, vemos esta permanente tensión entre las insurrecciones campesinas y la represión militar, que Segundo hace evidente mientras rememora algunas partes de la historia de este pueblo. Dentro de la rememoración de Segundo se van confundiendo las historias contadas por viejos habitantes del pueblo, con sus sueños y pensamientos; dentro de su propio discurso no podríamos plantear una clara diferenciación entre sus sueños, historias o recuerdos.

La historia del pueblo que Segundo busca reconstruir por medio de sus memorias, pensamientos y de las historias que le contó su padre y su abuelo se intercala con su propia historia. La novela está dividida en capítulos que a su vez se dividen en fragmentos, en varios de los capítulos nos encontramos con suplementos que indican al lector que puede dejar de leerlos. Estas partes tratan usualmente de la vida personal de Segundo desde su infancia hasta el presente de la narración. La estructura misma de la novela nos hace pensar en una manera de reconstruir la historia en donde son claves las memorias y las propias historias de los individuos que se inscriben en nociones más colectivas afectándolas. El lector puede dejar de leer estos suplementos y va a tener aún una visión de la trama de la novela y, por lo tanto, de la historia del pueblo. Sin embargo, no va a ser evidente cómo las experiencias y vivencias personales construyen la voz de quien está, siguiendo los planteamientos de Michel de Certeau, escribiendo la historia. La voz de Segundo no es de ninguna manera objetiva y la estructura misma de la novela subvierte la idea de objetividad sobre la reconstrucción del pasado y de los hechos históricos. No busco rastrear la veracidad de la historia de Segundo, sino que me centraré en los relatos que representan formas de represión y resistencia de los movimientos agrarios y campesinos que hacen parte fundamental de la construcción del pasado del pueblo que emprende Segundo. Busco centrarme en las recurrentes apariciones de los movimientos agrarios que reconstruyen,

desde la narración de Segundo, esta tensión entre resistencia y represión de la cual venimos hablando.

En uno de sus sueños, Segundo habla del día en el que llegaron

[...]los agentes del orden y habían puesto presos a los diez campesinos que habían organizado el movimiento de las tierras. Se vio entre ellos. Anunciaron por todas partes que tenían órdenes de llevárselos para la capital de la provincia donde serían juzgados convenientemente [...] los arrumaron en las volquetas y se enrumbaron por la carretera polvorienta. Regresó al pueblo. Encontró que todos creían en el intento de fuga y en la inocencia de los agentes del orden que habían tenido que disparar para detenerlos. Murieron los diez (Sánchez 33).

En esta voz que está escribiendo la historia los sueños adquieren también una importancia a la hora de narrar el pasado de este pueblo. En este caso, los sueños de Segundo manifiestan visiones sobre los hechos que adquieren otro sentido y orden lógico puesto que se están dando fuera de los pensamientos conscientes. También nos hacen pensar en el efecto que han tenido los hechos del pueblo sobre Segundo, quien no puede dejar de sentir y percibir estos sucesos ni siquiera en sus sueños. Además percibimos que la visión de Segundo, a pesar de estar construida desde su subjetividad y experiencias personales no se limita solamente a sus propias experiencias, sino que ansía reconstruir una historia desde su voz que contemple a la colectividad del pueblo. La agenda de este movimiento campesino responde a un interés agrarista por la posesión de tierras y no aparecen acá los intereses de algún partido político que impongan una conciencia externa a esta movilización. Vemos en cambio, que las cabezas del movimiento son los líderes campesinos, en vez de la de un dirigente político que encarne la unidad del movimiento. Por su parte, los agentes del orden reprimen el movimiento, para no desestabilizar un orden y una estructura, acabando con la vida de estos campesinos y engañando a todos en el pueblo para justificar las diez muertes y sus acciones.

En un principio, estas fuertes y organizadas formas de represión parecen insuperables por los diferentes movimientos rebeldes. Segundo mismo parece haber dejado de confiar en cualquier posibilidad de cambio, e incluso se niega a la insistencia de su amigo Sergio por

volver a las reuniones u otras formas de oposición. Esta desesperanza surgió en Segundo luego de varios intentos por motivar un movimiento colectivo que desafiara directamente a la estructura centralista y elitista. Había emprendido un llamado en

todas las casas e hiciste la misma pregunta (tiempo lejano ya, tiempo perdido) ¿NOS UNIREMOS PARA VENCER?, y todos te respondieron con las mismas palabras: CONTRA LOS QUE MANDAN NO SE PUEDE. Aquella vez sentiste rabia, te jugaste las cartas el futuro, juraste convencerlos aunque en ello agotarás la vida. Pasó el tiempo y no encontraste ningún resultado positivo. Te culparon de rebelde [...] (Sánchez 44).

El esfuerzo por oponerse a estos “que mandan” había resultado, en un principio, inútil ante la efectividad de quienes estaban en el poder y por nada querían arriesgar su propio orden. Parecía que habían tomado poder sobre todas las esferas de la sociedad y que no había nada que se escapara a esta estructura centralista. Sin embargo, la sola pregunta de Segundo ya implicaba una conciencia de desnaturalización de esta estructura misma. La dominación por parte de las élites gubernamentales era cuestionada y esto ya implicaba un espacio, por pequeño que fuera, que promovía y abría una posibilidad de cambio.

En los fragmentos de la novela en donde Sergio es el narrador, vemos otra voz que cuestiona dicha estructura. Su voz encarna una visión un poco más colectiva de las circunstancias de los campesinos en estos espacios regionales, cuestionando así el dominio de los terratenientes sobre la mayoría de las tierras y las desigualdades que esto genera entre los señores y los trabajadores campesinos. Estos

[...] poderosos arriendan sus casas para poder explotar la necesidad que tiene el hombre de vivir bajo techo. Y uno piensa en tanta tierra en baldío, las guayabas pudriéndose en el suelo, y uno sin poder recoger ni una sola porque el señorón no le da la gana que los pobres recojan ni siquiera las ramas secas para alimentar las tulpas en las cocinas [...] tanto terreno desocupado y tanta gente sin techo muriéndose de hambre. Es cuando uno encuentra razón para los que andan por el monte, hombres de verdad que luchan por la felicidad de los demás (Sánchez 135).

Esta reflexión de Sergio toca ciertos puntos clave de la insurrección campesina, que luchaba por una repartición más democrática de la tierra. Usualmente los hacendados eran dueños de grandes terrenos que mantenían improductivos en su mayoría pero, que les aseguraba el dominio económico y político de los espacios regionales. Sergio abre también la posibilidad de la oposición que encontró en las armas la forma más viable de resistencia.

También encontramos en la novela historias como la de los Sánchez, una familia de trabajadores campesinos que se reveló contra don Eudoro, uno de los grandes propietarios de tierras. Exigían que se les confiriera la tierra que estaban trabajando, la cual pagarían con cuotas de su trabajo. Ante esta demanda, el terrateniente desalojó a los campesinos y los tildó de “bandidos disfrazados de campesinos que sólo esperaban el momento para empezar sus fechorías” (Sánchez 237). Tanto la policía como los jueces atacaron y descalificaron sus exigencias sin tener en cuenta sus propias condiciones y guiándose únicamente por el interés de don Eudoro. Luego se los ligó con una bandera política, la cual, supuestamente, era la contraria del terrateniente y por eso se habían revelado contra él. Como una forma de represión a sus levantamientos, se descalificaron sus demandas y se neutralizaron sus actos de resistencia. Sin embargo, su lucha abrió un nuevo camino para los demás campesinos que no eran tan maleables como don Eudoro pensaba y “[...] muchos campesinos se unieron a su causa. Desde entonces los buscan por todas partes para acabar con su movimiento” (Sánchez 240). Esta estructura centralista y elitista se ve minada por los numerosos cuestionamientos y oposiciones que abrieron caminos de *insurgencia* que se resistieron a esta férrea represión y persecución.

En *Tres puntos en la tierra* nos encontramos también con formas de resistencia a don Andrés y su poder económico y político sobre el pueblo de San Remigio, el cual se mantenía estable gracias a la influencia que él ejercía sobre instituciones como la Iglesia o el juzgado, entre otras. Como consecuencia de este poder, casi todos los habitantes del pueblo se hallan en precarias circunstancias de vida, cuando no amenazados por don Andrés o en pésimas condiciones laborales dentro de su hacienda. Justino, por su parte, encuentra en la denuncia en el juzgado la mejor forma de buscar justicia sobre la muerte de su padre. La voz del hijo de este campesino encarna la resistencia al chantaje y subordinación por parte de don Andrés: el conocimiento que Justino tiene de los hechos

cuestiona el dominio que busca establecer el terrateniente por medio de la fuerza. El juez, sin embargo, lo acusa de nexos con Martín Guerrero y decide enviarlo al reformatorio en donde se conoce con Pulgarrecha, quien también fue enviado allí por sabotear un discurso político de don Andrés. Al darse cuenta de que “[...] los dos estaban allí por orden suya, el uno por lo de la gazapera y el otro dizque por cómplice de Martín Guerrero” (Sánchez 40), comienzan a planear una forma de escapar y cobrar justicia por los atropellos que habían cometido con ellos. Las instituciones funcionan de acuerdo con los intereses inmediatos de don Andrés y buscan evitar cualquier posible insubordinación por parte de estos jóvenes. La reclusión de ellos en el reformatorio no impide, sin embargo, que ejerzan una resistencia a la dominación de don Andrés.

Los trabajadores de la finca, arrendatarios y pequeños finqueros buscan organizar un sindicato que les permita oponerse al dominio que está ejerciendo don Andrés. El sindicato proponía ciertas facilidades y condiciones dentro del marco de la legalidad a los cuales no se podía oponer el terrateniente, puesto que estaba ligada al Ministerio de Trabajo. La creación de sindicatos aparecía como una forma de organización de los sectores populares por medio de la cual se podían exigir cambios en sus condiciones. Se convertía en una nueva arma que don Andrés no consideraba. Él

[...] cre que la única arma de nojotros es la peinilla u el garrote, pero resulta que ora le sacamos esta arma que tenía escondida la pobrecía; la que me dijo el dotor Leocadio García quera larma más filuda que teníamos los pobres; que en cuanto Jordáramos esta vaina podíamos reclamar lo que se nos diera la gana que loques el patrón tenía que ponernos bolas. –Y si se hace el pendejo...? ¡Pues nos vamos a la huelga! Pa eso son los sindicatos cuando el patrón no le pone bolas a los trabajadores (Tafur 46-47).

Los campesinos y trabajadores deciden integrar sus proyectos a los del senador Leocadio García para alzarse contra don Andrés y obligarlo a contemplar sus demandas. Por su parte, el hacendado ve todos los intentos de insubordinación como criminales y le resta cualquier valor a las exigencias que puedan tener los trabajadores sobre sus propios derechos. La organización sindical parece ser un medio dentro de los marcos estatales en donde las demandas campesinas tienen lugar; sin embargo, deben pasar por procesos burocráticos que

validen sus huelgas. En este sentido, se veían aún supeditados a los deseos del senador García, quien sólo buscaba su apoyo electoral a través de su falsa campaña del partido de la revolución.

En una primera mirada, la estructura centralista y elitista parece ser muy poderosa e infranqueable. Está fundamentada sobre diversos tipos de métodos que aparentemente impiden y descalifican cualquier forma de insubordinación, resistencia e insurgencia que ponga en riesgo el orden que se ha establecido. Esta idea de hegemonía irrevocable implica la aceptación de una explotación y subordinación entendidas como justificables en el orden social. También conlleva la suposición de que el poder de las clases dominantes se encuentra no solo en los medios materiales de producción, sino en los medios simbólicos que permiten controlar las escalas de valores, previniendo a las clases subordinadas pensar libremente. El campesinado, por ejemplo, es visto como un grupo social obediente, sumiso y miedoso, que tiene largos períodos de pasividad y aceptación que alterna con violentas expresiones de rabia. Ante esto, James Scott propone una perspectiva más activa del campesinado en donde este es consciente de la explotación y tiene diferentes formas de resistencia, aceptación y/o complicidad ante esta subordinación. Esta dominación económica no es entonces irrevocable y total sobre un gran número de campesinos pasivos, sino que está siendo minada por diferentes modos de resistencia. Entendiendo esta última como cualquier acto proveniente de uno o más miembros de una clase subordinada, que busca negar o aplacar una demanda hecha por una clase superordinada o para luchar por sus propias demandas.

Desde una oficialidad vemos la idea de esta dominación irrevocable que se impone sobre todos los aspectos de la vida campesina. Sin embargo, al centrarnos en textos como las novelas que he venido trabajando, encontramos otras perspectivas que rebaten esta idea de hegemonía que se buscaba plantear desde una estructura centralista. Desde el centro gubernamental, como hemos visto, se pretendía extender una dominación sobre todo el territorio nacional, subordinando espacios regionales y rurales, reprimiendo y limitando por varios medios las posibilidades de acción, organización e insurgencia. Dentro de las novelas mismas encontramos esta tensión entre el dominio hegemónico y la resistencia por parte de los habitantes de los espacios regionales. Estos relatos mismos fueron escritos casi

en simultáneo con los acontecimientos, procesos de violencia e insurgencia que he tratado hasta acá. No me he interesado por comprobar o centrarme en la veracidad de los hechos, sino en la representación que se hace de estos, la cual brinda otras perspectivas sobre los movimientos campesinos del departamento del Huila. La existencia de estas narraciones me ha llevado a la pregunta sobre lo que es narrable. Para Hans-Georg Gadamer, filósofo alemán, lo que caracteriza nuestras historias es el hecho de contarlas y, por lo tanto, el sentido que adquieren en el momento de narrarlas.

Tanto Gadamer como su alumno Reinhart Koselleck, llaman al estudio de estas historias la *Histórica*, la cual se centra en estudiar las condiciones de posibilidad de una historia, más que en el estudio de hallazgos del pasado determinables empíricamente. La cuestión gira en torno a la inteligibilidad de las historias y, sobre todo, a por qué se hacen perceptibles. La existencia de textos que revalúen, por medios lingüísticos, una estructura oficial que aparenta tener un dominio total nos permite considerar la resistencia a los discursos oficiales. La respuesta que tienen los textos a la formación de organizaciones paraestatales abre también la idea de una insurgencia activa de los campesinos y de los habitantes de las zonas rurales que hicieron posible la escritura y las miradas que hemos analizado hasta acá en estas tres novelas. La estabilización de esta estructura hegemónica, además de mostrarse insuficiente se pone en entredicho, resaltando las historias de varios campesinos que deciden alzarse para resistirse a la imposición de una estructura excluyente que solo los tenía en cuenta como objetos electorales o como salvajes enemigos de la patria que debían ser reprimidos.

En *El cadáver*, por ejemplo, encontramos la defensa de una lucha armada que busca conseguir causas justas y luchar por la mejora de las condiciones del campesinado. En un principio, esta *insurgencia* responde a las situaciones más próximas de un espacio regional; sin embargo, no se limita a este y busca establecer relaciones con otros lugares del país. Replantea, entonces, esta relación con la patria que se proponía según los principios fretenacionalistas, en donde por el amor a la patria se debían seguir las reglas morales del establecimiento y excluir, como buenos colombianos, cualquier cosa que desafiara esta visión. Sergio, por el contrario, dejó de pensar que el amor a la patria era “[...] ponerse todo serio al pie de la bandera y emberracarse si por algún caso alguien hablaba mal de ella.



O ponerse firmes y quitarse el sombrero respetuosamente al oír el himno nacional” (Sánchez 46). Más adelante entendió que

[...] no es sólo eso, que también está la gente y las tierras, que ahora son de unos pocos, y las riquezas de la tierra que no están bien repartidas y se la llevan los que no tienen por qué llevárselas [...] por eso es que Jacinto anda por el monte, eso es hacer patria, buscando que la tierra sea del que la trabaja y sus riquezas no se pierden (Sánchez 46).

Sergio reivindica estas luchas por la tierra que se han emprendido en las montañas de las zonas rurales. Asimismo, se tiene en cuenta otra forma de hacer patria que rebate la idea de nación que buscaba imponer el gobierno del Frente Nacional. Esta otra forma consideraba las necesidades de muchos en el campo, una mejor repartición de las tierras y mejores formas de existencia para el campesinado que fueran más allá de cualquier filiación partidista.

Para alejarse de estas luchas partidistas, se resalta la diferencia entre los bandoleros y estos “patriotas” que luchan por una causa justa. A Sergio

[...] le da rabia es que los confundan, que digan que son bandoleros únicamente para que la gente les coja miedo y fastidio. No. Los bandoleros ya pasaron a la historia. Pero ya la gente no es tan tonta como para creer que por un color político uno se va a matar tan fácilmente. No. Ahora el único partido es acabar con la miseria y con el hambre (Sánchez 163).

Comienza entonces a rondar en las cabezas de Sergio y de Segundo la idea de unirse a quienes están luchando en el monte por una causa justa. El camino que encuentran es el de la resistencia armada para conseguir una igualdad. Todos los que han elegido esta vía de cambio han pasado por encima del miedo que puede imponer los combates armados con las fuerzas militares y los otros modos de represión y exclusión por parte del estado. Jacinto, uno de los habitantes del pueblo que se unió a esta lucha armada, se ve como el gran personaje que encarna la figura de héroe y mártir de la lucha agraria, que ha dejado atrás su

vida para buscar un cambio en las condiciones de los campesinos, pequeños finqueros y trabajadores rurales.

Eventualmente, Jacinto muere en algún combate en el monte y su cadáver llega al pueblo como una especie de símbolo del fin y fracaso de esta lucha. No obstante, Sergio y Segundo deciden continuar la lucha de su amigo muerto, mostrando que había un sentido detrás de eso. Durante todo el texto, ambos personajes parecían resignados ante la situación política y social del pueblo, en donde la exclusión por parte de las élites gubernamentales aparentaba haber sido efectiva. Al final de la novela nos encontramos con la decisión de ambos personajes de partir a la selva para unirse a la causa por la que había luchado Jacinto. En *Tres puntos en la tierra*, sucede algo muy parecido, puesto que varios personajes deciden unirse a la organización de Martín Guerrero para oponerse al dominio de don Andrés que en muchos casos parecía imposible de desestabilizar.

Justino y Pulgarrecha logran escapar del reformatorio y se unen a Martín Guerrero y sus hombres, en quienes encuentran una salida y un medio para responder a los actos de don Andrés Cabrera. Para ellos también hay una diferencia entre los bandoleros y los guerrilleros, que evidencian en una canción que cantaban en el reformatorio que decía: “No se preocupen chulitos/ en llamarnos los chusmeros,/ los chusmeros son los chulos/ nosotros los guerrilleros” (Tafur 43). En el juego que tenían en este centro de reclusión, se planteaba ya esta diferencia entre las causas de origen y las agendas de las diferentes bandas que se catalogaban por igual desde una oficialidad. En el caso de los muchachos, encontraban en Martín Guerrero una especie de órgano justiciero que suple las instituciones legales que sólo buscaban mantener el dominio de don Andrés sobre el pueblo. Capturan así a Aparicio Vargas, trabajador de la hacienda de Hato Grande y quien mató a Justiniano, y comienzan un juicio en su contra, el cual funciona bajo las leyes y organización de la “banda” de Martín Guerrero.

Para otros como Jacobo Lucuara, esta organización también representa una forma de conseguir una devolución de las tierras a los indígenas que también habían sido despachados de la zona. En un principio fue a la universidad para estudiar leyes y luego se dio

[...] cuenta que las leyes del abuelo no las dictaban en la universidad. Cuando la claridad que veía en mi carrera se me oscureció y vi la espada de la justicia descargando tajos sobre las víctimas que le señalaban las conveniencias y que los profesores se me rieron en la cara cuando les hablé de la restitución de tierras a la comunidad y me llamaron loco, volví en busca del camisón y un arma [...] (Tafur 151).

Este descendiente de la comunidad indígena, que acudió a la capital en donde las demandas de su comunidad no eran tenidas en cuenta y, en cambio, eran calificadas como locura, se ve obligado también a recurrir a los otros modos de organización que se habían dado en los espacios regionales. Muchos personajes con diferentes intereses comenzaron a formar parte de esta organización porque encontraban en ella un canal para exigir sus demandas y oponerse a las injusticias que se habían cometido contra ellos o contra sus familiares. Cumpliendo su objetivo final, los hombres bajo el mando de Martín Guerrero logran entrar en la hacienda de don Andrés, intentando reivindicar las demandas de sus hombres que habían sido afectados por el deseo de este terrateniente de aumentar su dominio total sobre el pueblo de San Remigio y las veredas aledañas, y mantener su puesto político como representante del pueblo en la capital del país.

A lo largo de todas las novelas se discute y problematiza la estática institucionalidad que limita y controla las posibilidades de *insurgencia* campesina en estos espacios regionales. Sin embargo, ambas abren al final una posibilidad de resistencia que tienen en cuenta no tanto las experiencias e historias personales que motivan la decisión de unirse a una resistencia armada, como las causas y demandas del campesinado en tanto grupo activo con sus propias demandas políticas y conciencia que va más allá del bipartidismo. Las historias de los personajes muestran una construcción individual que surge de las respuestas e historias personales que inciden en la formación de clases sociales que no se puede dar sin la experiencia de los agentes humanos particulares. Todos estos personajes comparten la decisión que tienen sobre los modos de resistencia por los cuales optan, y se apropian de sus respuestas ante una dominación que se ve minada y cuestionada. A pesar de la represión y la exclusión estatal, esta no logró sobreponerse a la *insurgencia* campesina que vemos en los textos. La misma existencia de estos, nos abre la posibilidad de visualizar las tensiones

que subyacían a estos discursos oficiales, los cuales no deben ser asumidos de forma irrevocable y universal. Estas novelas rebaten la visión del campesino como un objeto que acepta pasivamente el olvido estatal, la desigualdad, las pésimas condiciones de trabajo y explotación a las que se veía sometido, la inequitativa repartición de las tierras, la represión y los ataques militares, entre otras cosas. Aparece más bien, como un sujeto que tiene formas de resistencia, sobre las cuales tiene capacidad de decisión, organización y acción social.

## **Consideraciones finales**

Me gustaría centrar mis reflexiones finales sobre las implicaciones de escribir este trabajo hoy en día y en el porque hacer este trabajo en el día de hoy. En una primera instancia me gustaría centrarme en el proceso de paz que se está llevando a cabo actualmente en Colombia. Este proceso se diferencia de anteriores formas de pacificación puesto que se ha buscado hacer una reconstrucción del pasado y hacer procesos de memoria que permitan una reparación de las víctimas para llegar a una verdadera reconciliación. En este proceso me parece pertinente la reescritura de una historia que amplíe los presupuestos sobre los que se ha escrito la historia oficial del conflicto armado en Colombia. En este marco debemos volver nuestra mirada al pasado y buscar nuevas perspectivas e interpretaciones que permitan una reconstrucción más amplia del pasado que abra nuevos espacios de concertación social. Considerar lo literario como un discurso activo en esta reconstrucción de la historia nos permite abrir nuevos espacios en la reconstrucción que tenemos del pasado y nos ayudan a entender complejidades de los procesos históricos mismos.

Es en este intento donde me gustaría situar el aporte de mi trabajo. Además de este interés que subyace a la escritura de esta tesis, me interesa resaltar la importancia del aporte del trabajo sobre un corpus que apenas ha sido considerado por los estudios literarios. Los marcos teóricos e interpretativos que he utilizado para desarrollar mi análisis me han permitido llegar a conclusiones que amplían las primeras impresiones sobre estos textos. También me he centrado en pensar en un papel de la región en esta reconstrucción de la historia que contribuya a un proceso de descentralización desde la indagación del pasado. Este interés sobre la región me permitió situar los procesos de violencia sobre circunstancias políticas, espaciales, económicas y sociales específicas que desestabilizan las visiones homogeneizadoras que ignoran las complejidades de estos procesos históricos.

A pesar de haber terminado esta tesis esta investigación está lejos de estar concluida. A medida que avanzaba en el proyecto se iban abriendo más y más vertientes y líneas por las cuales se puede continuar esta investigación. Muchas de estas líneas excedían mi trabajo por cuestiones metodológicas, teóricas o porque el tiempo que tuve para realizar la tesis no alcanzaba para desarrollar todas las preguntas y problemas que hasta ahora se me han ocurrido. También estoy segura de que existen muchas otras cuestiones que no he

considerado y que seguramente enriquecerían este trabajo y otros estudios que puedan surgir de este.

En este análisis me centré además de las tres novelas en un conjunto de artículos de la prensa capitalina y en una serie de textos historiográficos que se aproximaban al período histórico que trabajé. Sólo me centré entonces, en textos escritos y no contemplé formas no escriturarias como el testimonio, las narraciones orales o los programas radiales que podrían dar muchas luces sobre estos procesos históricos. En estas formas también podemos encontrar discursos de resistencia y oposición a la estructura centralista o que contribuyan al establecimiento de la misma. Dentro de los textos escritos también me parece importante considerar otras novelas que aborden de formas diferentes la insurrección campesina y los procesos de violencia en el departamento del Huila. Como vimos en la introducción, las tres novelas que escogí para este trabajo no son las únicas que comparten esta temática. Sería muy nutritivo complementar este estudio con los otros textos de escritores huilenses que se centran en las luchas agrarias y campesinas.

Además de textos escritos por autores huilenses, también sería pertinente encontrar novelas que provengan de otras zonas del país y que construyan diferentes espacios regionales. Así se podrían plantear relaciones con otras zonas rurales del país que amplíen la noción de región que he planteado en este trabajo. Estos nexos que se puedan plantea también contribuirían a romper esta idea del alejamiento de los territorios campesinos y regionales de las dinámicas nacionales. Estos diálogos pueden permitir relaciones que escapen a esta estructura centralista y que contribuyan a un proyecto descentralizador que contemple las propuestas, agendas, organizaciones y procesos históricos propios de los espacios regionales de todo el país.

Como hemos visto en este trabajo el pasado no es algo definido, construido y terminado. Este se ve mediado por las interpretaciones y construcciones que están situadas dentro de un tiempo y circunstancias históricas. La reconstrucción del pasado nunca está terminada y en la medida en que encontremos nuevas *huellas* y formas de interpretarlas nuevas cosas de ese pasado serán inteligibles para nosotros. En este trabajo no pretendí establecer una verdad fija sobre los procesos históricos de *insurgencia* campesina, más bien busco abrir caminos y posibilidades sobre un complejo pasado que nunca terminará de ser interpretado.

Mi intento ha sido el de plantear desde mi presente, circunstancias y herramientas una interpretación de este pasado que busca abrir nuevas formas de leerlo y entenderlo.

## Bibliografía

- Agudelo, Hernando. *La Alianza para el progreso: esperanza y frustración*. Bogotá: Tercer mundo, 1966. Impr.
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje*. Trad. C. Fernández Medrano. Barcelona: Paidós, 2009. Impr.
- Cárdenas Martha, ed. *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC, 1985. Impr.
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*. Trad. Jorge López Moctezuma. México D.F: Universidad iberoamericana, 1999. Impr.
- . *La invención de lo cotidiano*. Trad. Alejandro Pescador. México D.F: Universidad Iberoamericana, 1996. Impr.
- Correa, Hernán, ed. *Contra el caos de la desmemoriación*. Bogotá: Colcultura, 1990. Impr.
- Fals, Orlando. *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia editores, 1982. Impr.
- . *La insurgencia de las provincias: hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*. Bogotá: Siglo XXI editores, 1988. Impr.
- González, José J. *Espacios de exclusión: el estigma de las repúblicas independientes 1955-65*. Bogotá: CINEP, 1992. Impr.
- . “La Violencia en el Huila 1946-1966”. *Historia general del Huila Vol. 2*. Ed. Bernardo Tovar. Neiva: Instituto de autores huilenses, 1996. 303-456. Impr.
- . “Las colonizaciones opitas”. *Historia general del Huila Vol. 3*. Ed. Bernardo Tovar. Neiva: Instituto de autores huilenses, 1996. 370-394. Impr.
- Grand, Catherine le. *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*. Trad. Hernando Valencia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988. Impr.
- Guha, Ranahit. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Trad. Josep Fontana. Barcelona: Crítica, 2002. Impr.



- Koselleck, Reinhart y Hans-Georg Gadamer. *Historia y Hermenéutica*. Trad. Faustino Oncina Coves. Barcelona: Paidós, 1997. Impr.
- LaCapra, Dominick. *History & Criticism*. Nueva York: Cornell University Press, 1985. Impr.
- Lasso, Luis E. , ed. *Huila 100 años no es nada*. Neiva: USCO, 2008. Impr.
- Lozada, Felix. *Literatura huilense*. Neiva: Ediciones del centenario, 2005. Impr.
- Osorio, Ananías. “Huellas del movimiento social en el Huila durante el Siglo XX”.  
*Historia General del Huila Vol. 3*. Ed. Bernardo Tovar. Neiva: Instituto huilense de cultura, 1996. 295-367. Impr.
- Pérez, Luis. *Ellos estaban solos frente al monte*. Medellín: Pérez y Medina, 1969. Impr.
- Ricoeur Paul. *Historia y narratividad*. Trad. Gabriel Aranzueque. Barcelona: Paidós, 1999. Impr.
- . *Tiempo y narración Vol.* Trad. Agustín Neira. Vol. 3. México D.F: Siglo XXI editores, 1996. Impr.
- Rivera, Silvia. *Política e ideología en el movimiento campesino colombiano: el caso de la ANUC*. Bogotá: CINEP, 1992. Impr.
- Rueda, Maria H. *La violencia y sus huellas: una mirada desde la narrativo colombiana*. Madrid: Iberoamericana, 2011. Impr.
- Salas, Reynel. “El proceso político durante el Siglo XX. *Historia General del Huila Vol. 2*. Ed. Bernardo Tovar. Neiva: Instituto huilense de cultura, 1996. 167-247. Impr.
- Sánchez, Benhur. *El cadáver*. Barcelona: Planeta, 1975. Impr.
- . *Identidad cultural del Huila en su narrativa y otros ensayos*. Neiva: Instituto huilense de cultura, 1994. Impr.
- . *Narrativa e historia: el Huila y su ficción*. Neiva: Fundación tierra de promisión, 1987.

Impr.

Scott, James. *Weapons of the weak everyday forms of peasant resistance*. New Heaven:

Yale University Press, 1985. Impr.

Tafur, Hernando. *Tres puntos en la tierra*. Neiva: Ediciones Punto Rojo, 1973. Impr.

Tittler, Jonathan. *Violencia y literatura en Colombia*. Madrid: Orígenes, 1989. Impr.

Torres, Camilo. *Cristianismo y revolución*. México: Ediciones Era, 1970. Impr.

Torres, William, Bernardo Tovar y Luis E. Lasso, eds. *In-Sur-gentes: construir región*

*desde abajo*. Neiva: Editorial Universidad Surcolombiana, 2003. Impr.

Tovar, Bernardo. “La economía huilense entre la tradición y la modernidad (1900- 1960)”.

*Historia General del Huila Vol. 3*. Ed. Bernardo Tovar. Neiva: Instituto huilense de cultura, 1996. 77-216. Impr.